

JUAN VILÁ

1980



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

1980

JUAN VILÁ



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: octubre de 2020

© imagen de cubierta, Thurston Hopkins / Picture Post / Getty Images

© Juan Vilá, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4170-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Jesús y José María
Para María

Fui a Barcelona pero no estaba buscando a mi padre. Fui a presentar una novela y ya no quedaba ni rastro de él. Ni de él ni de la ciudad que conocí de su mano, la de los viajes en Navidad para pasar las fiestas con su familia, la de mi adolescencia después, cuando todos los años me acercaba con mis amigos desde el pueblo en el que veraneaba para darnos una vuelta y romper la rutina de muchos días seguidos a base de playa por las mañanas y fiesta todas las noches hasta las tantas. Esa Barcelona para mí tenía algo muy superior a Madrid, era más culta y civilizada, como lo era mi padre respecto a nosotros. El burguesito catalán presumía de su gran danesa color azul y de su palco en el Liceo. Era alto y fuerte, con aire aristocrático, tenía el pelo blanco y la nariz muy grande, los ojos claros, unas manos como no he vuelto a ver otras iguales en mi vida, unos brazos de acero. Olía muy bien papá, sobre todo cuando olía a él mismo, recién levantado y sin duchar, sin haberse rociado todavía en perfume como haría luego antes de salir de casa. Papá desayunaba zumo de pomelo todas las mañanas y unas tostadas de pan con aceite de oliva virgen, cuando eso aún no se llevaba y era imposible encontrar en Madrid, o en Barcelona, otro aceite que no fuera el refinado. Y frente a él, frente al burguesito catalán, estábamos nosotros, los bárbaros de la capital, la familia ordinaria y desestructurada que se entendía a base de gritos y malos modos. La abuela, siempre a un paso de estallar en un nuevo ataque de furia, siempre imponiendo su voluntad como una fuerza desatada de la naturaleza, como un tornado o un terremoto, siempre a régimen para controlar su obesidad y siempre comiéndoselo todo aunque solo le quedara un diente. La recuerdo muy bien chupando las cabezas de los pescados y el cuello de los pollos, rebañando los platos, acabándose cualquier resto que los demás hubiésemos podido dejar. Era casi un ser mitológico, primitivo y oscuro, la gran ogresa, como la llama uno de mis primos más queridos. Luego también hablaremos de ella, de cuánto la quise y cuánto aún hoy la sigo queriendo. El padre, mi primer padre, había muerto en un accidente de coche, completamente aplastado por un camionero borracho, y eso fue una bendición para mi madre. Mamá, de pronto, se encontró viuda y con la necesidad de sacar a sus tres hijos adelante. Pero también mamá se sintió libre en esos años de cambio y falsa revolución en España, mediados de los setenta, se volcó en el trabajo y en divertirse. Mamá, por lo tanto, se volvió ausente, invisible para sus hijos, poderosa al margen de ellos, y descubrió emociones hasta entonces desconocidas en diferentes redacciones y con diferentes hombres. La abuela se hizo cargo de esos tres niños que entre sus gritos, pellizcos y lanzamientos de zapatilla fueron creciendo. Nada especialmente dramático. No hubo abusos sexuales ni torturas. No hubo malos tratos. Los tres niños, nosotros, no pasamos hambre, ni frío, ni penalidades de ningún tipo. Fue una infancia afortunada y llena de privilegios. Los tres hermanos hemos superado ya los cuarenta años y en todo ese tiempo aún no hemos conocido ni la guerra ni la cárcel ni una epidemia ni un cataclismo. Incluso el buen trabajo de la madre y su ascendente carrera en los medios le permitió pagar un carísimo pero mediocre colegio en las afueras de Madrid. Cada día un autobús iba a buscarnos y hacíamos, dormidos en el mejor de los casos, los casi treinta kilómetros que separaban nuestra casa junto al Retiro de ese espanto de color verde y amarillo en el que perdimos un montón de años y en el que solo aprendimos lecciones nefastas para el día de mañana. O sea, para hoy. Porque hoy ya es el futuro, incluso lleva tanto tiempo siéndolo que el futuro también ha envejecido y se ha marchitado, tiene un aroma ligeramente

rancio. Lo que quiero decir es que esa infancia no fue terrible, pero sí triste, tristísima, y, al menos para el menor de los hermanos, estuvo marcada por una soledad absoluta, tanto en casa con el primer padre muerto, la madre ausente y la abuela gritona, como en el colegio, donde todo resultaba extraño y lejano, extrañísimo, casi de otro planeta. Hasta que de repente obró el milagro y el burguesito catalán apareció en nuestras vidas sin la dogma ni el palco, porque esos los dejó en Barcelona, pero sí con su presencia real e integradora, con su gran cuerpo, con su decadente sentido de la disciplina y de la familia, con sus viejos principios, que igual eran falsos, pero que consiguieron frenar el desastre y a mí me rescataron de ese vacío en el que flotaba a miles de kilómetros de cualquier otro niño o adulto, de la tierra y del mundo, de cualquier cosa, concreta o no, a la que yo pudiera agarrarme o en la que yo pudiera encontrar un refugio, una referencia, un punto de apoyo, lo que fuera, ya digo, con tal de esquivar la tristeza y el miedo, ese vacío y aislamiento, el frío en las tripas y en los pies, un frío más imaginado que real, pero un frío que helaba por dentro y que a mí estaba a punto de matarme justo cuando apareció él. ¿Cómo yo no iba a amar Barcelona y todo lo que tenga que ver con mi padre?, ¿cómo, incluso tantos años después, yo no voy a sentirme vinculado con esa ciudad aunque nunca haya vivido en ella ni tenga el menor interés en hacerlo, aunque en esa última visita me dejara un sabor tan amargo de boca?

He dicho que estaba a punto de morir cuando apareció mi padre. He hablado de un frío en las tripas y en los pies. No exageraba. Aunque me ha podido el lirismo. Fue más bien fuego, y no había forma de detenerlo. Afectaba, sobre todo, a la cabeza. Fiebre. Un calurosísimo verano en Almería y yo ardiendo sobre la cama, sudando y derritiéndome, a punto de iniciar uno de esos procesos de combustión espontánea. Mi temperatura corporal se había fijado en los cuarenta y uno o cuarenta y dos grados. Me deshidratava por más que bebiera. Empezaba a morir y nadie sabía qué estaba pasando. Era el primer verano de mi padre con nosotros. Mi madre y él ni siquiera se habían casado. La relación empezó en invierno. Recuerdo perfectamente la primera vez que le vi, y eso muy pocos hijos pueden decirlo. Recuerdo también cuánto le odié. Es una escena que ambos comentamos muchas veces y bromeábamos con ella. Debí ocurrir a media tarde. Ya había oscurecido. Mi madre llamó de forma histérica al portero automático. Es algo que aún sigue haciendo. Una fuerza desatada de la naturaleza ella también, un torbellino, un terremoto. Mamá, entonces y ahora, aparece de pronto y le da al botoncito. Le da, le da, le da. Lo mantiene apretado un buen rato. Lo suelta. Vuelve a insistir, golpea con su dedo en el botón una y otra vez, una y otra vez. Ahora toca que suene de forma continuada. Cinco, diez, quince, veinte segundos. Suelta y vuelve a empezar... Más que una llamada es una exigencia y una importantísima noticia. Es el anuncio de su llegada. El mundo entero debe pararse y rendirle pleitesía. Yo a los siete años aún participaba del juego, ¿cómo no iba a hacerlo? Ella llamaba y yo corría a abrirle desesperado y gritando: mamá, mamá, ha venido mamá. Como si su vuelta a casa no fuera algo cotidiano sino excepcional. Porque en efecto así era. Yo corría tan rápido como podía. Atravesaba el larguísimo pasillo de casa. Llegaba al hall. Hacía una breve parada para abrir la puerta. Continuaba corriendo por el descansillo y me lanzaba escaleras abajo para encontrarme con ella, que siempre subía andando, y la abrazaba. Pobre idiota de mí. Cuánto la quería y cuánto la echaba de menos, cómo me dejaba manipular, cómo consentía que estrechara y estrechara el vínculo para esclavizarme, para hacerme absolutamente dependiente de sus necesidades y caprichos, para asfixiarme en más de dos y más de tres sentidos, y para luego, al final, abandonarme otra vez al vacío y a la tristeza, al miedo, a esa soledad absoluta. Aunque justo esa tarde, o esa noche,

después de la carrera, cuando por fin iba a abrazarla, le vi a él. Le vi y le odié. Ya lo he dicho, pero lo repito. Es un detalle fundamental en esta historia. ¿Quién era ese señor?, ¿cómo se atrevía a aparecer en mi casa?, ¿iba a robarme a mi madre como ese otro hombre había hecho antes?, ¿se la llevaría él también a aquel maldito apartamento de la calle Alberto Alcocer, lleno de libros estupendos, de humo, de whisky? Un paraíso, ya lo creo, para la relación furtiva, o más o menos furtiva, que ella había mantenido con un periodista casado. Mi madre vivía allí mientras nosotros esperábamos junto a mi abuela a que sonara, de la manera más violenta e impertinente posible, el timbre del portero automático anunciando su vuelta a casa. Aquella tarde, mamá dejó al señor con el que venía en el salón. Creo recordar que le sentó en la vieja mecedora de mi abuelo. Es esa otra escena que tengo guardada de forma clarísima en la memoria, aun reconociendo que es muy probable que me la haya inventado: solo diez o quince minutos después, mi hermana, ya casi en la adolescencia o, si no, en la pubertad, trepa por el cuerpo del burguesito catalán hasta llegar a su meta: las rodillas, y se sienta en ellas. Trata de camelárselo, de seducirlo para conseguir eso que tanto desea. Quizá luego explique de qué se trata y por qué la actitud de ella está más que justificada. De momento, me limitaré a señalar hasta qué punto somos ya a esa edad —mis siete años y los once o doce de mi hermana— la basura o el incalculable tesoro que el día de mañana podrá ver el mundo. La idea en sí resulta aterradora porque supone que el resto, cualquier cosa que pase o que hagas después, no servirá de mucho, o no servirá de nada. Digo esto un poco por decir. Sin asumirlo completamente o sin asumirlo en absoluto, resistiéndome y refunfuñando. Lo digo como una intuición que se impone de pronto y destruye o echa por tierra mil convicciones, toda una vida luchando a la contra. ¿Y si ningún intento o esfuerzo, ningún sacrificio, ni siquiera un milagro, pudiera salvarnos? Imagina por un segundo que tu destino —o lo que es lo mismo: tu identidad— estuviera ya en esos momentos trazado y solo te quedara plegarte a él o iniciar una eterna y estúpida rebelión sin demasiadas posibilidades de éxito. Imagina esa identidad forjada tan pronto y al margen de ti —la soledad, el vacío, la tristeza, el miedo—. Imagina que ya nunca pudieras librarte de ella e imagina incluso que todo lo demás —tu vida— pudiera explicarse a partir de un momento o una escena de la infancia, una anécdota incluso tomada al azar. No me gusta. Suena terrible en muchos sentidos y suena, peor todavía, victimista y llorica. Y sin embargo, las vidas que mejor conozco, las de mis hermanos y la mía, se justifican enteras y solo es posible comprenderlas partiendo de ahí. Mi hermana, ya entonces, se prepara para hechizar y engatusar, para lograr lo que quiera mediante esa mezcla de frivolidad, simpatía y encanto personal que la hacen única en la familia. O, al menos, única entre los tres hermanos. Su vida, en ese sentido, ha sido un desarrollo, una evolución natural, una flecha lanzada al infinito en una mañana clara de agosto. Mi vida, en cambio, se parece mucho más a una negación o una permanente huida, un ocultamiento, un disimulo, un afán por esconder la vulnerabilidad casi absoluta de entonces y ahora. 1980. Mi madre aparece en casa con ese hombre, pero no se quedará mucho. Soy consciente de ello. Tan pronto como se cambie, saldrá a cenar con él. Yo contemplo la escena desde una esquina. La mirada furiosa y llena de odio. Mirada también muda y fingiéndose ausente, cobarde, sin atreverse a proclamar lo que siente, ocultándolo, sin ninguna técnica como las de mi hermana para lograr lo que desea. Una mirada que reza incluso para no ser descubierta. Por seguir con las metáforas: si lo de mi hermana es una flecha, lo mío se parece más bien a una carrera desesperada por el bosque en una noche cerrada de enero, carrera de alguien que pretende no ser capturado pero que al mismo tiempo grita y grita, no es capaz de contener ni su rabia ni su miedo. Ese alguien está tan asustado, le puede hasta tal punto la situación, que adopta de forma simultánea las dos únicas alternativas posibles: la huida y el enfrentamiento, aunque sea un enfrentamiento

verbal o simbólico. La estrategia es, por supuesto, un disparate, ya que una opción anula a la otra: o corres o le plantas cara al enemigo, pero si decides correr, mejor cierra la boca y reserva el oxígeno para tus pulmones y tus músculos. No delates tampoco tu posición en la noche. Y si vas a enfrentarte, olvídate de perder el tiempo o las energías en la huida. Plántate e hínchate como un pavo. Empieza por intimidar a tu rival. Clava tus ojos en él. No ofrezcas la menor fisura. No transmitas dudas ni temor de ninguna clase. Sé el primero en golpear. Y cierra también la boca. Cierra la puta boca de una vez.

1980. Mi padre intenta seducir a mi madre. Ella acaba de perder a su amante. Es la segunda pareja que entierra en menos de cuatro años. Se me murió en la cama, repite cada vez que sale el tema, o cada vez que lo saca ella. La cama de ese maldito apartamento de la calle Alberto Alcocer. A mí la frase me suena muy tremenda y al mismo tiempo muy cursi, muy folclórica, como de María Jiménez, banda sonora entonces de nuestras vidas, e imagino que se trata, en realidad, de un eufemismo. Mi padre y mi madre se han conocido por motivos de trabajo. Ella no le soporta, aunque poco a poco se le irá ablandando el corazón. Mi madre va de progre y de moderna, está afiliada a Comisiones Obreras. Mi madre lleva «la Internacional» en el coche, un Ford Fiesta rojo, y a veces la pone a todo volumen por Madrid. Mi madre una vez se encontró a Manuel Fraga en un paso de cebra y aceleró como si fuera a atropellarle. Sus tres hijos íbamos detrás y supongo que nos reímos mucho al ver cómo corría ese señor gordinflón. Lástima que mi madre solo estuviera jugando. Mi padre es católico y de derechas, de «buena» familia. Dos «buenas» familias arruinadas. Viste siempre traje y peina su pelo blanco hacia atrás. De derechas «a la catalana», le gusta aclarar, aunque sin dar más explicaciones de qué demonios significa eso. Mi padre es un hombre de orden y, como tal, tiene una amante en Barcelona. Dentro de unos meses, cuando le comunique a ella —también burguesa, también de «buena» familia, también de orden— que va a casarse con una de Madrid mucho más joven, la amante, dolida, le preguntará si nunca pensó en casarse con ella. Mi padre ante eso no tendrá respuesta. O sí. Pero su sentido de la educación y la cortesía le impedirá decir la verdad. Mi padre, además de un hombre de orden, es un señor, un caballero, todo el mundo lo destacará siempre. Alabarán su elegancia, su encanto y su aspecto de banquero inglés. Cuando murió en 2003, yo me bloqueé por completo, fui incapaz de asumirlo. No sentí nada y actué como si nada hubiera ocurrido. Meses después se desató una de las peores crisis de mi vida. No podía comer ni tragar, no podía casi ni salir a la calle. Había perdido el control sobre el miedo. Me trató un psiquiatra fantástico. Ante mil situaciones distintas, siempre me hacía la misma pregunta: ¿qué pensaría tu padre de eso? Luego, al cabo de un año, se murió mi primer perro, Blas, un maravilloso bulldog blanco. Me pasé cuatro días seguidos llorando sin parar. Lloré todo lo que no había llorado por mi padre, ni por mi abuela muerta dos años antes, ni por mi muy querida tía el año anterior, ni siquiera por mi mejor amigo al que enterramos en septiembre de 2000. El bueno de Blasito desató las lágrimas y la pena. Me cambié de casa y empecé a curarme. Ahora me pregunto muchas veces: ¿qué pensaría yo de mi padre si no le conociera y le viera por la calle, tan presumido y vanidoso, explotando sin el menor reparo su aspecto de lord o de banquero inglés? Y, por supuesto, no creo que me gustara. Lo más seguro es que le considerara un gilipollas. Y, por supuesto también, estaría equivocado. A mi padre se le puede acusar de muchas cosas, como a todo el mundo, pero no de gilipollas. Mi padre, viudo desde hacía tiempo, tenía tres hijos. El mayor era, más o menos, de la edad de mi madre, y dos de sus nietos habían nacido un par de meses antes que yo. A mi madre y a mi padre les separaban veinticinco años. Mi madre, de una u otra forma, quería quitárselo de encima. Solo así se explica que le trajera esa tarde a casa y le presentara a sus tres hijos. Nos dejó encima con él. 1980. Mi hermana trepa por sus rodillas y trata de camelárselo. Yo le miro en silencio y lleno de odio. Falta mi hermano en la escena. ¿Qué ha pasado con él? Mi hermano, el mayor de los tres, es y será

siempre un gran misterio, el guardián de casi todas las claves, el auténtico enigma de esta historia. El niño gordito, empollón y deportista. El que perdió a su adorado padre con nueve años, el que ahora, a los trece, tendrá que aceptar la llegada de un nuevo padre a su vida. Mi hermano no dice nunca nada a nadie, pero llora todas las noches en silencio al meterse en la cama. Luego se levanta, saca las notas más altas de su clase, es el que más goles mete, tiene un montón de amigos, juega como un campeón al tenis. Mi hermano hoy es un auténtico gilipollas en muchos sentidos. En otros no, claro. Necesita ser el número uno de forma compulsiva: es el más valioso en su profesión, el más reconocido, el que más dinero gana, el que se compra las casas y los coches de dos en dos y de tres en tres. Ha heredado la ambición de mi madre. No soporta perder. Es inteligente, es brillante, trabaja un número disparatado de horas, y, si no, se va de viaje, o a esquiar, a cenar al sitio más caro, a visitar las posesiones que tiene repartidas por media España o le invita alguien a un viaje en barco, a un torneo de golf o a un palacio. Y, por supuesto, ya no está gordo. Es la única persona del mundo, de las que conozco, que tiene más miedo que yo, un miedo aterrador, y eso yo lo detecto y lo entiendo mejor que nadie. Cada uno se protege como puede, y se inventa las trampas o las estrategias que más le convienen. Yo a mi hermano se lo perdono todo, aunque cada vez estemos más lejos y aunque cada vez los dos seamos más gilipollas, gilipollas en sentidos distintos. A mí mi hermano me produce tanta ternura que cada vez que recuerdo su infancia me entran unas inmensas ganas de llorar. 1980. Esa tarde, me explica ahora, él estaba en el baño con mi madre. Recuerda el momento perfectamente. Mi madre me mira y él la mira. Mi madre habla y él la escucha. Mi madre le cuenta que ese señor que ha traído a casa es un pretendiente nuevo que tiene. Mi hermano, niño aplicado e hipersensible, presta mucha atención. Es el que más trato tuvo con el amante recién muerto de mi madre. Hasta se fue un fin de semana de viaje con ellos y, a la vuelta, fue interrogado de la manera más cruel por mi abuela, que luego utilizó la información en contra de mi madre. Eso mi hermano tampoco lo olvida ni lo olvidará jamás. Año 2001. Mi abuela agoniza en el hospital, delira de una forma bastante serena y contenida, ve fantasmas en la habitación, habla con ellos, se muere como la fuerza de la naturaleza que siempre ha sido, como un elefante o un dinosaurio, acepta su destino, se rinde sin dramatismos, se entrega despertando admiración y hasta amor entre casi, casi sus catorce nietos. Mi hermana masajea sus pies hinchados y deformes, olvida viejos rencores, le perdona mil injusticias y ofensas, demuestra por enésima vez que es la más generosa y la que mejor corazón tiene. Mi hermano casi ni mira a mi abuela, la desprecia, desentierra su inquina que se remonta hasta ese momento de su infancia más de veinte años atrás. Eso dice él. Yo creo que en realidad le puede el miedo. Vuelve a estar aterrado. Intenta escapar. No quiere enfrentarse de nuevo con la muerte dentro de la familia ni mucho menos con su pasado, con la imagen de ese niño que se esconde de todos para llorar. 1980. Mi madre me mira y mi hermano mira. Mi madre habla y mi hermano escucha. Mi madre le dice que tiene otro pretendiente. Pero ese les gusta menos porque es taxista y ambos seguro que coinciden en que la familia al completo nos merecemos algo mejor. Nos merecemos un banquero o un lord inglés. Y si no, en su defecto, un burguesito catalán que dé el pego y parezca ambas cosas al mismo tiempo. Mi madre me mira. Mi hermano mira. Evalúan la situación, seguro que en silencio, sin decir demasiado, y seguro que sin ser conscientes de todas estas cosas o siendo conscientes de ellas solo a medias. Mi madre sigue jugando, amaga, como con el atropello a Fraga, da palos de ciego. Está aún temblando y está, desde luego, rota por dentro. Su amante se le acaba de morir, «en la cama», su amante, su gran amor. Es curioso cómo a veces el amor se alimenta de la muerte y de la tragedia. Quizá todo gran amor necesite un cadáver, real o figurado, para poder crecer y expandirse, para sacar fuerzas, para cegarse, para partir de cierto estado de aturdimiento, para que

nos pille con las defensas bajas, para que la necesidad de huir o el afán por dejarse llevar sean aún más fuertes que el miedo y la pereza, el bostezo infinito y autocomplaciente de la rutina. A mi madre se le ablanda el corazón porque mi padre la pilla sin capacidad de resistencia. Mi madre ya tiene bastante con levantarse por las mañanas y seguir adelante. Mi madre, al menos, tiene su trabajo, su compulsividad frente a él, su inmensa ambición. Y la excusa perfecta para espantar cualquier sombra de culpa: debe sacar a tres hijos adelante. Mi madre es la mediana de tres hermanas, la niña feúcha entre dos auténticas bellezas. Mi madre comprendió enseguida que solo su cabeza, su esfuerzo y el estudio podrían hacerla destacar, y ella siempre tuvo unas ganas locas de destacar, de llamar la atención, de poner el mundo a sus pies. Mi madre, incluso ahora, exige ser adorada y que levanten mil altares en su honor, que sacrifiquen a su paso tres vírgenes, dos recién nacidos y un cochinitillo en cada hogar. Mi madre, cuando va a un restaurante, convierte a los camareros de forma automática en sus esclavos, un extraño vicio que ha ido empeorando con la edad: les insulta, les humilla, les azota y luego, al final, a veces les indulta y hasta les permite salir de allí con vida. Muchas otras veces no. La he visto montar auténticas carnicerías en algunos de los restaurantes más de moda de Madrid, sus preferidos, y los que suelen tener el peor servicio: camareros jóvenes, guapos y torpes. Sus víctimas predilectas. Aunque eso es ahora. En 1980 quedaban bastantes cosas por hacer. Faltaba mi padre y faltaba ese nuevo mundo que él nos iba a descubrir.

1980. Mi padre intenta seducir a mi madre sin saber, creo, que va a caer rendido incondicionalmente ante ella y que va a adorarla sin el menor pudor durante los próximos veintitrés años. Nunca he conseguido entender por qué. Quiero decir, cómo pudo enamorarse hasta ese extremo. Mi padre, a los sesenta y dos años entonces, va a dejarlo todo, va a cambiar de ciudad, va a renunciar a su puesto por uno inferior dentro de la misma empresa, va a enfriar las relaciones con sus hijos hasta casi el cero absoluto, va a adoptar a otros tres niños de trece, once y siete años, les va a dar su apellido, se va a volcar en ellos, se va a convertir en su auténtico padre. Sesenta y dos años. Una edad en la que los más afortunados cuentan los días que les faltan para la jubilación. Su amor hacia mi madre fue siempre titánico, incuestionable, perfecto, pero tal vez influyera algún otro factor. Mi padre, niño abandonado por su padre en la Barcelona de los años veinte, o los años treinta, quizá estuviera tratando de rescatarse a sí mismo. Mi padre siempre contó lo mucho que le había impresionado mi numerito aquella tarde: la carrera desesperada, los gritos —mamá, mamá, ha venido mamá—, mi disgusto posterior, la expresión desencajada y quizá el odio que se nota a pesar de mi miedo y del disimulo. Mi padre debió darse cuenta de todo —la tristeza, el vacío, el miedo— y quiso salvarse. Salvarme a mí para salvarse él. No es casual que yo ese verano estuviera a punto de morir y que mi padre no se separara de la cama. Eso terminó de enamorar o al menos convencer a mi madre. Ella, mientras, planeaba la huida, soñaba con desaparecer y no saber nunca nada más de mí, si había muerto o había sobrevivido. Decía que no hubiera aguantado otra muerte y estaba dispuesta a largarse. Mi madre ha asegurado siempre que ese nuevo abandono constituía la prueba última y definitiva del amor materno. Una especie de *Decisión de Sophie*, película que siempre le ha fascinado. Mi madre, pobre, estaba aturdida, confundida, intoxicada. Yo, en ese sentido, siempre he preferido a las madres brutales del siglo XIX, o de principio del XX, las que parían para enterrar ellas mismas a sus hijos a las pocas horas de nacer. Como mi abuela. Luego hablaremos de ella. Aunque, gracias a Dios, ahí estaba mi padre. Su ejemplo, su elegancia en el sentido más absoluto del término, su

fuerza y su saber estar la retuvieron. La solidez de mi padre estaba hecha a prueba de bombas, y encima daba siempre la impresión de que no le costaba el menor esfuerzo. Mi madre, por suerte, hace ya mucho que dejó de escuchar a María Jiménez. Se olvidó del dramatismo y la cursilería, creció, maduró, y con la aparición de mi padre dejó de odiarnos. Porque es muy probable que antes, en efecto, nos odiara a los tres, sus hijos, o al menos nos considerara un incordio. Lo segundo está claro. Lo primero lo pienso ahora por primera vez en mi vida mientras escribo esto, y no termino de creerlo, ni de aceptarlo, pero tiene sentido, y tampoco sería tan extraño. La maternidad está muy sobrevalorada. Conozco a docenas de madres que odian a sus hijos, y les odian a muerte. Odian de una forma civilizada y cotidiana, responsabilizan a las pobres criaturas de casi todos sus males, es un odio mudo y ciego, que se manifiesta a través de gestos y actitudes que detectan solo los microscopios más potentes o los espíritus más sensibles. Dicho odio, en la mayoría de los casos, nunca llega a pegar una bofetada. No se atreve. Y quizá sea eso lo más dañino. Reconcome por dentro, dinamita las relaciones, genera mil pequeñas y miserables venganzas. Y, por supuesto, ellas, las madres, no lo confesarán nunca, ni aunque las torturen en Abu Ghraib o en la Audiencia Nacional. Por no confesarlo, ni siquiera tendrán el valor de confesárselo a sí mismas. Mienten las madres —una buena parte de ellas, no todas, la tuya nunca, queridísimo e hipócrita lector, la tuya te quiere y te ha querido siempre, no te asustes ni te me vayas a traumatizar—. Mienten las madres, decía, y crean así una gigantesca espiral de silencio que cubre el mundo, una especie de anticiclón que vuelve el aire irrespirable, nos aplasta y nos entierra a todos. A ellas, claro, y a sus hijos, pobres. Encima de ser odiados, los muy idiotas consideran que se merecen otra cosa. Les han dicho que tienen derecho a que les quieran, que es lo natural y lo que ocurre siempre. Nada más y nada menos que un derecho. Quizá, en el fondo, esas pobres criaturas —todos o casi todos nosotros— nos merezcamos nuestro destino y el odio de nuestras madres, ese montón de mierda y ponzoña disfrazada de merengue y pastel de fresa, de buenos sentimientos, de arbolitos de Navidad, de anuncios de leche desnatada o del último modelo de monovolumen para salir de excursión el domingo con el deseo inconsciente, por parte de la madre, de que el vehículo se estrelle y mueran todos. Todos menos ella. Una madre que llora es mil veces más madre que una madre que ríe. Y, encima, en este caso, sería una madre libre, sin responsabilidades, sin niños coñazo y sin marido capullo. La madre perfecta multiplicada por mil gracias al dolor y la pérdida. Un millón de vírgenes impuras lloran a sus hijos crucificados cuando en realidad han sido ellas, y solo ellas, quienes les han entregado a Poncio Pilatos para que les torture y les rompa los huesos, para que les sacrifique y les deje agonizando a merced de las aves carroñeras y los insectos en el monte del olvido. No sé. Insisto: es solo una hipótesis, e insisto también en no culpar a mi madre. Su odio, de existir, se acabó curando. Ella, además, había tenido una vida muy dura, o moderadamente dura, y llena de carencias e insatisfacciones, desde su infancia de niña feúcha hasta la necesidad, impuesta por la familia, de que empezara a trabajar a los diecisiete años, su triste matrimonio con mi primer padre, etc. Y, por supuesto, sufrió el odio de su propia madre, mi abuela. En mi familia las madres odian con mucha más fuerza a sus hijas que a sus hijos. Puede que esto también sea algo generalizado.

Verano de 1980. Mi padre y mi madre ya están saliendo, o son novios, o lo que sea. A mi madre alguien le ha hablado de un lugar maravilloso llamado Roquetas de Mar, en Almería. Ha venido también una de sus hermanas, la pequeña, con sus cinco hijos. Aunque ese lugar tan maravilloso tiene una playa horrible llena de piedras en lugar de arena y yo me muero mientras mis hermanos y mis muy queridos primos se lo pasan de puta madre. Mi hermana y mi prima juegan con una ouija en habitaciones y salas abandonadas de un hotel que tantas décadas después yo recuerdo igual de grande y siniestro que el de *El resplandor*, aunque mucho más feo. Mi hermana y mi prima puede que hasta consigan contactar con mi espíritu, que en esos momentos se plantea si abandonar o no el cuerpo, y yo, tan encantador como siempre, les muevo el vasito para motivarlas y darles una alegría. Mi hermano y mis primos deciden montar una banda e iniciarse en el crimen. Cada tarde, antes de que caiga el sol, desvalijan con un cuchillo las máquinas que hay en la cafetería, máquinas de esas de cascada que ya no existen y en las que se echa una moneda con la esperanza de que al caer provoque una especie de alud o de avalancha y te devuelva treinta o cuarenta monedas más. Cuando les descubran, los mayores le darán el cuchillo al más pequeño, saldrán corriendo y le dejarán solo. Tonto el último y que viva la solidaridad entre los jóvenes aprendices del Vaquilla o de Al Capone. Será mi padre, que aún no es mi padre ni es nada, quien hable con el director del hotel, se disculpe, pague lo que tenga que pagar, si es que pagó algo, y evite la intervención de la Guardia Civil. El aspecto de lord o de banquero inglés siempre le facilitó mucho las cosas. Puede que influyera también que yo, mientras, sudaba y sudaba en una de las habitaciones, me consumía, me deshidrataba, etc. Había un médico que venía a verme con pantalones cortos, y eso le desacreditó por completo de cara a mi padre. Mi padre provenía de una familia de médicos ricos que trataban de forma desinteresada a los pobres. O, al menos, eso contaba él. Puede, esto lo digo yo, que en realidad primero los médicos ricos hicieran enfermar a los pobres, que les envenenaran, por ejemplo, o que contrataran a alguien para que les moliera a palos, y luego ellos, los antepasados ricos de mi padre, hicieran como que les curaban a los pobres para ganarse la Salvación. Mi padre también quiso ser médico para no cobrarles un duro a los pobres, imagino, y hasta empezó la carrera, pero por culpa de la guerra tuvo que dejarla. Eso también siempre según su versión. Muchos, muchísimos años después, en el bautizo de la segunda hija de mi hermano, descubrí que la historia era bastante más complicada. 2002. Mi hermano bautiza a su hija pequeña en el chalé que sus suegros tienen en la sierra. Ha venido una representación de la familia de Barcelona. Ahora mismo no recuerdo quién sí y quién no. Seguro que sí estaban dos de mis hermanastros: el hijo mayor de mi padre con su mujer y la hija mediana. El tercero no creo que apareciera. La relación con ellos nunca ha sido buena, pero más de veinte años después de que mi padre se instalara en Madrid supongo que se ha establecido una especie de tregua o de hartazgo. Mi padre, además, ha empezado su declive. Hasta pasados los ochenta años siguió trabajando e incluso viajaba todas las semanas a Barcelona para reunirse con sus jefes, dejarse ver o lo que fuera. Salía por la mañana en el puente aéreo y volvía por la tarde. Nunca aprovechó para comer con sus hijos. Ni siquiera para verles o tomarse un café. 2002. Mi padre, ya a los ochenta y cinco años, está bastante deteriorado. Ese cuerpo —tan alto, tan grande, tan fuerte— que siempre ha sido su mejor carta de presentación y que le ha abierto todas las

puertas, se ha acabado convirtiéndose en un gran obstáculo. Hace falta una fuerza tremenda y muchísima habilidad para moverlo. Una serie de microinfartos cerebrales le han ido dinamitando y seguirán dinamitándole hasta que el último de ellos le lleve una semana a la UVI y, de ahí, directo a la tumba. Ese último infarto ocurrirá una mañana, casi de madrugada. Mi padre se levanta desorientado y se cae al suelo. Mi madre me llama y yo salgo corriendo. Llego muy rápido porque en esa época vivo en el edificio que hay justo enfrente. Vivo allí para cuidar a mi padre y para ayudarles a los dos en lo que necesiten. Se trata, sobre todo, de hacer compañía y de una especie de vigilancia preventiva. Esas labores, afortunadamente, no incluyen las más dolorosas y sacrificadas. Nunca tendré que limpiarle el culo a mi padre ni que cambiarle un pañal. Mi madre tampoco. La familia ha prosperado mucho desde 1980, tanto como el país. Un ejército de ecuatorianas, bolivianas, dominicanas y demás han abandonado a sus propios hijos y a sus viejos para venirse a España y ocuparse de los nuestros. Parece que los españoles entonces teníamos muchas mejores cosas que hacer y, si no, al menos teníamos dinero para pagar y que nos quitaran el marrón de encima. Pero mejor volvamos al bautizo. 2002. Mi hermanastra, de pronto y no sé si con un motivo justificado o sin venir a cuento, se encarga de abrirme los ojos y contarme el gran secreto de mi padre, la verdadera historia de su juventud, con la que echa por tierra la imagen que yo siempre había tenido de él y, entre otras muchas cosas, su supuesto abandono de la carrera de Medicina por culpa de la guerra. La niña que bautizamos entonces tiene hoy catorce años y yo aún no he conseguido reponerme del todo. Lo de mi hermanastra, su confidencia maligna o no, con motivo o sin venir a cuento, yo siempre he creído que fue en realidad una venganza. El odio, ya se ve, no es exclusivo de las madres hacia los hijos, ni siquiera una peculiaridad de mi familia. También los hijos odian a los padres, y también se practica en Barcelona, por cierto, con bastante alegría y desenfado. Lo vi claro desde el primer momento, cuando me alejé de ella casi dando tumbos —dando tumbos por dentro— para acercarme a mi padre, darle un beso y abrazarle, o hacerle cualquier otro gesto de cariño. Su imagen acababa de saltar en mil pedazos, se había venido abajo, como él entonces se caía cada dos por tres porque le fallaban los músculos o las fuerzas, porque ya no podía con ese cuerpo de lord o de banquero inglés aficionado en su juventud al boxeo y al rugby. Boom. ¿Pretendía mi hermanastra vengarse de mi padre por haberla abandonado ya mayor e independiente, y haber empezado una nueva vida en Madrid sin ella y sin sus hermanos, sin rastro alguno del pasado y sin hacer el menor esfuerzo por mantener las formas? ¿O pretendía vengarse de mí, ese niño tonto y extremadamente débil, que a los siete años le robó a su padre y se lo robó por completo? ¿Quería decirme algo así como: entérate, mierdecilla, porque nuestro padre no mola tanto como tú te crees ni es el superhéroe que te ha contado? Qué coño importa. Había bastado un comentario para que mi padre se desmoronara en todos los sentidos. Aún hoy, duele tanto y, al mismo tiempo, es una actitud tan comprensible e incluso admirable por parte de él que en todos estos años solo lo he comentado con mi madre para que me lo confirmara, como en efecto hizo. Lo importante, sin embargo, es otra cosa. 2002. Mi padre está sentado en una silla. Es preferible que no permanezca mucho tiempo de pie. Puede caerse en cualquier momento. Yo me acerco, me agacho, le doy un beso, supongo, le agarro la mano o le cojo uno de esos brazos que antes eran tan fuertes y ahora son solo grandes y pesados. Quizá me pongo detrás de él y me apoyo en sus hombros. Lo que sea. Da igual. Mi padre me mira y sonrío, supongo también. Está ausente, pero aún está, y creo que hasta se divierte. Mi padre en 1980 me salvó a mí para salvarse a él. Yo hoy, en 2016 —y mucho antes, en 2002—, le salvo a él para salvarme a mí. Y le salvaré siempre. Aunque solo sea por egoísmo, que no lo es. Yo sin él, sin su recuerdo y sin su imagen —rota o no, o rota y recompuesta miles de veces a partir de ese día—, sin su ejemplo, sin su

presencia constante y casi mítica en mi vida, sin su valentía y sus caídas, sin su sentido del deber y de la lealtad, sin todas las calles que paseamos juntos, sin los puñetazos que me enseñó a dar, sin su exigencia, sin su olor de los fines de semana por la mañana o sin sus manos como las de Copito de Nieve, creo que habría muerto cien mil o ciento veinticinco mil veces solo antes de cumplir los diez años. ¿Qué pensaría tu padre de eso?, me parece escuchar ahora a mi estupendo psiquiatra de entonces. Claro que era importante la pregunta, fundamental, y tenía sentido, cómo no iba a tenerlo. Por eso aquella tarde, en el bautizo de mi sobrina, yo me levanté y fui a besarle. No podía actuar de otro modo ni hubiera sido justo hacerle la menor crítica o el menor reproche, juzgarle, cuestionarle, entrar al trapo. El daño ya estaba hecho y yo debía callarme, quitarme un montón de mierdas de la cabeza —aunque aún no he sido capaz—, y, sobre todo, quererle como había hecho siempre, e incluso a partir de ese momento quererle un poco más, mucho más todavía, estar a su lado, demostrárselo, mirarle, tocarle, reducir la relación a ese nivel tan básico y primario, adaptarnos los dos a la nueva situación y a los nuevos golpes. Seguir, como desde 1980, todo el tiempo que aún nos quedara.

Esa última mañana, casi de madrugada, yo me quedé un momento a solas con mi padre mientras esperábamos la ambulancia. Él me dio su reloj. No sé si para que me lo quedase o para que se lo guardara. Me hizo un gesto, resignado más que triste o más que con miedo, como diciendo esto es lo que hay o, si no, a ver qué viene ahora. Su lucidez no daba para más. Mi hermano vino también corriendo desde su casa y, entre los tres, nos hicimos cargo de todo: mi madre, mi hermano y yo. Mi padre en esos momentos llamaba a su madre. Muy pronto perdería la consciencia. Todos morimos llamando a nuestra madre y pidiendo que sea ella, y solo ella, la que nos venga a cuidar. Aunque lleve mil años muerta. Es extraño, y terrible. También patético. En 1958, el psicólogo Harry Harlow publicó un estudio llamado «La naturaleza del amor» en el que recogía sus conclusiones después de haber realizado distintos experimentos con bebés mono. A los sujetos de estudio se les daba todo lo que pudieran necesitar para desarrollarse y crecer en la abundancia. Todo excepto una madre. Los pobres monos enloquecieron y empezaron a frotarse contra un trozo de tela que había en la jaula. Eso, al menos, les daba suavidad y un poco de calor. Luego el avisado doctor fabricó una madre artificial con una bola de billar y una toalla. Los monos no se separaron de ella. La cosa fue a más y el doctor decidió rellenar a esa falsa madre con todo tipo de dispositivos para putear a los monitos y hacerles daño. La falsa madre, por ejemplo, les soltaba un calambrazo cada vez que se acercaban a ella. O les pinchaba porque entre las toallas habían escondido mil púas. Aun así, los bebés mono insistían e insistían. El doctor Harry Harlow acabó abandonando a sus propios hijos para volcarse completamente en los monos y seguir torturándoles a gusto y sin problemas de conciencia. ¿Y por qué discriminar a las monas?, ¿por qué no putearlas a ellas también para desentrañar la verdadera naturaleza del amor? Claro que sí. A las monas se las privó de todo contacto con el resto de los monos y luego, cuando entraron en celo, se las ató con sumo cuidado para que su vulva resultara accesible. Metieron un mono en la jaula. Copularon. O, mejor dicho, copularon los monos macho mientras las monas hembra se dejaban hacer sin posibilidad alguna de resistencia. Una nueva generación de bebés mono vino al mundo. Las monas no quisieron saber nada de ellos, se desentendieron por completo. Solo hubo dos que mostraron un poco de piedad y mataron a sus bebés. Ambas aplastaron la cabeza de sus criaturas. Una de ellas, además, le comió las manos y los pies a su hijo. Yo creo que era amor. Y que esa quizá fuera su verdadera naturaleza. El doctor Harry Harlow hoy está considerado un héroe. También un monstruo. Gracias a sus experimentos cambió las teorías imperantes en la época que animaban a las madres humanas a no besar a sus hijos y ni siquiera abrazarles, a mostrarse lo más distantes posible. Otra de las consecuencias de «La naturaleza del amor» fue el impulso decisivo que supuso para el movimiento de liberación animal. Muchos se escandalizaron al conocer la crueldad de los experimentos, que iban más allá de lo aquí relatado. Aunque cuando al bueno de Harlow le preguntaron, él no tuvo el menor reparo en contestar: «Por cada mono maltratado, hay un millón de niños que sufren. Si mi trabajo ayuda y es capaz de salvar a los niños, no me preocupan los monos.» Cuando llegó la ambulancia, mi madre se subió a ella con mi padre, no se separó de él un segundo, siguió cuidándole con mimo absoluto hasta el final, como llevaba años haciendo. Aunque mi padre, en realidad, a quien llamaba no era a su amantísima esposa. Llamaba a su madre. Mamá mona en la selva, fuera de las jaulas y los laboratorios. Mamá

mona que cuida a su hijo rubio y de ojos azules. Mamá mona buena y que no aplasta la cabeza de sus pequeños, no devora sus manos ni sus pies, no ignora a sus criaturas. Mamá mona en un extraño edén, la Barcelona de los años veinte, o los años treinta, en el que, ella también, tuvo que sacar a sus hijos adelante, aunque en su caso tras ser abandonada por su marido. Mono cabrón. Mono maldito. Mono repugnante, tan vanidoso como lo será su hijo, pero mil veces más mujeriego, más juerguista, vago y sin escrúpulos. Mi padre, creo, nunca perdonó a su padre. Iba a decir eso, incluso lo pensé durante años, pero mientras escribía estas páginas descubrí la auténtica historia. Luego la cuento. Lo que sí es cierto es que mi padre jamás hablaba de él. Solo había una escena que le gustaba recordar y hasta disfrutaba contándola. Quizá fuera esa su escena fundacional. No sé. Mi padre callaba demasiadas cosas. Aunque prefiero pensar que no. Esa escena, en todo caso, se convirtió en el germen de su vanidad. Poco más. Él es un niño. Su padre no trabaja. Vive de la fortuna que ha conseguido después de vender el negocio familiar. Se dedica a seguir a los toreros por toda España. Toros, flamenco y putas. Ese es su mundo, una juerga perpetua, y arrastra a su familia detrás de él, y de su falta absoluta de fuste y de vergüenza. Viven en distintos lugares. En Sevilla, por ejemplo, nacerá la hermana más querida de mi padre y le pondrán el nombre de una de las mil vírgenes de la ciudad. Después, o quizá antes, pasan un tiempo en Madrid. Llega el día de Navidad y empieza a nevar. Mi padre nunca ha visto algo semejante. Un auténtico prodigio, y aún falta lo mejor. El padre de mi padre —de ninguna forma podría llamarle abuelo— tiene muchos amigos, compañeros de farra, ese extraño ambiente en el que se mueve y en el que tampoco faltan los militares. ¿Quién, qué tipo de persona, podría aspirar a convertir su vida en una representación perpetua de *Carmen*? Uno de esos militares les invita a Capitanía General y manda formar a sus hombres en el patio nevado. Es el ejército y a ellos no les queda más remedio que obedecer. Sube a ese niño rubio y de ojos azules a su caballo y todos se cuadran ante él. Hacen un largo pasillo y le saludan de forma marcial según avanza sobre la nieve. Los soldados se prestan a la broma o al capricho, qué remedio, y se convierten así en sus juguetes, figuritas de carne y hueso que duplican o triplican el tamaño del niño. La escena, ya he dicho, le causó una gran impresión a mi padre. Impresión sin demasiada continuidad, o sin continuidad en absoluto, tras el abandono de su propio padre y la consiguiente separación. Un divorcio en la Barcelona de los años veinte, un gran escándalo, con juicio y todo. La madre de mi padre, y sus cuatro hijos, quedan marcados por la vergüenza y la ruina. Mi padre se convierte en el hijo de la divorciada, lo que en ese momento vendría a significar, de la manera más injusta, hijo de puta. Mi padre, tan alto y tan fuerte, aprende a pelear y se pega con los otros niños casi sin descanso para defender el honor de su madre. A ella no le queda más remedio que ponerse a trabajar. Su familia de médicos ricos que curan a los pobres ya se había arruinado pero seguían conservando los suficientes contactos como para colocarla de enfermera. El causante de la ruina fue un tío o tío abuelo sacerdote que debía administrar la fortuna. Lástima que su ludopatía le llevara a pulírselo todo en la bolsa. Los contactos, sin embargo, iban mucho más lejos, así como la relación de los antepasados de mi padre con la Iglesia y la deuda, al menos moral, que esa institución había contraído con ellos. De manera que además de buscarle un trabajo a la madre, le otorgaron a mi padre un preceptor. Mi padre habló siempre mucho de él, a diferencia de su propio padre. Habló, además, con infinito respeto y admiración, con gratitud, aún fascinado por su figura y su recuerdo. Aunque también con una increíble facilidad para ocultar datos fundamentales de la historia. Quizá, pienso ahora, él los acabó olvidando después de negárselos a sí mismo durante años. El preceptor en cuestión era otro sacerdote, miembro también de la alta burguesía catalana, y cuya afición no era el juego sino la caza. Caza, eso sí, de una especie muy particular: el masón. Yo solo después

de la muerte de mi padre descubrí la importancia que este personaje había tenido en una parte y un momento muy concreto y muy siniestro de la historia de España, al introducir y divulgar con enorme éxito la teoría de la conspiración judeo-masónica. Nunca hubiera imaginado que se trataba de alguien tan relevante, ni mucho menos que mientras mi padre me contaba sus historias, como si pertenecieran a un remotísimo pasado sin conexión alguna con el presente —porque para él, en efecto, era así—, su preceptor de la infancia, ese hombre que tanto le marcó, seguía vivo y al margen de todo, impune, sin querer recordar o directamente negando cualquier responsabilidad sobre toda la sangre que se derramó por su culpa, los crímenes a los que contribuyó de una forma más o menos directa durante la guerra y los peores años de la represión, ya fuera justificándolos, aportando las bases teóricas y paranoicas para que se cometieran o señalando a las víctimas. ¿Y mi padre? Él era solo un chaval, pero qué tipo más curioso y más hábil, qué inmensa capacidad para dejar su pasado atrás, para que no le afectara nada o casi nada, qué gran representante en ese sentido de una época tan terrible y qué fácil resulta ahora, desde nuestra atalaya imbécil y privilegiada, juzgarle a él y a su generación, simplificar, repartir condenas o bendiciones, nosotros justo, que nunca hemos demostrado nada más que una desvergüenza y un miedo absoluto ante el mal del mundo o ante sus pequeñas miserias. Lamemos la mano que nos da de comer. Lamemos el plato. Lamemos el culo de nuestros carceleros y de los auténticos dueños de nuestras vidas. Gloria al tirano y al patrón. Y aquí todos callados como putas si no es para criticar lo que ocurrió hace ochenta años. Podría decir ahora, otra vez, que le salvo a él para salvarme a mí. Pero no, al revés, salvarle esta vez implica condenarme a mí y reconocer que no le llego ni a la suela de los zapatos, que el más digno de nosotros —y yo, por supuesto, no lo soy ni de lejos— es mil veces peor que el tipo más corriente de aquella terrible generación. Mi padre, volvamos a la historia, presumía siempre de las lecturas al lado de su preceptor y del privilegio que para él habían supuesto, de cómo un tipo tan formado y tan culto —porque en efecto lo era— le abrió en plena infancia su biblioteca llena de libros prohibidos entonces. Lee lo que quieras, le dijo, para ti no existe limitación alguna, y lo único que le pidió fue que le preguntara o le consultara cualquier cosa que no comprendiese, que chocara con lo que le habían enseñado antes o que le causara la menor inquietud. De la otra faceta, la de cazador de masones, mi padre hablaba menos, aunque alguna vez hablaba, pero como si fuera una travesura o un cómic de Tintín, un relato de aventuras o una novelita de los tres investigadores. Mi padre contaba, por ejemplo, las reuniones de su preceptor con todo tipo de rufianes, de chivatos, de confidentes, hasta de ladrones que le facilitaban información sobre el enemigo y, lo más importante, sus nombres. Lo que no contaba mi padre es qué sucedió después con esas listas, durante la guerra y al acabar. Como tampoco lo contaba su preceptor. E insisto en que él entonces era un chaval en la infancia o, como mucho, en la pubertad, aún en el colegio, ignoro qué edad tendría ni siquiera de forma aproximada y doy por hecho que jamás le implicaron en semejantes intrigas. Recuerdo, eso sí, otra anécdota: muchos años después, en un aeropuerto o una estación, se le acercó una persona y le preguntó si él en efecto era él, llamándole por su nombre, y si se trataba del mismo mozalbete rubio y de ojos azules con el que su preceptor a veces se dejaba ver por Barcelona. Él respondió que sí, y aquel hombre le explicó cómo en cierta ocasión habían estado a punto de matarles a los dos y pegarles cuatro tiros en la calle. Un milagro o la casualidad les había salvado. Los juegos en los que, de refilón y sin ni siquiera saberlo, estaba involucrado mi padre eran juegos muy serios y muy chungos, muy peligrosos. Juegos terribles y sin la menor gracia. Ahora yo, como todos, lamento no haberle escuchado más y no haberle preguntado, no haberle interrogado incluso, aun cuando eso iba en contra de todos los códigos de conducta que él estableció conmigo, que yo por supuesto

acepté y luego, de forma sistemática, he trasladado a mi relación con el mundo: respeto al silencio, discreción casi enfermiza, no meterse nunca donde a uno no le llaman, no mostrar la menor debilidad en ese sentido. Distancia y contención, aunque en mi caso sin el encanto de mi padre, cualidad, por otro lado, que cada día considero más sospechosa. Si mi historia fuera la suya, si yo hubiera tenido que pasar por lo mismo, sin la menor duda habría acabado en la cárcel o en una fosa común. Él, sin embargo, se salvó, y muy bien que hizo. Creo. Lo digo casi con miedo. O, por lo menos, con infinita prudencia. Sin conocer los detalles e ignorando en muchos casos hasta las líneas maestras del argumento. Esa persona, me digo ahora y me he dicho siempre, era otra. Nada tenía que ver con mi padre, al que yo conocí, y no me refiero ya al muchachito que recorría la Barcelona de los años veinte, o quizá los años treinta, junto a su preceptor, sino incluso al señor que en 1980 acabó seduciendo a mi madre. No había fotos de él en su vida anterior. Ni se hablaba del tema. Muchísimo menos de su primer matrimonio. Como no había fotos de mi primer padre. Luego cuento mejor esto último. Recuerdo solo haber visto una imagen en blanco y negro, tomada durante una comida o una cena, poco antes de que mi segundo padre irrumpiera en nuestras vidas. Mi padre en ella parecía otro y, en efecto, lo era. Creo que si la vi fue porque mi madre nos la enseñó para presumir de su transformación física. O, al menos, de la transformación de su estilo. El burguesito catalán, católico y de derechas, se convirtió en el Madrid de los primeros ochenta en un señor siempre con traje pero capaz también de moverse y mezclarse en los ambientes ligeramente modernos —tampoco demasiado— que mi madre solía frecuentar. ¿Mero cambio estético o castración completa? Ni lo uno ni lo otro, quisiera creer. El dominio de mi madre sobre él era absoluto, pero funcionaba más bien como un hechizo que afectaba solo a una parte muy concreta de su vida: ella. Mi padre, que siempre intentaba actuar como un tipo justo y movido por unos rígidos principios morales, renunciaba a cualquier objetividad en cualquier tema referente a mi madre. Yo lo sabía, todos lo sabíamos, pero yo, además, lo respetaba. O al menos lo toleraba. Jamás me hubiera rebelado ante él. Igual que sucede, por ejemplo, ante un vicio que ves a diario pero haces como si no, o ante una fatalidad. ¿Cómo te vas a enfadar con un terremoto?, ¿acaso te vas a poner a patear el suelo a modo de venganza o vas a saltar sobre la tierra para demostrar tu desacuerdo? Las arbitrariedades que mi padre cometía por mi madre eran tremendas y de todo tipo. Bastaba que ella quisiera algo para que se hiciera y no había discusión posible. Había veces, incluso, en que ya habías acordado algo con él o en que existían unas normas fijadas muy concretas. Pero llegaba de pronto mi padre y las echaba por tierra. Cualquier ley dejaba de tener validez. Mi padre lo hacía sin la menor resignación. Al revés, lo hacía orgulloso, como si su sumisión ocultara en realidad una victoria, como si con ello cumpliera un mandato divino. Y tal vez ambas cosas fueran ciertas. El amor, si no te arrastra incluso a la humillación o al ridículo, no es amor. El amor debe encerrar en sí mismo la devoción. De lo contrario, es interés, es apaño o un chiste. Opera en muchos aspectos como la fe. Pienso en Abraham subiendo la montaña con Isaac para sacrificarle y otra vez la historia se nos llena de hijos muertos. Lo de mi padre era una cosa poderosísima, sobrenatural, monstruosa. Nunca he visto nada parecido. Hasta hacía que la tierra girara en sentido contrario si así lo deseaba mi madre. Paraba la luna en el cielo. Fundía el sol al mediodía. Los gatos, de pronto, empezaban a ladrar. Y los monos, ¿qué? Los bebés mono de Harry Harlow crecieron neuróticos y taciturnos. Se volvieron quejicas e incapaces de relacionarse. Vete tú a un mono de Harry Harlow y cuéntale la historia de Abraham, Isaac y el burro. Háblale del pensamiento positivo y de la hermandad entre los pueblos. Lo más probable es que se ponga a llorar, o que salga corriendo. Puede incluso que se autolesione. O que se mutile. Imagínate ahora a un mono de

Harry Harlow ya adulto que llora de forma histérica en la jaula. O que se golpea la cabeza contra las paredes. Que se arranca el pezón izquierdo de un mordisco, si es que eso es posible en un mono. Aunque a mí a veces me gusta creer que no, que los monos de Harry Harlow eran en realidad el principio de una nueva raza, los auténticos triunfadores de una fábula tan siniestra. Crecieron poderosos y sabios, llenos de furia y con una extraña luz en su interior. Tanto que cuando a finales de los cincuenta, principios de los sesenta, la NASA buscaba primates para lanzarlos al espacio, ellos fueron los elegidos. No había otros más listos ni más guapos. Yo hoy, en las noches de verano, cuando paseo a mi perro por la ciudad o cuando me tomo con él un vino en la playa, siento que allí en lo alto hay alguien que me observa, miles de ojos desde las estrellas, y sé que son ellos, los monos de Harry Harlow, que ascendieron a los cielos y una vez arriba tomaron el control. Llegaron a la Luna, llegaron hasta Marte, escaparon del sistema solar. En su viaje a las profundidades del cosmos, dieron el paso definitivo. En la infinita soledad y el infinito silencio del espacio también infinito desentrañaron el gran misterio y comprendieron, ellos sí, la verdadera naturaleza del amor. Los bebés mono de Harry Harlow acabaron convirtiéndose en Dios.

Mi abuela presumía siempre de dos cosas. La primera, ocurrida en su más tierna infancia. La segunda, ya en la adolescencia. A mí me destetaron con garbanzos, solía decir, y lo decía con esa forma despótica y brutal que ella tenía de hablar. Cuenta Søren Kierkegaard al principio de *Temor y temblor* que algunas madres se teñían los pezones de negro cuando llegaba el momento del destete con el objeto de que el pecho dejara de resultar atractivo para el bebé y, al verlo, él mismo lo rechazara. «¡Dichosa aquella que no tiene que recurrir a medios más terribles!», concluía el filósofo, sembrando mil dudas y cierto desasosiego, al menos en el lector actual. Mi abuela no necesitó nada de eso. Ella saltó directa al plato de garbanzos y puede que esa fuera su escena fundacional y la que mejor define tanto el resto de su vida como el apetito voraz que siempre la dominó. Esa escena, sin coartadas ni justificaciones, tan primaria y vehemente, explica mejor que ninguna otra, mejor que mil millones de enciclopedias y hasta que el mismísimo Harry Harlow reencarnado en charlatán de feria, mi infinito amor y mi horror absoluto ante ella. El siguiente episodio que mi abuela recordaba sobre su despertar a la existencia era aún más tremendo. Con dieciséis años tuve que amortajar a mi hermano, comentaba de pronto. Y lo decía, por supuesto, orgullosa de su fortaleza y tragándose unas lágrimas que debieron secarse entre la segunda y la tercera glaciación. ¿Cómo no amarla?, ¿cómo no odiarla?, ¿cómo no temerla? En esas dos frases se resume, casi, casi, la esencia misma del ser humano, lo mejor y lo más admirable de él, lo que hace única a esta especie y posibilita todo lo demás. Cocinar y comer garbanzos. Enterrar y honrar a los muertos. Aunque en su caso esos dos logros de la civilización parecían más bien aberraciones. Por su sinceridad, por su precocidad o quizá por algo más inquietante: porque sin quererlo y sin ni siquiera habérselo planteado una sola vez en sus ochenta y siete años de vida, mi abuela con esas dos frases dejaba bien a la vista las conexiones entre civilización y barbarie, incluso más que eso, demostraba de manera clara y distinta que la civilización es, en muchas ocasiones —si no en todas—, la forma más eficaz y espeluznante de dar rienda suelta a nuestro salvajismo. Su madre, decía, se había quedado sin fuerzas al ver el cadáver de su hijo mayor, el primogénito y el preferido, la jovencísima promesa del comercio y de los mercados de abastos por el que toda la familia se había trasladado a la capital desde Aragón o desde Navarra para que él pudiera desempeñar el fantástico trabajo que aquí le habían ofrecido. Así que mi abuela tuvo que ocuparse de todo: desnudar el cadáver y lavarlo, volver a vestirlo o envolverlo con una sábana a modo de sudario. Y mientras, en la calle, la gente reía y cantaba, bailaba. Madrid estaba en fiestas y celebraba su carnaval. Ignoro cualquier otro detalle al respecto. Mi abuela nunca llegó a contarle, no hizo falta, su silencio frente a eso la hacía aún más fuerte y poderosa, de pura roca o de diamante, diamante, eso sí, en bruto y que nunca jamás podrá ser tallado, ya que no existe en el mundo herramienta que pueda con él. La madre llora y llora, o no habla, no se mueve, permanece ausente. La chica de dieciséis años se ocupa del cadáver de su hermano. ¿Y el padre? El padre, mi bisabuelo, ni siquiera aparece en la historia y a nadie le sorprende ni nadie pregunta por él. Los hombres en mi familia han muerto todos o han huido. ¿Es la muerte una forma de huida? Tan solo mi segundo padre resistió y permaneció ahí. Las muertes y huidas de los hombres de mi familia en ocasiones, en muchas de ellas, fueron simbólicas. Pero fueron. Me viene a la cabeza el ejemplo más evidente, el de mi abuelo, el marido de la gran

ogresa. No llegué a conocerle. La imagen familiar, sin embargo, transmitida de generación en generación con ternura y hasta reverencia, es la de un señor bondadoso, amante de sus hijas y de sus nietos, que se pasaba la vida sentado en su sillón de orejas, leyendo sus novelitas del Oeste — Zane Grey, Marcial Lafuente Estefanía— o libros estupendos y cultísimos en una eterna huida hacia ninguna parte. Aunque yo casi prefiero las novelitas del Oeste. Considero que responden mucho mejor a su forma de ser y entender la vida, a su nostalgia del campo andaluz donde nació y de donde nunca debió marcharse, a ese afán de aventuras aplacado por su propia debilidad y por la mujer con la que se casó en contra de la opinión de todos, a su intento fracasado de —otra vez— civilizar la barbarie. Y también, cómo negarlo, por una cuestión de gusto personal mío. Prefiero un abuelo que lee a Zane Grey o Marcial Lafuente Estefanía, y no a Nietzsche, independientemente de si esto último es cierto o no, cuestión que ahora mismo no viene al caso. Literatura popular. Novelitas baratas y de quiosco. Quién fuera capaz de recuperarlas. Esa creo que había sido mi intención con el librito que fui a presentar a Barcelona. No había tiros ni caballos, ni siquiera un mísero detective disfuncional y raro o un psicópata que echarse a la boca. Había una historia de amor, eso sí, o de no amor, una historia sobre la imposibilidad del amor en nuestros días. Un hombre y una mujer que se conocen borrachos en un bar y follan. Intentan enamorarse, juegan a eso, pero no lo consiguen. Había dinero y había desigualdad. Había un mundo que agonizaba entre terribles estertores y maldiciones, y otro que triunfaba y se imponía ante el aplauso de todos, pero que ocultaba en sus entrañas mil peligros, amenazas espantosas y el aliento del diablo. Había, en fin, el afán de siempre por llegar de una forma directa, quizá demasiado, y no hacer prisioneros, llevárselo todo por delante. ¿La habría elegido mi abuelo para escapar de su mujer y de esa vida tan triste? No, de ninguna manera. ¿Le hubiera divertido al menos?, ¿hubiera llegado a reírse como yo pretendía o a esbozar siquiera una sonrisa? Hacía falta mucho estómago para eso y una forma de entender el humor sin demasiados escrúpulos, o sin ningún escrúpulo en absoluto, cierta afición por la carcajada amarga, siniestra o como quieran llamarlo. Mi novelita, ay, por desgracia, no era «popular», ni tenía, supongo, las características necesarias para ser considerada «de quiosco». Era un error, por los motivos aquí expuestos y muchos otros que ahora no vienen al caso o que hasta yo mismo ignoro. Mi novelita sí alcanzó su objetivo al menos en un sentido: era barata, baratísima, casi regalada en el formato que mi editor eligió y que a mí, por supuesto, me había entusiasmado. Lo digo sin la menor ironía. Qué hermosura, qué aspecto, de medio pelo total, con un papel finísimo en la portada, idéntico, creo, al de mis adoradas e idealizadas novelitas de quiosco. Tampoco la historia tenía demasiadas páginas, poco más de cien, con lo que era todo perfecto. No engañaba ni disimulaba, no iba de guay como muchos otros libros cuyas tapas valen infinitamente más que el contenido. Aquí no, aquí las tapas valían al menos lo mismo que lo de dentro. Poco o muy poco, nada. O quizá todo. Según se vea. Porque yo aún hay veces que creo que eso es lo mejor que he escrito y que puede que escriba jamás. Pero dejemos el dichoso libro. Volvamos a mi abuelo y a la familia. Contemos esa vez en que la huida estuvo a punto de convertirse en real. Una fuga en toda regla, como los monos espaciales de Harry Harlow, aunque en el caso de mi abuelo se trataba más bien de algo temporal, una especie de desahogo, un breve viaje a París con su amante y con vuelta luego a Madrid y a sus obligaciones, todo muy romántico y exótico, encima en plena posguerra, casi, casi como irse a la Luna en nuestros días. La historia se contó siempre en la familia, a media voz, con el beneplácito o al menos cierto consentimiento por parte de mi abuela, ya que era un suceso que, al fin y al cabo, reafirmaba su poder e insistía en su papel de madre abnegada —algo que creo que nunca fue—, guardiana y defensora de la familia —eso tal vez sí—, de sus tres hijas, de sus

quince nietos, etc. De manera que todo estaba planeado. Mi abuelo y su amante tenían que encontrarse en la estación de tren. Él habría puesto como excusa algún asunto de trabajo, imagino, o una visita a su familia en el campo andaluz. Con lo que nadie contaba era justo con lo que iba a ocurrir: mi abuela apareció de pronto, hecha una auténtica fiera y con su hija mayor de la mano. Llegó, le arrebató a su marido la caja de bombones que había comprado y se la estampó a la otra en la cara. Pobre Longina. Así se llamaba la amante, y conviene decirlo y reivindicarlo en esta historia que evita, de forma más que consciente e incluso algo forzada, casi todos los nombres propios. La pobre Longina ni se comió el chocolate ni llegó a conocer París, al menos junto a mi abuelo. Su nombre, en cambio, ha quedado en la familia como una especie de mito o referente, un reverso luminoso que encarna los valores contrarios a mi abuela. Para mí y para algunos de mis primos más queridos, creo, esa señora representa la luz y la bondad, la moderación, la modestia, una sonrisa al despertarse y un dulce beso en la mejilla al irse a la cama a dormir. Incluso si alguno de nosotros aún fuera capaz de rezar —cosa del todo improbable—, seguro que Longina ocupaba muchas de nuestras plegarias. Plegarias en sentido retroactivo. Como si el milagro, además de milagro, pudiera encima viajar hacia atrás en el tiempo para que ella, a partir de ese espantoso encuentro con mi abuela, tuviera muchísima más suerte en la vida. Ojalá que Longina, después de mi abuelo, encontrara a otro hombre que, además de valer la pena —mi abuelo la valía—, fuera también valiente —porque, si no, valer la pena no sirve de nada—. Ojalá que Longina a partir de entonces fuera muy feliz y alcanzara todas aquellas cosas que mi abuela siempre ambicionó, y que incluso llegó a rozar, las tenía ya en la mano, pero las fue perdiendo, de forma paradójica, a medida que iba anulando a mi abuelo y él se iba hundiendo y hundiendo en su sillón de orejas, en las novelitas de Zane Grey y Marcial Lafuente Estefanía, en los duelos al caer el sol y en las llanuras infinitas del Colorado. No sé muy bien qué ocurrió después de ese intento fallido de huida, pero asumo que la venganza de mi abuela debió resultar terrible y que mi abuelo ya nunca fue capaz de reponerse ante esa humillación y ante una prueba tan pasmosa de su propia debilidad e impotencia. Aunque aún habría de venir otro golpe, y ese nuevo golpe le llegó a mi abuelo justo de América. De esta otra historia, en cambio, nunca se habló en casa y yo la descubrí muchísimo después, en las memorias de la hermana mayor de mi madre. Quedé pasmado. No porque no la pudiera creer, como ocurrió con la actuación de mi padre durante la guerra, sino porque era tan perfecta, tan perversa, describía tan bien la ambición e hipocresía de mi abuela, y reducía hasta tal punto a mi abuelo a la pusilanimidad más absoluta, que parecía un cuento o una invención. Pero no. Ocurrió y ocurrió en ese Madrid de posguerra, en la calle Alcalá cuando aún había bulevares en ella y mi abuelo aún tenía algo del dinero de su familia, no se lo había pulido todo, conservaba intacta su aura de señorito andaluz y los recursos suficientes para mantener cierto estilo de vida, el afán por aparentar de mi abuela, ese esnobismo hortera que a ella la llevaba a fumar con boquilla de marfil, cuando las mujeres que fumaban eran encima todas unas putas, y a pasear por esos mismos bulevares con un galgo afgano, cuando a ella nunca les gustaron los perros y ni siquiera llegó a entenderlos. Era ese Madrid del hambre y de las cajas que llegaban llenas de jamones, de chorizos y de bollos de manteca desde el pueblo de mi abuelo, el Madrid de las tertulias veraniegas con dinastías enteras de toreros que participaban en ellas, muy cerca del Retiro, al ladito, y mi abuela arrimándose y arrimándose, por ese afán de aparentar, por su obsesión enfermiza y primaria con el dinero y el éxito. Mi abuelo, hombre de campo, aficionado a la caza y a los toros, también se arrimaba a la familia de los toreros y a los demás vecinos de la calle Alcalá, mientras las tres hijas de ambos, supongo, jugaban con los otros niños del barrio. Y entonces apareció él. El otro. La némesis de mi abuelo. La respuesta definitiva de mi

abuela por el incidente de Longina. El otro venía de triunfar en América y tenía todo aquello que mi abuelo había ido perdiendo y seguiría y seguiría perdiendo hasta el final de sus días. Justo las mismas cosas que ambicionaba mi abuela. Un hombre de éxito, un triunfador, una personalidad arrolladora, millones en la cartera o en el banco, y la piel del rostro curtida por ese sol del Oeste y ese cielo que mi abuelo conocía tan bien de las novelas pero que nunca jamás iba a poder disfrutar en la vida real. Era el puto Gary Cooper, imagino ahora, con sus dos cojones, con su seguridad y su presencia pasmosas. El forastero que vuelve a la ciudad rodeado de un halo de misterio y después de haber logrado a base de tesón, fuerza y astucia todas aquellas cosas que aquí de forma injusta se le negaron. Ole al cowboy paseándose por la calle Alcalá y sus bulevares, espantando la miseria y el hambre de aquellos años tan duros con cada uno de sus gestos, mostrando el camino a los demás —esa panda de pelagatos y perdedores—, codeándose con los toreros, seduciendo a sus mujeres y, sobre todo, ¡ay!, seduciendo a mi abuela, haciendo que todos los frenos y toda la represión que habían marcado su vida —y que seguirían marcándola — se vinieran abajo, se esfumaran, desaparecieran. Y que dijera o pensara la gente lo que quisiera, porque ella perdió los papeles por completo y por una vez en su vida hizo honor a la tontería esa de la boquilla de marfil. El puto Gary Cooper. Menudo hombre. ¿Hasta dónde fue capaz de llegar mi abuela?, ¿pudo más el deseo y la ambición que su mojigatería?, ¿se folló al cowboy? Resulta del todo impensable. Tan impensable como que ella se pusiera a coquetear con él delante de todos, como en efecto hizo, delante de sus vecinos, de sus tres hijas, de su marido. Cualquier cosa pudo pasar entre ellos porque la reacción de mi abuelo fue una nueva huida. Esta vez en sentido literal. Si mi abuela optó por estamparle a la otra los bombones en la cara, mi abuelo, al ser herido y humillado a la vista de todos, fue incapaz de reaccionar y desapareció de esas tertulias veraniegas. Él, que se jugó la vida en la guerra y estuvo a punto de perderla, que fue detenido, encarcelado, torturado y condenado a muerte. Ese mismo hombre, espía y quintacolumnista de pro, tan duro y tan valiente entonces, prefirió desaparecer y evitar el enfrentamiento, no frecuentar más a los toreros. Dio vía libre a su mujer y al cowboy para que hicieran lo que les viniera en gana. Y se quedó en casa, supongo, en su sillón de orejas, leyendo sus novelitas del Oeste, reconcomiéndose por dentro y ahogándose en su propia pena y en su fracaso, en el error inmenso que cometió al casarse con mi abuela en contra de la opinión de todos, al abandonar el campo y su pueblo, la boda con la del cortijo de enfrente y el cómodo destino que su condición de señorito andaluz le tenía garantizado.

La gran víctima de mi abuela fue su hermana, la pequeña de la familia, un ser fascinante, con muy pocas luces, ningún sentido de la responsabilidad, muchísimo vicio en el cuerpo y la valentía necesaria, o la falta de inhibiciones, como para hacer todas aquellas cosas que mi abuela siempre quiso pero jamás se atrevió. Esta parte de la familia —mi abuela, su hermana, etc.— nos aporta a todos una mala hostia inmensa, la pasión por el alcohol, el juego y el tabaco, y una debilidad pulmonar que al final de nuestros días nos condena inevitablemente al enfisema, al ahogo, a veinticuatro horas enganchados a una bombona de oxígeno. Mi tía abuela —a partir de este punto me referiré a ella solo como mi tía— quizá tuviera mejor carácter que el resto y fuera más generosa, más alegre, mejor persona, pero lo que ganaba con eso lo perdía emborrachándose en los bares, meándose encima, abriéndose la cabeza o partiéndose la crisma en cualquier parte. Yo al principio la odié, y hasta más de una vez estuve tentado de ponerle la zancadilla o empujarla para ver si así dejaba de jodernos a todos y ya no teníamos que llevarla más a su casa con un pedo

de espanto e incapaz de tenerse en pie. Luego la quise mucho. Es la única persona que he conocido que fue capaz de mejorar en la vejez. Tan pronto como dejó el alcohol. También, quizá, mejoré yo, al menos un poco, o fui comprendiendo esa vida tan horrible que ella tuvo por su falta de cabeza, claro, y por su otra gran pasión: los hombres, pero también y de forma decisiva por mi abuela y la relación enfermiza que ambas mantuvieron, basada lo mismo en el odio que en la dependencia, en la envidia de la hermana mayor hacia la libertad de la pequeña y en esa insoportable sucesión de excesos y disparates que la otra se empeñó en protagonizar sin descanso ni tregua. Creo que no me quedó más remedio que cambiar, que algo hizo clic en mí y se rompió, aquella mañana que ella llamó por teléfono, como hacía todos los días, pero esa vez no se atrevió ni a hablar. Estaba aterrada. Yo me marché a la facultad sin darle mayor importancia y al volver al mediodía me encontré un panorama tremendo. Mi abuela se quejaba, como siempre. Al parecer, la «chica» —entiéndase aquí cualquiera de esas otras palabras que a mí ni me gustan ni me convencen: «muchacha», «empleada doméstica», «criada», «mucama» o como quieran llamarlo— había tenido que salir corriendo para atender a mi tía, que se había vuelto a caer la noche anterior, y aún seguían ambas en urgencias. La cosa, por la cantidad de horas que llevaban en el hospital, parecía preocupante, y eso que la caída había sido en su casa y no en la calle, lo que solía limitar los daños, ya que no había escaleras de por medio y el parqué, a la hora de estamparse, resulta mucho más blandito y agradecido que el asfalto. Mi abuela, sin embargo, maldecía y refunfuñaba por la falta de su «chica» y por ese nuevo disgusto que le estaba dando su hermana. Cuando llamó la «chica», hablé yo con ella, me enteré de en qué hospital estaban y me marché para allá resignado y sin ganas, con el *Murphy* de Samuel Beckett para aguantar la espera y con el noble convencimiento de que debía liberar a la «chica» de ese marrón y esa responsabilidad, y encargarme yo, ya que no había nadie más en la familia libre o dispuesto a hacerlo. Qué gran idea lo de llevarme a *Murphy*. Lo recuerdo de maravilla. Lo había empezado antes pero lo había dejado a las pocas páginas. Necesitaba, creo, pasar una noche en el hospital cuidando a mi tía para apreciar esa novela, que no es ni mucho menos la mejor de Beckett o la más interesante, pero que a mí me abrió la puerta a todos sus otros libros y puede también que facilitara ese cambio o ese clic que se produjo en mi interior y que me permitió querer a mi tía. Era invierno, hacía frío. Yo leía en la ventana del baño y fumaba asomado a la noche y a la carretera de La Coruña que se veía de fondo y por la que los coches pasaban a toda velocidad, yendo y viniendo de Madrid, de las urbanizaciones de la sierra, de sus discotecas y sus juergas, o de las jornadas interminables de trabajo. El día anterior mi tía había vuelto a casa borracha. Se cayó en el salón. Había una mesita de centro con un tablero de mármol. Estampó uno de sus ojos contra el pico. El alcohol y el golpe debieron anestesiarla. Seguramente perdió la consciencia. ¿A qué hora se despertó?, ¿pudo levantarse sola, ir al baño y ver su globo ocular reventado en el espejo?, ¿de dónde sacó las fuerzas ella, que era tan aprensiva, para no desmayarse allí mismo y romperse, ahora ya sí, el cráneo contra el lavabo, la bañera o el bidé? Cuando por fin fue consciente de que necesitaba ayuda, llamó a casa de su hermana, aunque le daba más miedo la reacción que esta podía tener que las consecuencias de la caída. Esa misma tarde la metieron en el quirófano. Fue una operación sencilla: sacaron lo que aún quedaba del ojo, supongo, puede que cauterizaran además alguna vena, y prepararon la cuenca vacía para la prótesis que vendría después. Yo me quedé con ella toda la tarde, esperé a que saliera del quirófano junto a mi hermano y la que hoy es su mujer, pasé la noche a su lado por si necesitaba algo y creo que fue en ese justo momento cuando la empecé a querer. Aunque ya se sabe que el amor está sobrevalorado y que incluso puede resultar repugnante, una puta mierda cuando se mezcla con tantas otras cosas, que se lo digan si no a mi tía

y a mi abuela. Quizá sea más importante comprender, y es ya la hostia cuando además consigues admirar. Hablo de una admiración chiquita, cotidiana, sin necesidad de grandes proezas. Quizá el resultado de contemplar una vida ajena y no sentir bochorno ni vergüenza, sino ese maravilloso impulso de cerrar la boca, callarte y por dentro pensar está bien, merece la pena. Fumaba yo en el baño, con la ventana abierta, leía a Beckett e imaginaba a mi tía la noche anterior. Venía a mi cabeza el golpe tan tremendo, el ruido duro que debió hacer su cráneo contra el mármol y el chof blandito del ojo al reventar. El aire frío que entraba por la ventana intensificaba la angustia y el mal cuerpo, pero al mismo tiempo servía para despejarme. Entonces, huía de esa sucesión de imágenes —el ojo espachurrado, mi tía en el suelo tirada durante horas, su cara en el espejo—, apagaba el pitillo en el retrete y me acercaba a la cama a verla. Ahí estaba, durmiendo como una bendita, sin molestias de ningún tipo, hasta arriba de analgésicos, segura y a salvo después de la pesadilla. Me daban hasta ganas de besarla o acariciarla, como nunca había sentido antes, ahora que estaba en paz y sin oler a meados ni a su empalagosa colonia. Pero me contenía para no despertarla y el amor crecía y crecía dentro de mí. Una parte se convertía en ternura y casi me ponía a llorar o me proponía protegerla de alguna manera para que ya nunca más volviera a hacerse tanto daño. Luego la noche seguía en calma, yo me encendía otro pitillo y leía un poco más de *Murphy*. No va a poder aguantarlo, decían todos. Es demasiado ñoña, demasiado escrupulosa, demasiado quejica y presumida. Pero para mi tía quedarse tuerta resultó casi una bendición. Fue con mi abuela a la calle Carretas o cualquier otra calle sórdida del centro. Compraron las dos juntas un ojo de cristal, uno que en teoría le iba a durar poco —solo hasta ver cómo se adaptaba a él y si lo toleraba o no—, pero se adaptó tan bien que el ojo provisional se acabó convirtiendo en definitivo. Resultaba imposible distinguirlo del otro, saber cuál era la prótesis y cuál el bueno, y ella lo manejaba de maravilla. Se lo sacaba y se lo metía sin el menor reparo. Lo limpiaba y hacía las cosas que tuviera que hacer con él. A veces hasta con la puerta del baño abierta y un pitillo en la mano, de la forma más natural y sin importarle demasiado que alguien pudiera verla al atravesar el largo pasillo de nuestra casa. Hubo aún otra noche que pasé con ella en un hospital. Fue su última noche, nueve años después. Ella estaba inconsciente, yo solo tenía que sujetarle la mano y de vez en cuando le decía algo. No había posibilidad alguna de que se despertara. Pero por si acaso. Mi tía sentía auténtico pavor a la muerte y era incapaz de quedarse sola. Yo ya llevaba unos cuantos años queriéndola y no me gustaba la idea de que no tuviera a nadie cerca cuando llegara el momento. Era en cierto sentido injusto. Mi tía no nos reunió a todos para despedirse, entre la lucidez y el delirio, como hizo mi abuela. Ni era la matriarca ni tenía derecho a ello. Carecía de semejante privilegio y de poder de convocatoria. No montó ese espectáculo primitivo y asombroso. Mi abuela murió como un elefante o un dinosaurio, como la fuerza de la naturaleza que siempre fue. Mi tía murió como un pajarito. Y murió apenas tres meses después que su hermana. Fue incapaz de sobrevivir a esa mujer que le amargó la vida. ¿Es o no es repugnante el amor? Y no, que no me venga nadie ahora con la lección aprendida de la autoayuda y del amor puro y civilizado, aséptico, sin intereses bastardos de por medio, sin una tonelada o dos de mierda y de detritus, sin el poso infame que van dejando los años, el roce, las envidias, las traiciones, las puñaladas traperas, ese eterno sinsabor o esa amargura infinita, ese siempre querer más o ese siempre querer otra cosa. El día a día, en fin, el vínculo más profundo y retorcido: la familia. Lo dije al principio e insisto ahora: mi familia y mi historia siempre fueron modélicas, poco o nada terribles, gracias a Dios, y mi tía y mi abuela se quisieron tanto que hasta se mataron. Porque llega un momento, pasada la infancia y la juventud, en que los hermanos inevitablemente se distancian. Cada uno forma su propia familia o, si no, tiene su propia vida,

siguen un camino distinto, y bien que hacen todos al separarse o, al menos, alejarse un poco para poder respirar. Tu hermano entonces se convierte en un fantasma o un incordio, tal vez, si no en un gracioso souvenir del pasado y la infancia. Llegan las herencias o la falta de ellas, todos se abren la cabeza y se odian. Pero mi tía y mi abuela no. Ellas lograron putearse hasta el último día, permanecer siempre unidas y cuando una faltó, a la otra le resultó imposible seguir adelante. O puede si no que la primera en morir sacara su largo brazo desde la tumba, y sus garras de manicura impecable, para apretar un poco más los bronquios y bronquiolos de la otra. De alguna forma sutil o, desde el mismísimo cielo, san Pedro le dio permiso para que actuara e hiciera lo que tenía que hacer. Lo que debía ser hecho. Lo extraño, en todo caso —o mejor: lo paradójico, aun habiendo reconocido la debilidad pulmonar congénita—, es que ambas tuvieran la misma muerte. Las dos ahogadas y encadenadas a la bombona de oxígeno. Mi tía fumando, eso sí, hasta el último día o hasta que perdió la consciencia. Puede que esa fuera su única victoria. Mi abuela, en cambio, dejó de fumar cuarenta años antes y echó de menos el tabaco toda su vida: en cada fiesta y en cada cena, cada vez que nos veía fumar al resto y, sobre todo, cada vez que veía fumar a su hermana. Mi abuela se contenía, severa e hipócrita, y la regañaba —solo a ella— de forma feroz. El origen de su odio yo creo que estaba en la infancia, en los celos de entonces y en la relación privilegiada y consentida de mi tía con su madre. Son cosas que nunca se olvidan. Ni se perdonan. Mi abuela era la que con dieciséis años se tragaba la pena y amortajaba a su hermano. Mi tía, mientras, la liaba siempre, le ponía ojitos a cualquier chico con el que se cruzara, se inflaba a bollos o bombones, y, si no, languidecía en una esquina, admirando sus bonitas piernas y lamentándose por cualquier chorrada o porque habían tratado de poner freno a su alegría y a sus desbocados impulsos. Luego encima tuvo muy mala suerte con los hombres y eso la condenó a vivir a la sombra de su hermana hasta el final. O no, no fue cuestión de suerte, sino, una vez más, de mala cabeza, de apetencias e inclinaciones. A mi tía le perdían los chulos, y si no, los casados, y si no, cualquier majadero de esos que disparan todas las señales de alarma en las personas sensatas y activan los mecanismos de huida. Digo chulo, no proxeneta ni mantenido. Me refiero más bien a ese rollo canalla o arrogante, sinvergüenza. Una vez tuvo un prometido y estuvieron a punto de casarse. Era militar y se encendía los puros en el casino del pueblo con billetes de no sé cuántos duros. Ese tipo de gente. Lástima que la fanfarronería le saliera tan cara y que para mantener la costumbre se viera obligado a cometer un desfalco. El novio huyó de España por no acabar en la cárcel o ante el pelotón de fusilamiento, y la novia se quedó aquí, plantada casi en el altar, puteada ya para siempre y encima teniendo que oír las monsergas de su hermana: ya te lo decía yo, ese chico solo te iba a traer desgracias, etc. Años después, él se puso en contacto con mi tía. Le escribió una carta para que se reunieran en Argentina o en Brasil. Mi abuela la interceptó, la leyó e hizo que desapareciera. Era mejor perder la vida emborrachándose en los bares de Madrid y frecuentando hombres casados que intentarlo con un golfo al otro lado del charco. Y hasta puede que la hermana mayor, una vez más, tuviera razón. Mi abuela nunca se equivocó. Era pura soberbia. Si ella no se concedió a sí misma la oportunidad de huir con el cowboy, mucho menos iba a permitírselo a mi tía, un ser con semejante capacidad para meter la pata, para desatar tormentas o escándalos y, por encima de todo, tan hábil a la hora de hacerse daño y despedazarse a sí misma.

Ahora ya está mi padre. Mi segundo padre. Es increíble lo rápido y lo fácil que ocurrió todo. Ya somos una familia y, poco a poco, iremos interiorizando sus valores. Yo he sobrevivido al verano en Almería. No he muerto de fiebre ni deshidratado. Mi padre, que entonces aún no es mi padre, se harta del médico de los pantalones cortos, me mete en un avión y me trae a Madrid. Me llevan al hospital y paso casi un mes ingresado. Nadie supo nunca qué había ocurrido. Quizá fue un virus, dijeron, por aproximación, un poco por decir algo, o por disimular. Yo creo que fue el vacío y el miedo. Me desintegraba, literalmente me estaba descomponiendo. O quería morir y no supe hacerlo mejor. Un día, mi hermana viene a verme y me regala su cámara de fotos, una de esas Kodaks alargadas y tan fáciles de usar: bastaba apretar el botón. Ella y su carita de mono. Ella y su maldita, descerebrada y maravillosa generosidad de hospital. El médico que me atiende en Madrid pertenece a la vieja escuela y regaña a mi madre. Le sorprende que haya un niño tan tonto como yo en el mundo. Un niño que no sabe hacer cosas tan básicas y de verdad importantes como sonarse los mocos o atarse los cordones de los zapatos. Y el médico no es el único que cree que yo soy tonto. En verano, antes de irme de vacaciones, quisieron suspenderme todo. Mi madre, al final, negoció, y solo me quedó la Lengua para septiembre. Siete años, casi ocho. Segundo de EGB. Por un lado estaba el mundo. Por otro lado estaba yo. Quizá había otra causa que influía y que, hasta entonces, nadie había detectado. Termina el verano y, como no he muerto pero he estado a punto, me dejan pasar como si nada de curso. Nunca debieron consentirlo. O debieron, tal vez, haberse preocupado. Empezarán a hacerlo a partir de ese momento. El psicólogo del colegio era bajito y triste. Un ser plúmbeo. Creo que también siniestro. Me lleva a su despacho cada dos por tres. Aparece de pronto en clase, interrumpe al profesor, me llama por mi nombre y me pide que salga. Yo soy muy bueno, además de tonto, y obedezco. Todos me miran, pero no dicen nada. Alguien ha debido aleccionarles. Qué majos mis compañeros. Pequeños y sucios hijos de puta. Hubiera preferido que me escupierais o que después, en el recreo, me molierais a palos. Nunca soporté vuestra condescendencia. El psicólogo habla conmigo, me hace mil preguntas, me interroga, me somete a todo tipo de pruebas y test. Cuando por fin hay un diagnóstico, llaman a mis padres —creo que mi padre ya es mi padre— y ellos también obedecen y se presentan allí. Al parecer soy disléxico. Tan fácil como eso. Hay tratamiento y no resulta especialmente grave o preocupante. Además, lo justifica todo: lo despacio que leo, mi caligrafía de tarado —aún la mantengo, e incluso ha ido a peor con los años—, mi incapacidad para distinguir la letra *de* de la letra *erre*, mi torpeza extrema... Mi psicomotricidad, dicen, es un desastre. Me aconsejan que vaya a un centro especializado. Aunque el informe es mucho más largo. Mi padre —que ya es mi padre sin ninguna duda y ejerce como tal— prohíbe que me lo enseñen o que nadie mencione su contenido. Yo lo encontraré años después en un cajón. Resulta, según el psicólogo, que yo no era tonto, sino listo, aunque utilizaba también otra extraña expresión para definirme: maniaco-depresivo. Entonces lo llamaban así. Y a mí siempre se me ha podido acusar de cualquier cosa, menos de eso. Durante la infancia y la adolescencia sufrí varias depresiones, una de ellas grave. Una vez una psicóloga creyó que tenía un trastorno límite —luego lo descartó—. Incluso, ya puestos, podríamos jugar a que soy un paranoico. Me divierte la idea. Cualquier cosa, ya digo, cualquiera menos maniaco-depresivo. El informe concluía con una frase muy tranquilizadora: «Su

evolución resulta del todo imprevisible.» Y sí, en eso acertó: mi evolución fue imprevisible, inesperada, asombrosa. Muy pronto, yo también, como un bebé mono de Harry Harlow, daré el salto al espacio y me convertiré en Dios.

Mi padre me lleva una tarde de invierno al centro que en el colegio nos han recomendado. Primero un señor habla con los dos. Luego mi padre desaparece y a mí me meten en una especie de clase, pero mucho más pequeña. Me ponen a hacer unos test mientras el resto de los niños me miran. Ninguno de ellos es normal. Son tarados de verdad. Seres espantosos. No exagero. O tal vez sí. Pero no soy yo: es la memoria. Recuerdo sus risas, sus gestos bruscos, sus gafas de culo de botella, sus ojos bovinos detrás. Me miran y me descompongo. Me echo a temblar. Intento darlo todo en los test, esforzarme al máximo, no distraerme, pero cada vez me pongo más nervioso y lo hago peor. De pronto, todo son dudas. He perdido cualquier seguridad y la capacidad de pensar. Ni siquiera tengo control sobre mi mano o lo que pasa en mi cerebro. La dislexia se multiplica. Acaba contaminándolo todo. Ahora, además, confundo la *de* con la *be*, el 2 con el 5, el culo con las témporas. Y ellos me miran y se ríen, me sacan la lengua, me meten un dedo en el ojo. Ellos, criaturas abisales, pequeños monstruos, niños arrancados del vientre de sus madres cuando aún estaban a medio hacer. Ni siquiera consiguen articular del todo las palabras. Se les traba la lengua, se les cae la baba, tartamudean. Pero rezuman maldad. Quieren atrapar-me. Yo trato de no mirarles. Me giro y veo la ventana. Fuera ya es de noche. Hay una reja que me impide saltar. El profesor, psicólogo o lo que sea se ausenta y entonces ellos empiezan a mordirme. Uno me clava los dientes en la mano con la que intento escribir. Otro se tira al suelo y me arranca parte del pantalón y del muslo. Aúllo de dolor y lloro. Un tercer niño lo contempla todo desde una esquina y se masturba. Son caníbales y van a acabar conmigo. Es el final de *La parada de los monstruos*, aunque yo aún no he visto la película. No entiendo que en el fondo me quieren, y me quieren tanto que hasta aspiran a convertirme en uno de ellos. *Gooble Gobble! We accept you! One of us!* Todos cantan mientras golpean la mesa con sus bolígrafos y sus puños. Abro los ojos. Una lágrima — solo una — cae por mi mejilla izquierda. Ha vuelto el profesor, psicólogo o lo que sea, y aparentemente ha vuelto la calma. Le entrego los test. Me pide que espere fuera con mi padre. Él me pregunta qué tal. Yo le contesto que bien, sin más, y me abrazo muy fuerte a su cuerpo. Es tan grande que mis brazos no alcanzan, se quedan a medias. *Gooble Gobble! We accept you! One of us!* Le aprieto más fuerte. Vuelve el profesor al cabo de un rato. Nos llama a su despacho. Dice que mi caso es mucho más grave de lo que pensaban, que no necesito clases de refuerzo sino cambiarme de colegio, cambiarme, justo, a ese centro. *We accept you!* Los niños siguen cantando, y ahora también el profesor. Todos se ríen. *Gooble Gobble! One of us!* Mi padre y yo avanzamos por el pasillo muy serios. Llegamos a la puerta. Salimos a la calle. Es de noche y hace frío, pero al menos podemos respirar. Mi padre me pone su inmensa mano sobre la cabeza y revuelve mi pelo. Las manos de mi padre eran extraordinarias. Hubiera podido matar a cualquier hombre de un solo golpe. Yo jamás he conocido otras manos iguales. Ni siquiera parecidas. Solo una vez, en el zoológico de Barcelona, cuando él me llevó a ver a Copito de Nieve. Mi padre ponía una de sus manos en posición vertical y me decía: pega, pega así, con los nudillos, pega bien fuerte. Y era imposible desplazarla aunque fuera un milímetro. Pero esa tarde no. Entonces se limitó a revolver un poco mi pelo y a cogerme por los hombros. Él también se había dado cuenta. Ese centro era casi un cotolengo. O algo peor. No te preocupes, dijo, nunca más vas a volver aquí. Y cumplió su palabra.

El 23 de febrero de 1981 yo también di mi propio golpe de Estado. Aunque aún hoy, treinta y cinco años después, no sabría decir si supuso un triunfo o, al revés, si caí derrotado junto a mis soldaditos y todavía sigo en la cárcel pagando mi atrevimiento. Existe también otra opción y puede que esa sea la que más se acerca a la realidad: lo mío no sirvió de nada. Analicemos los hechos. Esa mierda infame y absoluta de colegio no supo detectar a tiempo mi dislexia, me dejaron pasar de curso con todas las asignaturas suspendidas, me diagnosticaron un trastorno maniaco-depresivo que nunca jamás en cuarenta y cuatro años de vida ha manifestado su fase maniaca y además su psicólogo —siniestro, pequeñito y triste— trató de encerrarme en una especie de cotolengo de por vida. Pero también tenía sus cosas buenas: podías, por ejemplo, aprender a esquiar si tus padres pagaban un extra para pasar unos días en la sierra. Así que ahí estoy yo, en Navacerrada, recién llegado, puesto que ahora veo en el calendario que ese día cayó en lunes. Por la mañana, mi padre me ha llevado al autobús y me ha dejado allí. Me ha dado dos besos. Yo me he tragado las lágrimas. Es la primera vez que paso tanto tiempo solo fuera de casa. Luego hemos viajado hasta la montaña —unos sesenta kilómetros que se me hicieron eternos—, hemos dejado las cosas en el hotel, hemos alquilado los esquís y las botas, hemos subido a las pistas cargando con todo el equipo. Las botas duelen y se clavan, los esquís pesan mucho y a ratos hay que arrastrarlos. Hemos aprendido cómo funcionan las fijaciones y ya sabemos caerlos. Hemos regresado al hotel para comer. Hemos vuelto a subir a las pistas. Ha sido un infierno. Y, sin embargo, yo empiezo a sentirme bien y a gusto, hablo con los otros niños, hacemos bromas y chistes, decimos tonterías y guarradas. Nos divertimos. Es ya la hora de la cena. Estamos agotados pero también contentos y en paz con nosotros mismos. Brillamos y resplandecemos de alguna manera, igual que animalitos mansos que ese día han agotado toda su energía y han sido útiles al Señor. ¿Y si no todo fuera tan malo y tan triste? Entonces los altavoces del comedor dicen mi nombre y yo siento que todo lo que he logrado en esas pocas horas —mucho más, seguramente, que en mis ocho años anteriores de vida— se va al carajo. Tengo una llamada de mi madre. Ella parece muy nerviosa. ¿Estáis bien?, pregunta. Sí, respondo. ¿Os habéis enterado de algo?, insiste. Algo de qué, debo decir yo. Es que ha pasado una cosa, sigue ella. ¿Los profesores no os han contado nada?, ¿hay militares allí?, ¿vais a volver a Madrid? Pásame con tu tutor... No, mamá, no te preocupes. No, mamá, me lo estoy pasando muy bien. No, mamá, déjame en paz... Pásame con tu tutor, repite ella... No, mamá. Por favor, mamá. Déjame en paz, mamá. Adiós, mamá. Y justo en ese momento, por primera vez en mi vida, ocurre. O mejor: por primera vez en mi vida lo hago: le cuelgo el teléfono a mi madre para que deje de joderme. Aunque eso, por supuesto, no sirve de nada. Mi madre vuelve a llamar, pide en esta ocasión que le pasen con el tutor, un adulto o quien sea. Yo sigo esquiando el resto de la semana. Cuando el viernes vuelvo a Madrid, todo el mundo hace chistes sobre un tal Tejero y otro señor llamado Carrillo. Resulta, según dicen, que los cojones de este último se le quedaron enganchados en el escaño. ¿Qué es un escaño?, ¿es algo parecido a los pupitres del colegio?, ¿cómo se te pueden quedar los cojones enganchados ahí? Hay también sevillanas que hablan del tema. Sevillanas. El portero de mi edificio —adorable señor, y mucho más que eso, el mismo que en su día subió a mi casa para darnos la noticia de que mi primer padre se había matado en la carretera y luego pasó toda la noche con nosotros— va los

domingos al Rastro y le compra a mi abuela esas cintas. Ella y mi tía se ríen muchísimo con semejante mierda.

La noche del 23 de febrero de 1981 mi madre quema su carné de Comisiones Obreras. Se plantea huir de España. Cree que va a ser encarcelada o fusilada. Se plantea, quizá también, quemar su Ford Fiesta rojo por si Manuel Fraga Iribarne, o sus guardaespaldas, se quedaron con la matrícula y vuelven ahora a por ella para darle lo suyo. A por ella y a por sus tres hijos. Mi madre puede que en ese momento no se dé cuenta pero acaba de cerrar el círculo. La transformación se ha completado. El fuego purifica y cauteriza, convierte su frivolidad de aquellos años en tierra quemada que no se ha de volver a pisar. Somos ya, y oficialmente, una familia de orden y, por lo tanto, de derechas. Ella no lo reconoce, ni de lejos. Incluso sigue coqueteando durante años con determinadas cosas e ideas, supongo, símbolos de esa época suya loca y horrible. Nunca jamás, ni siquiera ahora, va a admitir que es una señora de derechas. Pero lo es. Y lo es hasta los tuétanos. Poco menos de un mes antes mi padre y mi madre se han casado. Esa es una de las grandes aportaciones de mi madre a nuestra educación. Lástima que ninguno de los tres hermanos hayamos seguido su ejemplo. Mi madre se casa mejor y con más clase que nadie. Mi madre, exceptuando su boda con mi primer padre, se casa siempre en secreto, comunicándose solo a los testigos imprescindibles. O sea, a dos. O, como mucho, cuatro. Mi madre yo ya ni sé cuántas veces se ha casado. Pero ha tenido siempre la elegancia y el buen gusto de nunca invitarnos. Ni a mí ni a mis hermanos ni al resto. Y no lo digo con la menor ironía o porque tenga algo en contra de sus maridos. Justo al revés. Son todos hombres magníficos. Lo digo porque es mucho mejor así: sin discursos ni espectáculos, sin festejos. Como quien comete un crimen: con discreción. Aunque esa boda, la de enero de 1981, se les acabó torciendo. Mi madre y mi padre lo tenían todo preparado: la cita ante el juez, los testigos y los billetes de avión para marcharse esa misma noche de luna de miel a Venecia. ¿Existe un plan más romántico? Sí, la lucha de la clase obrera. Y más cuando encierra dentro de sí misma una pequeña venganza o un acto de justicia poética con carácter preventivo. De alguna manera, los controladores aéreos —extraña y privilegiada clase obrera, casi tan extraña como mi madre— intuyeron la traición que ella estaba a punto de cometer al casarse con un señor católico y de derechas, intuyeron lo que iba a pasar, e intuyeron que el carné de Comisiones ardería muy poco después en el fuego. Y se declararon en huelga. Por supuesto no fueron conscientes de ello. La causa oficial que paralizó el tráfico aéreo en toda España el 27 de enero de 1981, que canceló la salida de 68 vuelos desde Barajas, que obligó a suspender el congreso en Palma de Mallorca de la UCD —partido entonces en el gobierno—, que dejó también en tierra a Felipe González —futuro presidente— y que hasta se atrevió a retrasar al mismísimo Real Madrid de baloncesto, fue la reivindicación de un aumento de sueldo medio de unas 37.000 pesetas mensuales. Yo, sin embargo, sé la verdad, y lo veo claro. La conciencia de clase de mi madre y su lucha política habían colisionado con el amor de mi padre, y esta última fuerza había salido victoriosa. Mi madre decía adiós a sus camaradas, a sus reivindicaciones y a su antigua vida. Les abandonaba o les traicionaba, según se vea, y ellos, o el cosmos, de alguna forma tenían que protestar y enrabiarse. Hubo una perturbación en la fuerza y un sabotaje en la huida. Y lo mejor o lo más interesante, al margen de mis gilipolleces, mis chistes y mi lectura disparatada —que no maniaco-depresiva— de esa anécdota: ¿cómo iban a presentarse ahora los recién casados ante esos tres niños y ante la abuela, que, una vez más, se había quedado encargada de cuidarles?, ¿cómo iban a comunicar la noticia? Mis padres esa noche

tuvieron que dormir en Madrid e hicieron de la necesidad virtud: nos invitaron a cenar a todos a un sitio bueno de la calle Alcalá. No recuerdo que su boda sorprendiera a nadie. Era algo bastante esperado y previsible. Incluso deseado. Yo me puse chaqueta y corbata. Creo que estaba contento.

Mi madre, con intenciones completamente distintas, quema su carné de Comisiones Obreras la noche del 23 de febrero de 1981 y, sin darse cuenta, o tal vez no, sella su destino. Aunque antes ya había dado otros pasos en esa misma dirección. Como deshacerse del maldito apartamento de la calle Alberto Alcocer. Será mi padre quien se encargue de todo. Mi madre, después de esa madrugada terrible en la que murió su amante, creo que no volvió a pisarlo. Mi padre le dice, como a mí a la salida del cotolengo: no te preocupes por nada, pequeña, no vas a volver allí, tú solo dame las llaves. Mi padre llamaba a mi madre pequeña y a mi madre eso la volvía loca — loca de amor, amor del bueno— justo porque ella no tiene nada de «pequeña». O quizá porque solo con él alguna vez se permitió mostrarse de verdad «pequeña». Como en aquella ocasión. Mi padre entra en el apartamento maldito, la guarida en la que la mujer por la que ha perdido la cabeza se encontraba con su anterior amante y vivía con él de forma furtiva. Mi padre no solo tiene que luchar con la pareja anterior de mi madre —su recuerdo—, tiene además que luchar contra un fantasma. Con todo lo que eso implica. ¿Quién es capaz de vencer a un muerto? Un muerto, encima, que ha palmado en el instante preciso, cuando ella lo había apostado todo y había dejado a sus hijos por él y por dar rienda suelta a esa pasión. Mi padre no puede utilizar sus manos de acero. No puede —seamos primitivos, salvajes y abominables— romperle al otro sus gafas de una hostia, hundirle la cara en el barro, hacerle que vomite el hígado a patadas. Mucho menos podría insultarle. Y tampoco concibo que quisiera ninguna de estas cosas. Aunque todos, hombres y mujeres, de alguna forma, acabamos siempre teniendo que luchar contra las anteriores parejas de nuestras parejas. Y debemos vencerles. De manera simbólica, por supuesto. Muy civilizado todo. Relegándoles al olvido. O por comparación. Como quieran llamarlo. Pero debemos vencer, y, si no, estamos jodidos. Mi padre utilizará sus manos terribles de gorila albino para hacer algo aún más difícil que matar a un hombre o incluso que erigir una casa. Mi padre, en silencio, con la mayor discreción del mundo, se encargará de bajar a la cueva y desmontará ese espacio tan reservado, casi secreto, que mi madre había construido y compartía con otro hombre antes de que él apareciera. Manos de acero para coger todos aquellos libros, objetos y recuerdos —una vida, en definitiva, truncada antes de tiempo—, seleccionarlos, meterlos en cajas y llevárselos a su casa de Barcelona. Delicadeza extrema para introducirse en la intimidad ajena sin el afán de violarla o profanarla, todo lo contrario: mi padre hace desaparecer ese apartamento que nunca fue hogar sino refugio, casi *meublé*, más cerca del pecado y de lo prohibido que de la estabilidad y la decencia. Lo paradójico es que de esa misma manera lo protege y lo convierte casi en un templo para mi madre. Mi padre corre el riesgo de que ella idealice aún más a su predecesor y ese apartamento que jamás volverá a ver. Solo quedarán en su memoria mil buenos momentos —la complicidad, las risas, el humo, los whiskies— y uno terrible. No pasará por el martirio de revisarlo todo, decidir, empaquetar. Pero a mi padre eso no le importa. Se sacrifica. O quizá al revés: es más listo que nadie y adivina que la jugada le va a salir perfecta. Mi padre se gana a mi madre cuidando de su hijo pequeño en Almería cuando está a punto de morir, y evitando que ella salga corriendo. Mi padre se gana también a mi madre llenando cajas, contratando un camión de mudanzas, llevándoselo todo para que ella no tenga que reencontrarse con ese dolor intolerable. Mi padre protege a mi madre y hace de ella una mejor persona. Mi padre pone a mi

madre siempre por delante y lo arriesga todo a los sesenta y dos años. Mi madre solo tiene que dejarse llevar y es tan fácil que acaba cayendo. Mi padre llama a mi madre pequeña y, en el fondo, tiene razón: a pesar de su enorme fuerza, de la energía que desprende, de su inteligencia y astucia, de su ambición desbocada, a pesar de todo ello, mi madre es muy, muy pequeña en comparación con mi padre, y solo hay una cosa capaz de salvarla y ponerla a su altura: perder también la cabeza, enamorarse, pasar los siguientes veintitrés años a su lado y cuidarle —cuando llegue el momento y como en efecto hizo— hasta el final.

Tras la boda en el juzgado, la involuntaria quema del carné de Comisiones Obreras y el adiós al maldito apartamento de la calle Alberto Alcocer, falta aún un último rito o paso que dar: la boda religiosa. Algo que ocurre en junio de ese año, 1981. El mismo día, justo, que yo hago la primera comunión. Aunque en ningún momento se mezclan ambas ceremonias. Mi madre se mantiene firme en esa convicción y en su afán por esconderse y rodear de un halo de misterio y privacidad todas sus bodas. Se supone que el cura, amigo y compañero de carrera de ella, ha venido desde Vitoria para lo mío, pero trae también una misión secreta. Mi comunión es un sábado por la tarde en casa de una de mis tías. El cura pide prestada una iglesia por la mañana y allí, entre tinieblas, rodeados otra vez por solo dos testigos —dos testigos distintos a los de la boda civil—, ambos se dan el sí quiero ante los ojos de Dios. ¿Somos o no somos ya una familia católica, burguesa y de derechas? Incluso, a partir de ese momento, empezaremos a ser también un poco catalanes. Una *mica*, si es que eso es posible. Por ósmosis, por afinidad o por elección personal. Mi padre ha llegado y no ha encontrado la menor resistencia. Se ha hecho con todo el botín y ni siquiera ha tenido que tomar prisioneros. ¿Para qué? No existía nada que se le pudiera oponer. No hubo guerra ni batalla ni reyerta. El terreno en el que nos movíamos antes ni era de izquierdas, ni mucho menos obrero ni civilizadamente laico, ilustrado o como quieran llamarlo. He dicho desde el principio que yo flotaba en el vacío y tal vez, en ese sentido, no estuviera solo del todo. La familia al completo —familia entendida como conjunto de individuos más que como un vínculo fuerte y profundo entre ellos— se hundía en la nada más absoluta, o si lo prefieren, navegábamos a la deriva sin otro plan que el de aguantar un día más a salvo de las olas y los tiburones, rezando —sin rezar— para que la muerte no apareciera otra vez en nuestras vidas. O encomendándonos, si no, a cualquier chamán, gurú o tótem de la época. El carné de Comisiones Obreras era, en ese sentido, un complemento de moda, un *must* imprescindible en el armario o los cajones de cualquiera que pretendiera estar al día y participar del espíritu de los tiempos. Tiempos, luego se ha demostrado, huecos y podridos por dentro. Como un árbol, ya cadáver, que se resiste a caer, pero que aguanta y aguanta, siniestro y majestuoso, imperturbable, ajeno a todo. Y así hasta nuestros días. Qué bien hicieron las llamas en devorar el carné. Ojalá hubiera ardido el bosque entero.

Fui andando desde mi hotel en el Ensanche hasta la librería del Raval donde iba a presentar el libro: paseo de Gracia, plaza de Cataluña y, por fin, las Ramblas. Un recorrido tan típico, tan entrañable. Sé que llevaba una camisa blanca —miro ahora las fotos y lo confirmo— y mi camiseta de Jack Torrance debajo. Quizá no fuera este el mejor presagio, aunque yo al menos había conseguido acabar la novela y hasta publicarla, y ya iban tres. *All work and no play makes Jack a dull boy*, decía la camiseta. Era la frase que Jack Nicholson, en el papel de Jack Torrance, escribía una y otra vez, una y otra vez, cientos de folios así, haciendo creer a todos o engañándose a sí mismo, viendo cada tarde al acabar la jornada de trabajo cómo la pila de papel subía y subía, y ya hasta amenazaba con llegar hasta el techo y hacer un agujero en él. Qué cosas que tengo, qué ironías de la vida, el escritor bloqueado, el escritor psicópata, el escritor que acaba siendo poseído y se convierte en bestia, en asesino de los suyos, en fantasma con esmoquin colgado de una pared. Jack Torrance, qué disparate llevar esa camiseta debajo en semejante día, y, sin embargo, qué bien, qué gran acierto, tan pegadita a la piel, como si en el fondo yo aún quisiera mantenerme pegadito también, adherido, a ciertas imágenes, vicios y tradiciones. O como si, a pesar de la presentación que me había montado mi editor en Barcelona, de los billetes de avión y el hotel que había pagado, no terminara de asumirlo ni de creérmelo, y en el fondo supiera que iba a necesitar la energía destructora, la enajenación y la violencia del protagonista de *El resplandor*. Una pira en la que prenderme yo a mí mismo. Seguimos con el fuego y la furia —rasgo mucho más límite que maniaco-depresivo—. Quizá intuía la decepción, lo desagradable y lo bobo que iba a ser todo. Semejante vacío. Y qué viva Jack Torrance, santo patrón del escritor de mierda y del fracaso. Pero no mientras recorría el paseo de Gracia. Entonces me venían otras imágenes a la cabeza. Las Navidades en familia de tantos años en Barcelona. Las cenas en un lugar extraño e hipermoderno que había allí, el Kansas, donde ponían zumos naturales de mil sabores distintos, hamburguesas, pizzas y no sé cuántas guarrerías más. Solíamos ir al menos la primera noche, recién llegados de Madrid. Mi madre y mi hermana se iban de compras al Bulevard Rosa o a cualquier otra parte mientras mi padre y yo nos aburríamos, las esperábamos, les llevábamos las bolsas. Qué horrible tortura, qué aburrimiento más grande. ¿Dónde estabas entonces, Jack Torrance?, ¿por qué nunca me prestaste tu hacha y me diste las fuerzas necesarias para actuar? Siento a veces, cuando llevo la camiseta de Jack Torrance, o cuando pienso en ella, que su espíritu se apodera de mí, como el espíritu del hotel se apoderaba de él. Pero no. Una lástima. Y el aburrimiento, entonces, aún seguía. Porque ir en Navidades a Barcelona era un auténtico coñazo. Había que aguantar a la familia de mi padre, encantadores todos, sus tres hijos y sus parejas, sus seis nietos, sus hermanas y hasta un primo mío, treinta años mayor que yo y que me surgió así de pronto de la noche a la mañana, igual que me había surgido un padre. Aunque lo del primo daba igual, porque casi no había relación y hasta puede que él fuera de los más divertidos —divertido e impresentable—. Y, si no, al menos me ignoraba. ¿Qué coño tenía él que hablar con un mico de ocho o diez años? Nada, por suerte. Peor era lo de mis sobrinos, los nietos de mi padre. Seis, nada más y nada menos. Dos de ellos, mellizos y mayores que yo por dos o tres meses. Nunca logré entenderlos. Ni ellos me entendieron a mí. No les culpo ni creo que lo suyo fuera fácil tampoco. Tenían también a esa edad una importante, importantísima, desconexión del mundo en

algunos de sus principios más básicos. Frikis, pringadillos, empollones. Quiero decir que yo tal vez fuera idiota, extremadamente tímido y callado, torpe, aunque acababa ya de aprender a sonarme los mocos y hasta a atarme los cordones de los zapatos. Menudo talento y cuánta sabiduría. Pero es que ellos eran perfectos ingenieros ya a los ocho, nueve o diez años como luego, en efecto, acabaron siendo. Es decir: técnicamente muy inteligentes y aplicados, siempre sumisos, sobrios, pero al mismo tiempo no se enteraban de nada, nada de nada, eran simples hasta decir basta, carentes por completo de imaginación o de miras, incapaces de contemplar o analizar la vida, las cosas que ocurrían a su alrededor, el espectáculo del mundo —que entonces, hoy y siempre— se retorció ante sus propios ojos, explotaba, bailaba y cantaba, agonizaba, se reía, bostezaba de sueño, hambre o aburrimiento. Eran feos encima y llevaban gafas, pantalones de pana, camisas muy antiguas de cuadros. Eran, sí, como de otra generación. Y de otra generación para mal. O quizá al revés: como si se hubieran quedado anclados en el rigor y la exigencia de los sesenta o los setenta. No parecían, desde luego, mocosos anhelantes y consentidos de los ochenta, como era yo a pesar de mis infinitas limitaciones. Pero no les culpemos, insisto. Ya querían muchos acercarse a ellos en sus mil y una cualidades y virtudes. Yo callaba y esperaba que la comida, la tarde o el día pasaran pronto. Aunque eran comidas eternas. En Madrid se celebra, sobre todo, la Nochebuena. En Barcelona, la Navidad. Ellos el 24 se iban a la misa del gallo. Sus padres creo que habían sido también progres a su manera, cristianos de base. Luego, al menos el padre, prosperó y prosperó y prosperó, y supongo que también acabó olvidando muchas cosas fundamentales. O cambiaron sus prioridades. La mismísima historia de España encarnada en esas dos personas tan valiosas y casi de la misma edad, dos triunfadores: mi madre y el hijo mayor de mi padre. Él era un tío extremadamente listo, sin la taradez ni las limitaciones de sus hijos, un fuera de serie. Número uno de su promoción y mil cosas más muy importantes que no voy a contar aquí. A mi padre se le caía la baba con él aún asumiendo que les separaba un abismo. Presumía mi padre, de forma especial, de ese número uno en la carrera y de forma más especial todavía por ni siquiera habérselo dicho a él o haberle dado la menor importancia. Se trataba de la cosa más natural del mundo, lo lógico y lo que tenía que pasar, y encima entraba en juego el silencio. Mi padre amaba el silencio, como amo yo el silencio, aunque aquí no lo parezca, y amábamos los dos las cosas que no deben ser dichas ni hay que decirlas, porque decirlas supone ensuciarlas, enmierdarlas, emputecerlas. El silencio como base de una relación auténtica y hasta si te descuidas como única base posible para una relación entre dos hombres, y más todavía si esos dos hombres pertenecen a la misma familia. Yo, en realidad, casi no tenía nada que hablar con mi padre cuando ya llegó la edad adulta, igual que no tengo nada que hablar con mi hermano, y sin embargo esa para mí es la relación perfecta con un hombre, ya que con una mujer es otra cosa y las exigencias son diferentes, gracias a Dios, también lo que se quiere comentar o no, lo que estás dispuesto a compartir, lo que merece la pena. Mi padre hablaba mucho conmigo de pequeño, me contaba sus historias, solo las que me quería contar, me explicaba cómo funcionaba el mundo y, lo más importante, me enseñaba qué es lo que yo debía hacer, cómo tenía que comportarme. Y yo callaba y escuchaba, de vez en cuando hacía alguna pregunta, y miraba, miraba mucho, le miraba a él. Porque un niño aprende más por lo que ve que por lo que oye. Luego, ya de mayor, no hubo nada más que decir, o no mucho más. Sí, las clásicas conversaciones cotidianas pero sin cháchara ni bla, bla, bla. La relación, insisto, era perfecta. Bastaba vernos, estar cerca y estar juntos. Pero entonces llegaba el gran día, la Navidad, y esa eterna y pantagruélica comida en casa de su hijo mayor. Hacían escudella, maravillosa, a pesar de que yo apenas la disfrutaba, pues desde el primer minuto estaba pensando en marcharme. Cómo eran aquellos *galets* —caracolillos de pasta

gigantescos—, y las butifarras, y el pavo de segundo o de tercero, y el *farciment*, para rematar, y veinte o treinta platos más. A mí me tocaba en la mesa de los niños, y yo no estaba acostumbrado a esas distinciones ni mucho menos a estar con niños, aunque también es cierto, y ya he dicho, que esos niños, mis sobrinos o sobrínastros, parecían viejos, y puede que yo también lo pareciera, aunque en un sentido muy diferente. Y no les culpo, insisto. Pero menudo coñazo. Si algún día llego a la residencia y al Imsero, imagino que será una cosa así de estúpida, insulsa y espantosa. O igual no. Igual aún conservo parte de la cabeza, y soy rico, y me dan Viagra, y puedo instalarme en algún paraíso del tercer mundo donde todos sean pobres y yo dé rienda suelta a mi sadismo extremo y me bañe o me transfundan la sangre de varios niñitos o niñitas a diario para rejuvenecer y permanecer con vida junto a otros viejos igual de depravados, monstruosos y repugnantes que yo. A mí el futuro no se me ocurre imaginarlo de ninguna otra forma. Ya hubo un señor en su día que lo dijo y que hasta lo cantó: He visto el futuro, hermano, y el futuro es un crimen. Nada que ver con Jack Torrance, que en el fondo resulta muy tierno, un pobre diablo, un alma en pena, recorriendo ya por toda la eternidad los pasillos de aquel hotel tan bonito en las montañas y que a mí, sin embargo, me recuerda ese otro hotel mucho más feo, espantoso, de Almería, donde con siete años había estado a punto de morir. ¿Dónde estabas entonces, viejo Jack?, ¿dónde cuando yo sudaba y sudaba en la cama o cuando me tocaba pasar las Navidades en Barcelona con la familia de mi padre? Yo, por cierto, acostumbraba a llevar traje el día de Navidad, y, si no, al menos una chaqueta y una corbata. Íbamos todos los de Madrid mucho más elegantes que los de Barcelona, aunque la culpa de eso por supuesto era de mi padre porque él marcaba las costumbres, la etiqueta y el protocolo. Exigía. Los suyos, en cambio, iban normales, y eso también era una distancia y una forma de alejarnos o de alejarse ellos, de no encontrarnos nunca, o un símbolo de desavenencias mucho más profundas. ¿Éramos rivales o enemigos?, ¿éramos simplemente distintos o encima nos odiábamos?, ¿puede alguien tener dos familias a la vez? Yo, después de mucho reflexionar al respecto, creo que no, que una familia excluye de forma automática a la otra y que por eso surgen siempre roces, desencuentros y conflictos en situaciones de este tipo: divorcios, separaciones, viudos que se vuelven a casar. Luego desarrollaremos mejor esta idea.

Mis sobrínastros veraneaban en el mismo pueblo de la costa que nosotros, aunque solo coincidimos los primeros años, y siempre procuramos evitarnos. Un kilómetro separaba nuestra casa de la suya y esa distancia, con un poco de voluntad, puede volverse insalvable. E incluso eterna. Mi padre tenía un apartamento y su hijo mayor una casa mucho más grande y más bonita frente al mar. Antes, mi padre y sus hijos veraneaban en Sitges, pero huyeron en cuanto ese sitio empezó a ser invadido por las peligrosas hordas de la modernidad. Luego aparecimos nosotros y la casa de mi padre ya estaba, aunque era de su primera mujer. Al morir, se la había dejado a él en usufructo y esa fue la excusa que mi madre puso para no pisarla jamás. Excusa o más bien trampa, costumbre o ya casi vicio que luego ella ha mantenido de forma sistemática. Mi madre, entonces, nos mandaba a nosotros al apartamento con mi abuela y alguna «chica», mientras ella se iba a un hotel. Así podía descansar, y creo que nosotros también lo acabamos prefiriendo. Claro que sí. Qué cosa más fantástica en la adolescencia, cuando mi hermana, por ejemplo, se escapaba de madrugada para seguir la juerga, mi hermano llenaba la casa con sus amigos para ver toda la noche las Olimpiadas por televisión y yo llegaba apestando a tabaco y quizá a alguna otra cosa, o con una o dos copas de más. También es cierto que nosotros pasábamos todo el verano allí, casi dos meses, mientras mis padres iban y venían, de Madrid o de Barcelona, un poco en función del

trabajo. Incluso ahora es algo que mi madre sigue haciendo y a todo el mundo le sorprende mucho. A todos menos a mí. Y, por supuesto, a mis hermanos. Ahora ya no vamos a ese antiguo pueblo de pescadores a orillas del Mediterráneo, pero sí veraneamos todos en la misma zona de Asturias: mi hermano y mi hermana con sus familias, mi madre con su pareja y yo voy de vez en cuando — nunca más de cuatro o cinco días— con mi perro. Mi hermano y mi hermana tienen sus casas, mi madre también, pero ella nunca pisa la suya: va siempre a un hotel. Su casa, por tanto, la disfrutamos mi perro y yo. Mucho mejor y mucho más cómodo así. Mejor también que Klaus y mi madre no se encuentren, porque no tengo yo muy claro si se iban a entender o no. Mi madre, siempre que le ve, lo que rara vez ocurre, hace todo lo posible por mostrarse adorable con él, y yo se lo agradezco, mientras Klaus intenta trepar por sus piernas, chuparla, arañarla, derribarla. Él es así. Veinte kilos de puro amor, inimputable y fuera de control. Perro mimado y cabezota. Se siente protegido y a salvo. Cree que nada malo le puede pasar. No corrió la misma suerte la perra que tenía mi padre. Una gran danesa de color azul, gris azulado, una perra impresionante. Se ponía a dos patas y superaba la altura de él. Era justo de esa forma como le saludaba siempre al volver a casa. Se alzaba sobre los cuartos traseros, se apoyaba en sus hombros y procedía a lamerle la cara. Ni un solo milímetro de su frente, de su gran nariz o de sus mejillas quedaba libre de babas. La doga quería mucho a mi padre, como mi perro me quiere a mí, y como todos los canes adoran a sus dueños. Pobres perros que no tienen la oportunidad de discernir ni de elegir, y no les queda más remedio que quedarse con quien les ha tocado, y encima amarle, y darlo todo, y dar también las gracias al cielo, aun cuando el amo sea un imbécil, o un capullo, un ser abyecto o un miserable. Me gustaría establecer ahora un nuevo paralelismo para poner de manifiesto lo injusta que suele ser la vida y cómo, por norma general, cuando alguien gana algo es porque otro lo ha perdido antes. O está a punto de perderlo. 1980. Mi padre intenta seducir a mi madre. Mi madre lo trae a casa y lo deja con dos de sus tres hijos mientras se cambia y se arregla para irse de cena con él. Eso ya lo hemos contado. Yo corro despavorido y feliz al oír la llamada de ella, etc. Avancemos unos meses. 1980. Mi padre ya ha seducido a mi madre y la lleva a su casa de Barcelona. La doga, en cuanto oye la puerta, corre igual que yo, o tal vez más desesperada aún, planta las patas delanteras sobre los hombros de mi padre y le cubre la cara de babas. Mi madre, que ha estado a punto de ser derribada por el ímpetu de la perra, contempla el espectáculo atónita y quizá también llena de repugnancia. A mi madre, igual que a mi abuela, jamás le han gustado los perros ni ha participado nunca de esa extraña relación que se establece entre una persona y ellos. Aunque lo peor aún está por llegar. La doga ha saludado a su amo y ha tratado de averiguar con sus lametones qué ha hecho él en esas horas o esos días que ha permanecido ausente. Mueve el rabo satisfecha. Ya parece en calma. Mi madre y mi padre avanzan por el pasillo. La perra va detrás. Mi padre, supongo, presume de esos cuadros espantosos que a él le gusta coleccionar, obras casi todas de impresionistas catalanes, paisajes cursis que no perturben la cena, algún bodegón, desnudos no especialmente obscenos, un par de gitanos mal encarados, un poco en la línea de Nonell, pero sin serlo. Mi padre lleva a mi madre al salón. Allí hay más cuadros, las paredes forradas en madera, sus discos, su impresionante equipo de música, dos enormes ventanas que dan a la placita y al parque que hay justo enfrente, y una biblioteca de la que yo ahora mismo solo sabría destacar su colección encuadernada de la revista *Signal*. Hay, además, un gran sofá de cuero y dos sillones individuales. Mi madre se sienta en el sofá. Pero viene la doga y empieza a ladrar, o le gruñe o, más aterrador todavía, se le echa encima: su cuerpo inmenso, sus más de cincuenta kilos de peso. Mi padre se ríe, le quita importancia. Puede incluso que se muestre pedagógico y le explique a mi madre que ese sofá es «el de la perra». Solo ella lo usa y todos en

la casa lo respetan y asumen como lo más natural. Le pide a mi madre que se levante. No es consciente del paso que acaba de dar. Mi madre, ni en esa época ni ahora, recibe órdenes de nadie. Pero en ese momento se levanta y asume el golpe. Acepta la derrota. O eso parece. Porque la situación ya no se volverá a repetir. Poco después la perra tiene que despedirse del sofá de cuero —«su sofá»— y de su idolatrado amo. Se acabaron los interminables paseos del fin de semana por Montjuic y el kilo diario de la mejor carne. Mi padre se viene a vivir a Madrid y ni por un segundo se plantea traerla. Aunque la doga tuvo suerte y salvó el pellejo. No fue abandonada ni sacrificada, no se convirtió, ella a su vez, en pienso con el que alimentar a otros perros, a los peces o a las ratas. Se la quedó el hijo menor de mi padre. Fue una de tantas cosas que él dejó atrás.

Y cuando uno no tiene valor para empuñar el hacha, como Jack Torrance, quizá lo mejor sea verse reducido a lo contrario. O la violencia redentora o el asco supremo que incapacita y pudre por dentro. O el fuego o la arcada. Lástima que yo ya no tenga esa alternativa. Desde que en el verano de 2014 me operé del estómago, me resulta imposible potar. Me hicieron una especie de nudo para cerrar el buche y que no se me salga la comida ni el ácido clorhídrico que me estaba destrozando el esófago y los pulmones. Había noches en que literalmente ardía por dentro, me quemaba yo a mí mismo, una pira distinta de la que hablábamos antes. Algo, por otra parte, tan habitual y poco exótico como una hernia de hiato. El nudo mejoró mucho eso que llaman mi calidad de vida. Incluso me permitió retroceder en el tiempo y me llevó de vuelta a casa de mi madre un par de semanas, para que ella, su pareja y su «chica» me cuidaran. Sobre todo esta última, que era quien se encargaba de prepararme la dieta líquida que necesitaba en esos momentos. Fue también la oportunidad de reconciliarme en cierto sentido con mi madre. Solo en cierto sentido, porque en otros muchos no era necesario: nos queremos y mantenemos una relación bastante cordial, en contra de lo que aquí pueda parecer a ratos. Y hay aún otros muchos sentidos en los que la reconciliación o el acercamiento resultan imposibles: estamos condenados a chocar para siempre y mi única alternativa frente a ello es protegerme. Supongo que mi madre se protege también frente a mí, todo un hombretón ya, no un corderito ni ese niño que corría por el pasillo desesperado por abrazarla y por encontrarse con ella. Un hombretón, además, con tendencia a mostrarse desagradable e impertinente —a vomitar y a coger el hacha de manera metafórica—, y muy consciente de lo poco que le gusta a veces, de lo mucho que la irrita, de lo incomprensible que le resulta mi forma de vivir o de actuar. Sé que a menudo la saco de quicio y he de reconocer que encuentro cierto placer en ello, aunque se trata más de un entretenimiento o un juego del que enseguida me canso que de una verdadera satisfacción. El nudo quirúrgico en el estómago, ya se ve, tuvo efectos muy positivos en mi vida, porque además curó por completo mis problemas digestivos y me permitió, por ejemplo, volver a tomar gazpacho, tomate, ron y muchas otras cosas que hasta entonces me destrozaban, a pesar de las pastillitas que ingería todos los días nada más levantarme. A cambio, eso sí, tuve que renunciar para siempre al vómito. ¿Se puede vivir sin vomitar?, le pregunté a mi médico muy sorprendido. Y él me respondió que sí, que era un recurso que solo sirve en caso de envenenamiento. El buen doctor, como tantas veces ocurre con la gente de su profesión, olvidaba el alma y la dimensión moral, e incluso metafísica, de la pota. La náusea como expresión más adecuada ante un profundo malestar, una agresión o una circunstancia intolerable. ¿Qué pensaría tu padre? Volvía, mientras andaba por Barcelona camino de la presentación, la eterna pregunta de mi psiquiatra. ¿Le gustaría mi novelita, tan guarra y tan estúpida? ¿Se sentiría orgulloso de eso en lo que me había convertido? ¿Respondía yo de alguna manera a todo lo que él hizo por mí y todo lo que me enseñó? Y la respuesta creo que era sí. Un sí parcial y limitado. Sí cuando camino por la calle —y yo camino mucho, muchísimo, es una de las cosas que más me gustan del mundo y, por supuesto, se lo debo a él—. Pero no, me temo, cuando escribo. Hubo una época en la vida de mi padre en que solía frecuentar a escritores y eso que llaman intelectuales. Como hubo otra época, u otros momentos, en los que frecuentaba a dibujantes de cómics, a directivos de banca o de publicidad, a petardas y petardos del mundo de la

cosmética y la moda. Mi padre, tan poliédrico, tan hábil para moverse en tantos ambientes distintos y compaginarlos, tan escurridizo, siempre sintió un gran escepticismo hacia toda esa gente e incluso un fuerte desprecio, según el caso. Despreciaba muy bien mi padre, por su alto sentido del deber y la moral, y creo que ese fue uno de sus secretos mejor guardados. Lo hacía sin que se notara y, por lo tanto, sin causar apenas daños. Hasta ese punto era hábil e impenetrable, un maestro de las relaciones sociales, un gran seductor que disimulaba a la perfección sus sentimientos y cualquier cosa que le pasara por la cabeza. Quiero decir que en la mayoría de las situaciones podía considerar que quien tenía al lado era un perfecto gilipollas, o un sinvergüenza, sin que la otra persona sospechara lo más mínimo, e incluso todo lo contrario: conseguía que el gilipollas, o el sinvergüenza, lo interpretara como un halago, sin necesidad de halagarle en absoluto, y ejercía sobre él, o sobre ella, un extraño poder de atracción. Hacía sentir bien a la gente, mi padre, le querían, le recordaban siempre, le buscaban. Como si él, con su sola presencia o con su atención, aumentara la dignidad de ellos, los gilipollas o los sinvergüenzas, su importancia y su peso específico, lo que bien mirado resulta paradójico y hasta contraproducente. Aunque mi padre evitaba entrar en componendas. A no ser que resultara imprescindible. Era por fuera una sonrisa y por dentro un ahí te pudras. Y es que él, además de despreciarles, pasaba de todos. Pasaba muchísimo. De forma consciente tal vez la idea fuera que no estaban a su altura, con ese sentido aristocrático de la moral que le caracterizaba. Con aristocrático no me refiero a títulos, zarandajas ni demás cursilerías medievales. Me refiero a que era la moral misma y el comportamiento de las personas lo que las hacía dignas o no de su trato y de su admiración. De forma inconsciente, yo creo que lo que pasaba por dentro es que volvía de nuevo a su infancia — otra vez esta maldita idea— y al colegio. Se reencontraba, quizá, con esa vulnerabilidad absoluta de entonces, o con el fantasma del daño y con una fragilidad enterrada por mil capas de sedimentos, décadas y décadas de vida. Su traje se transformaba en unos pantalones cortos, por ejemplo, y él dejaba de ser el señor alto, grande y fuerte de pelo blanco para convertirse, otra vez, en el hijo de la divorciada y para repartir hostias a diestro y siniestro en defensa de su amadísima madre y del honor familiar mancillado. Papá, detrás de su deslumbrante y serena sonrisa, se encerraba y se plegaba sobre sí mismo, no permitía a nadie acercarse ni en realidad le importaba casi nadie una mierda. Hacía muy bien mi padre. Quizá los puñetazos ya no hicieran falta, pero sí el disimulo, el ocultamiento, la defensa a ultranza de la privacidad y la certeza de que el otro es siempre un enemigo en potencia, un lobo disfrazado de cordero, una mala bestia dispuesta a partirte en dos o cosas mil veces peores. Sabía, además, que todos esos mundos en los que él tenía que moverse estaban dominados por la mentira y los charlatanes, y que tanto peor y más peligroso resulta cuando el embustero al que debes aguantar es un maestro en el arte de retorcer las palabras y de manipularlas. Mi padre desconfiaba de los brillantes, brillantísimos, amigos de mi madre y suyos, los que escribían en los periódicos, los que creaban opinión, esas plumas tan inteligentes y precisas, tan impostadas y tan falsas con las que cenaba la mayoría de los sábados en restaurantes pijos donde a él siempre le reconocían y le saludaban —le llamaban señor tal o don fulanito si había más confianza—, y donde todos se cebaban, cada fin de semana un banquete sobre las ruinas o las cenizas de los discursos progres con los que los otros se ganaban muy bien la vida o sobre ese catolicismo de derechas «a la catalana» del que presumía mi padre. Lo que de forma inevitable me lleva a esquivar otra vez el tema principal en este preciso instante: ¿qué coño pensaría mi padre de mí si pudiera verme?, ¿habría cometido el horrible pecado de decepcionarle y, por lo tanto, me despreciaría sin que yo, quizá, ni siquiera llegara a intuirlo? A veces creo que sí, que seguramente, si pudiera verme, si pudiera leer estas cosas que escribo, o cosas aún peores

que yo hago, me daría la espalda de forma total aunque muy sonriente, cortés, silencioso y más gélido y aterrador en el fondo que la mismísima Antártida. Igual, más o menos, que hizo con los hijos de su primer matrimonio al considerar que no habían aceptado a mi madre y su nueva vida como él esperaba. Aunque hay aún una relación mucho más compleja y retorcida, que pica, que escuece y que duele. Duele mucho hablar de ella o asomarse siquiera unos segundos a contemplarla. Vuelve la ternura y el misterio, las ganas de llorar, la faceta más oscura y enrevesada, más compleja. Vuelve mi hermano, el niño gordito reencarnado en hombre de éxito y poderoso, el miedo en estado puro, el ser más sutil, inteligente y asombroso que conozco y, al mismo tiempo, el más evidente y más obvio, casi ordinario en otras tantas ocasiones. Él fue el único de los seis hijos de mi padre que cumplió su sueño y su ambición frustrada. La Providencia o el azar tuvieron que hacer mil quiebros, saltarse dos generaciones, cambiar de ciudad y hasta de prole, emparentar dos clanes antagónicos, matar a la primera mujer de mi padre, matar también a mi primer padre y al amante casado de mi madre, ponerme a mí a las mismísimas puertas del cielo en un hotel de Almería, enviarme luego de visita a esa especie de cotolengo y no sé cuántas piruetas más. Y todo para que volviera a haber un médico en la familia. Que los pacientes de mi hermano den gracias a Dios o a quien ellos consideren, y lo digo sin la menor ironía. Mi hermano, que nunca había demostrado el menor interés por esa carrera, de pronto empezó a sentirlo. O tal vez fuera algo paulatino, muy poco a poco, como suele ocurrir siempre en esos cambios radicales y en apariencia inesperados de nuestras inclinaciones y deseos. Imaginen ahora el nudo gordiano que se oculta en su alma. E incluso mucho más que eso: el nudo gordiano que es su alma en sí: un cruce de fuerzas, contradicciones, sufrimiento, ambición desatada y miedo. Siempre el miedo. Como cualquier otra alma, vale. Pero en el caso de mi hermano a lo bestia y con un control absoluto en todo momento de la situación. Si a menudo considero que es un milagro que yo aún siga vivo y haya llegado hasta aquí, ahora comprendo mi injusticia y esa evidencia que estaba justo delante de mis ojos y que sustenta mi ternura, respeto y amor incondicional hacia él: el milagro es mi hermano, ese puto capullo, tan frío a veces, tan egoísta otras, tan equivocado en mil temas, tan arrogante, tan chulito de mierda, tan compulsivo, tan desesperado. Primero, con nueve años, pierde a su padre. Luego mi madre le convierte en cómplice de la historia con su amante casado, que también muere, y de alguna otra. Mi abuela le interroga y él comprende la verdadera naturaleza de esa mala bestia que se encarga de nosotros. Aparece mi segundo padre cuando él tiene trece años, una edad tan difícil, y supongo —nunca hemos hablado de esto— que él por un lado le detesta y le odia, mi segundo padre viene, al fin y al cabo, para robarnos a nuestra madre. Pero también llega un momento en el que le empieza a querer o, al menos, le acepta, y aspira también a ser aceptado por él y querido. Puede si no, es otra opción, que lo que en realidad pretenda mi hermano al decantarse por la medicina sea superar a mi padre, lograr lo que él siempre quiso, vencerle de esa manera, vengarse. O lo más probable es que se trate de las dos cosas y las dos cosas al mismo tiempo, en plena adolescencia, sacando las mejores notas, convirtiéndose en el pichichi de todos los trofeos de fútbol en la playa, cuidando de su hermano taradito, enlazando una novia con otra. Tremenda bomba de relojería, una olla a presión: llorar a tu padre muerto, echarle de menos todos y cada uno de los días de tu vida, detestar o al menos desconfiar de tu nuevo padre en esa primera etapa, rivalizar después con él y al mismo tiempo aspirar a ser aceptado y respetado y querido, y empezar tú a querer a ese nuevo padre y al mismo tiempo sentirte culpable y un traidor de mierda hacia tu padre muerto y mil cosas más. Si mi segundo padre no hubiera aparecido así de pronto, mi hermano nunca se habría dedicado a la medicina y el mundo ahora resultaría un lugar mucho peor y más peligroso. Habría, seguro, miles

de cojos y mancos por las calles, gentes arrastrándose con dolores terribles, muchas más viejas en sillas de ruedas con las caderas rotas o esquiadores con alguno de sus miembros amputados. Aunque puede, es cierto, que en la ciudad las casas y edificios fueran mucho más bonitos y acogedores, o que hubiera una presa en algún lado construida por él, o un avión, o un barco o hasta un cohete que hubiera llevado al hombre a Marte y mucho más allá. Quiero decir que cualquier cosa que se hubiera propuesto la habría hecho de maravilla, y habría destacado y sería un puto crack. El drama, en todo caso —y de haber algún drama aquí—, es que lo otro no lo logró. Mi padre, para protegerse a sí mismo, por cicatería o por su extraña forma de ver la vida, jamás reconoció como se merecía la brillante carrera de mi hermano, tanto durante la facultad como después, al conseguir el título, al sacar una nota estupenda en el MIR, al empezar a ejercer, o al ir subiendo pasito a paso en su profesión. Yo, en cambio, no tenía que hacer ningún esfuerzo. Su amor me era regalado y me lo regalaba a chorros. El niño perdido y llorón, lleno de miedo y de odio, esa mierda tan parecida a la que soy ahora pero en menor tamaño. Mi padre, ya lo hemos dicho, quería salvarme a mí para salvarse a sí mismo o salvarse a sí mismo para salvarme a mí —qué coño importa, ¿acaso existe diferencia?—, retroceder en el tiempo, cerrar heridas incurables que no dejaban de supurar lo mismo pus que lagartos, lava incandescente, ácido mil o dos mil veces más destructivo que el clorhídrico. El gran éxito de mi hermano, en cambio, el triunfo de esa inmensa voluntad e inteligencia jamás será reconocido. Al revés: se convertirá, durante una época de su vida, en una fuente constante de tensión y sinsabores. Mi padre responde al triunfo o a la venganza de mi hermano minimizándolo y negando la realidad, refugiándose en fantasías y exigencias absurdas. Mi padre pretende no solo que mi hermano sea médico, quiere también que ese hijo adoptivo que la Providencia ha puesto ante él se convierta en su idolatrado abuelo: el médico rico que cura a los pobres. Y aquí, como en todo delirio, surgen mil problemas. El primero es que mi padre parte de una leyenda en el mejor de los casos, tal vez una patraña, una mistificación que él ni siquiera ha conocido. Le llega transmitida por su amadísima madre y transmitida desde la nostalgia: es el paraíso perdido, el edén del que ella una vez pudo disfrutar y luego fue expulsada, no al infierno pero sí a la precariedad y al exilio social, a tener que trabajar cosiendo a escondidas para que nadie la descubra, a casarse luego con ese señorito inútil —señorito catalán— que persigue toreros y flamencas por toda España. De ser la hija del médico rico que curaba a los pobres pasó ella a ser la pobre tras la ruina familiar provocada por el cura ludópata, etc. Y la mistificación, por supuesto, va más allá. Porque yo sigo pensando que si hay un médico rico que cura a los pobres es porque antes les ha hecho enfermar, y les ha hecho enfermar, encima, para lucirse y dárselas de bueno: les ha envenenado, les ha molido a palos o, lo más probable, con su riqueza ha contribuido o directamente ha causado la pobreza y la enfermedad del otro. Qué se le va a hacer. Yo soy así de simple, mojigato y demagogo. El segundo problema es que falta la base: ni mi hermano ni mi padre ni nadie es rico en estas dos familias de mierda, desclasamiento en estado puro, venga pa'riba y venga pa'bajo, siguiendo los ciclos históricos y del país: las guerras, las penurias, las burbujas o los momentos de esplendor. Oropel y nada más que oropel desde hace ya más de un siglo, con mucho brillo en las épocas buenas, pero brillo que se empaña y desaparece si vienen mal dadas porque no hay nada que lo respalde detrás. Y es así que todos tenemos que trabajar y que ganarnos de alguna forma la vida, hacer caso al Señor con lo del sudor de nuestra frente, y si decidimos dedicarnos por completo al cuidado de los pobres será de forma paradójica para acabar siendo nosotros también pobres o para sacar algún tipo de rentabilidad de ello, lo que a todas luces resulta vomitivo —otra vez— e inmoral. Existe la tercera vía de la profesionalización de la caridad y, por supuesto, no vamos a entrar ahí. Excede y

desborda con mucho el tema y las pretensiones de este librito. Había aún otro factor determinante que mi padre olvidaba al plantear sus injustas y absurdas exigencias: la complejísima relación de mi hermano con el dinero.

Dice mi hermano que solo tiene tres recuerdos de mi abuelo paterno y que prefiere no juzgarle. Hace bien. Puede que sea lo más inteligente. Él, además, ya le ejecutó, de forma literal o en sentido figurado, no sabría decir ahora mismo. Nunca nos cansaremos todos de agradecerse. Ese es su último recuerdo y solo por él merece un monumento. Pero no nos adelantemos. Sobre todo, no adelantemos lo mejor: los chistes y la sangre. Los tres recuerdos son posteriores a la muerte de mi primer padre, lo que resulta extraño. Digamos, en todo caso, su nombre. No sé por qué ni para qué y sin embargo me parece importante. El padre de mi primer padre se llamaba Pepe, y eso en sí no significa nada. Como él tampoco debería significar nada. Nada de nada. Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos, pero no las ratas de cloaca, ni los mezquinos, ni aquellos cuya alma se parece más a una piedra o un manojito de esparto que a cualquier otra cosa. Uno de esos tres recuerdos marcó para siempre la vida de mi hermano y su carácter. Esa es su escena fundacional y en este caso, conviene aclararlo, dista mucho de ser una anécdota o una situación tomada al azar. Es casi un hachazo. Viajemos más de cuarenta años atrás, al corazón mismo del dolor. 21 de mayo de 1976. Mi padre muere en un accidente de coche. Era hijo único y huérfano de madre. Otro huérfano. Mi madre dice ahora: siempre tuvimos problemas de dinero hasta que murió vuestro padre y yo me hice cargo de todo. Mi madre dice también: si yo no fuera un monstruo, ni habría salido adelante ni os hubiera sacado a vosotros. Mi madre insiste: lo que tengas que escribir de mí, escríbelo mientras yo aún esté con vida para que pueda responder y defenderme. Mi madre se crece: me gustaría ser juzgada, pero no por mis hijos, quiero una vista pública. A mí esta es la madre que me gusta. Cuando se pone estupenda. Yo podría contarte muchas cosas, me comenta otro día, con otro estado de ánimo, como sin darle mayor importancia. Pero ahí ya no me fío de ella ni de su memoria. Intuyo, por el tono, que intenta manipularme, y sus recuerdos, cuando no se trata de hechos objetivos y contrastables, no suelen coincidir con los míos. Ni con los de mis hermanos. Todos, en el fondo, mentimos y nos contamos a nosotros mismos una historia inventada. Puede que estas páginas también lo sean. De alguna forma debemos justificarnos y protegernos de lo que pasó o de lo que hicimos, de aquello en lo que nos hemos acabado convirtiendo. Mi madre dice que los problemas económicos se solucionaron con la muerte de mi primer padre, pero mi recuerdo es muy distinto. Lo que yo recuerdo es la inestabilidad de aquellos años, cuando la ascendente carrera de mi madre se truncaba de golpe, porque cerraban la revista en la que estaba trabajando, cambiaban los jefes o no salía un proyecto. Volvían entonces los nervios. ¿Qué iba a ser de nosotros? La irrupción de mi segundo padre coincidió con uno de estos momentos, mi madre estaba a punto de perder su trabajo, y eso lo facilitó todo. Con facilitó todo quiero decir que a nosotros, a mí por lo menos, nos resultó mucho más fácil aceptarle. Él simbolizaba la seguridad y la estabilidad, el fin de las estrecheces, la riqueza y el lujo que venían de Barcelona. Creo que eso fue lo que se nos transmitió o lo que yo entendí. Hablo por mí. Nunca he comentado esto con nadie. Podría tratarse también de una proyección de mis propias miserias o de mis miedos de la infancia. Podría, si no, ser el reverso tenebroso de mi puritanismo. Mi puritanismo es otra herencia de mi segundo padre. Gracias, papá. Lo digo, de nuevo, sin la menor ironía. Mi puritanismo es esa fuerza que me lleva, por ejemplo, a no hablar nunca de sexo ni de dinero en la vida real. Otra cosa es cuando escribo.

Aunque he cambiado mucho con el paso de los años. Me he corrompido en lo que al sexo se refiere. Pero no respecto al dinero. Mi puritanismo me lleva incluso a despreciarlo. Gracias, papá, otra vez. Y a despreciarlo con todas mis fuerzas, a considerarlo la variante más apestosa y dañina de la mierda. Aunque lo hago, por supuesto, de forma absolutamente hipócrita. Por eso soy puritano y no un santo. Por eso también creo en el valor absoluto de la hipocresía o, lo que es lo mismo, de la educación y los buenos modales. No todos podemos aspirar a ser perfectos, pero sí al disimulo. Yo siempre soy educado. Hasta el extremo y mucho más allá. Menos cuando se desata la furia y me sale toda la mala hostia que llevo dentro. O cuando escribo. Nada hay más grosero y maleducado que escribir, ese estúpido afán por que quede constancia o por llamar la atención o, aún más descabellado, el creer que tienes algo que decir. Pero volvamos al tema. Tras morir mi primer padre, mi abuelo paterno habla con mi madre. Quiere que nos saque de ese colegio carísimo al que ella nos lleva. Hubiera sido todo un acierto. Para mí mucho más que eso. Pero solo en parte. O no. Quizá no. En realidad, hubiera sido una catástrofe aceptar sus consejos o exigencias, ponernos en manos del viejo cabrón. A partir de este punto, a mi abuelo paterno le llamaremos siempre así: viejo cabrón. Es lo más apropiado. Aunque reservándome la posibilidad de ir ampliándolo y matizándolo con otros adjetivos, como viejo cabrón y ruin, viejo cabrón y abyecto, viejo cabrón y degenerado, etc. Mi madre no quiso escucharle. Tomó las riendas y empezó a convertirse en el «monstruo», como ella misma dice. Sacó los pies del tiesto y un montón de cosas que hasta ese momento habían permanecido ocultas o reprimidas en su interior. ¿Hubiera ocurrido igual de no haber muerto mi primer padre? Doy por hecho que sí. Hay fuerzas imposibles de contener. Era solo una cuestión de tiempo que mi madre se revelara. Revelarse con *uve*: «Descubrir o manifestar lo ignorado o secreto», según la primera acepción de la RAE. Lo que no quiere decir que la muerte de mi primer padre no facilitara el proceso, y lo acelerara, y lo radicalizara incluso. La muerte de mi primer padre, siempre he creído y he dicho al principio, fue o se vivió, en cierto sentido, como una bendición dentro de la familia. Luego trataré de explicarlo. El viejo cabrón tenía la vida más que resuelta con una casa espantosa en el barrio de Chamberí. Una casa llena de relojes de cuco. Los recuerdo de maravilla. Pasaba yo las horas sentado en penumbra y esperaba a que saliera el pajarito. Quería marcharme, quería huir, pero el tiempo parecía detenerse, se congelaba, me convertía en prisionero. Una bruja mala era la culpable. Había hechizado la casa y solo el pajarito, cuando la aguja grande llegara arriba de todo, podría rescatarnos y romper el conjuro. La casa, además, apestaba. Un potentísimo y repugnante olor a jabón lo llenaba todo. Era dulzón, empalagoso, artificial, muy denso y abigarrado, mezcla de mil aromas distintos. El viejo cabrón y hortera coleccionaba jaboncitos. Era esa clase de persona. Coleccionaba relojes de cuco y jaboncitos. Se follaba también a una sobrina suya. Creo. Sus aficiones y expectativas en la vida no pasaban de ahí. Luego incluso se casó con ella para dejarnos sin un duro a nosotros. Mejor. Gracias a mi madre y a su trabajo, hubo una sola vez que necesitamos su dinero. Lo necesitó mi hermano y el viejo cabrón se lo negó. Ese es, justo, su primer recuerdo.

Junio de 1976. Hace solo un mes que ha muerto mi padre. Mi hermano tiene nueve años. Lloro todas las noches, estudia por las mañanas y dedica las tardes a jugar al fútbol. El último día de curso, le dan las notas. Sus resultados no sorprenden a nadie. No se ha distraído ni ha bajado el ritmo, y si ha pasado alguna de estas cosas, lo que hubiera resultado lo más normal del mundo, en el colegio han hecho como si no. Mi hermano vuelve contento y orgulloso. El viejo cabrón anda

por ahí. Creo que le recibe en el bar que hay enfrente de casa. Mi hermano le entrega las notas y como premio le pide un balón, pero no un balón cualquiera, quiere uno de reglamento. Yo siempre he creído que se trataba de un Adidas Tango, no sé por qué tengo ese dato grabado en la memoria. Miro ahora en internet y descubro que no pudo ser. Ese modelo no salió hasta dos años después, 1978, cuando el Mundial de Argentina. Aunque eso no importa demasiado. El viejo cabrón, ya hemos dicho, no tiene el menor problema de dinero, pero se niega a comprarle la pelota. No es solo tacañería. Considera que mi hermano en esos momentos necesita una nueva lección. Ni la muerte de nuestro padre ni todo lo que ha aprendido en el colegio le parece bastante. No. Mi hermano, como antes ya se había encargado de explicarle a mi madre, debe comprender el verdadero significado de la muerte. La muerte, según el viejo cabrón, no es solo pérdida y ausencia, vacío y terror, un agujero infinito, una congoja frente a la cual no existe consuelo posible. No. La muerte tampoco es el paso a un mundo mejor y más justo, la realidad verdadera frente a este simulacro y valle de lágrimas que es la vida. Tampoco. La muerte, vino a decir el viejo cabrón, era pobreza y desclasamiento, pérdida de ingresos y de posibilidades para el día de mañana, era ruina y hambre si no te andabas con cuidado, y por eso había que evitar cualquier capricho o frivolidad, apretar bien los dientes y apretarse además el cinturón. Mi hermano, al perder a su padre, perdía también el derecho a tener una pelota de reglamento por muy buenas que fueran sus notas. Y no es que no se lo mereciera, o que el viejo cabrón no pudiera pagársela, es que debíamos todos empezar a acostumbrarnos a ese nuevo estatus que nos correspondía. Bajar dos o tres peldaños en la escala social e ir reservando plaza en el orfelinato por si se producía la carambola del desastre y además de mi primer padre moría también mi madre. Estoy seguro de que a mi hermano no le faltó el balón por sus buenas notas. Mi madre, mi abuela o mi tía imagino que salieron corriendo para comprarle no uno, sino veinte o cincuenta, todos los que hicieran falta, y ya se vería luego cómo los pagaban. Pero estoy seguro también de que esta historia tuvo un efecto devastador sobre él. Creó un cortocircuito en su privilegiado cerebro, una especie de trauma o conexión defectuosa, una superstición o un pensamiento mágico en una mente tan racional como la suya. De alguna manera, las ideas de muerte y pobreza quedaron para siempre asociadas. La muerte, como le explicó el viejo cabrón, produce pobreza, *ergo* la pobreza puede también transformarse en muerte, lo que no está ni mucho menos desencaminado. El problema surge cuando se da el siguiente paso y el balón de reglamento pasa a ser bálsamo contra la muerte y el dolor. El dinero entonces —porque en este caso el balón significa dinero— puede salvarnos o protegernos de la muerte, convertirse en un antídoto o un aplazamiento, una anestesia o un talismán frente a ella y frente a todas esas cosas terribles que vienen siempre cogidas de su mano. De alguna forma, estoy convencido, la cabeza de mi hermano funciona así. Por eso acapara y gasta, se concede y necesita todo tipo de caprichos, lujos y excentricidades. Y cuanto más ostentosos, mejor. Mi hermano cree que con ello conjura a la muerte y mantiene a raya su miedo. Manda además un mensaje bien alto y bien claro no ya al mundo, eso no importa, se lo manda a ELLA, la gran zorra, calavera y guadaña, dueña de nuestros destinos y nuestros corazones. Mi hermano, ya con cincuenta años, cree que su balón de reglamento puede en algún sentido salvarle. O, al menos, establecer una tregua, una pausa, un paréntesis. Su balón o sus sucesivas e infinitas reencarnaciones: coches, casas, relojes, camisas, zapatos, palos de golf... Él, justo, el gran doctor que cada día juega a ser Dios y desafía, de verdad y en el quirófano, a la muerte y al sufrimiento. Nunca jamás lo reconocerá y me odiará seguramente por escribir estas cosas. Me considerará un gilipollas y hará bien. Estará en todo su derecho. Es más, tendrá más razón que un santo. Y sin embargo yo sé, sin ningún tipo de duda, que lo que digo es cierto.

El segundo recuerdo es tan solo un giro más sobre la misma tuerca. Lo despacharemos rápido. Marzo de 1977. Llega el Día del Padre, y mi hermano vuelve a casa con un regalito. Una manualidad que han hecho todos los niños de su clase. Es un bote para que los papás pongan sus plumas y bolígrafos dentro, una cosa horrible, como de escayola blanca, con una especie de dibujos o incrustaciones de betún de Judea. Feo, muy feo, vale, pero ¿a qué padre no se le abrirían las carnes al recibirlo? El problema es que mi hermano no tiene a quien dárselo. Es nuestro primer año como huerfanitos y no existe un protocolo al respecto. Peor aún, mi hermano va a comportarse como un auténtico idiota. Al pobre no se le ocurre otra cosa que regalárselo al viejo cabrón y él reacciona como una cucaracha, como un manojo de esparto, decíamos antes, como si en lugar de entrañas el desierto del Sáhara se le hubiera metido dentro. ¿Por qué me das esto?, pregunta, y luego, de forma tajante y ante el silencio de mi hermano, el viejo cabrón le hace la aclaración más estúpida, cruel e innecesaria de la historia: yo, le dice, no soy tu padre.

Llegamos por fin a la ejecución. El tercer y último recuerdo. Resulta difícil fecharlo. Ocurrió en nuestra casa, eso está claro, un día que el viejo cabrón vino a comer. Le pregunto ahora a mi hermano qué se le pasó por la cabeza, cuál era su intención, y él no sabe responderme. Se ríe y agacha la mirada, en un gesto lleno de timidez, pero también de orgullo y de tristeza. Todo eso mezclado. Juraría que hasta se pone rojo. Por unos segundos, mi hermano, en un bar al lado de su hospital, vuelve a ser ese niño hipersensible que un buen día explotó y con un solo movimiento nos libró a todos del viejo cabrón. Fue muy poco a poco, se justifica, y le quita mérito a su acción, como si en ese momento no se hubiera dado cuenta de lo que hacía. Y puede que sea cierto. La escena tiene algo, o mucho, de tontería o de chiquillada, y eso lo vuelve todo aún más ridículo y humillante para la víctima. Mi hermano pretende ahora quitarle importancia a su venganza, pero fue un golpe maestro, un acto de justicia, una rebelión resuelta casi en forma de chiste. Mi hermano, el niño empollón y siempre obediente, le fue dando con su pie —ta, ta, ta, ta— pequeños y silenciosos toques a la pata de la silla en la que el viejo cabrón iba a sentarse —ta, ta, ta, ta—, y entonces, cuando el viejo cabrón fue a plantar su culo en ella, no encontró nada donde apoyarse o nada que pudiera frenar la caída. La hostia fue morrocotuda. Le imagino despatarrado y blanco sobre el parqué, primero desconcertado —¡ay, ay, ay!, se lamenta— y después furioso. Ojalá estuviera también dolorido, y cuanto más dolorido, mejor, y estupendo además si se rompió la rabadilla o si tenía almorranas y se le reventaron todas. El viejo cabrón exige a gritos una explicación y una disculpa al descubrir que el culpable es el mayor de sus tres nietos, el primogénito, el heredero de los relojes de cuco y los jaboncitos, su sucesor ahora que su único hijo ha muerto. ¿Sucesor de qué? Por fortuna de nada. La actitud de mi madre —gracias, mamá— terminó de completar la venganza y elevó la categoría de la acción de simple trastada a plante colectivo y a un váyase usted a la mierda. Ni mi hermano se disculpó ni mi madre le pidió que lo hiciera. El viejo cabrón salió por la puerta y ya nunca más supimos de él.

Yo, en cambio, no recuerdo nada de mi primer padre. Solo una cosa y por la edad, anterior a los cuatro años, lo más seguro es que me lo haya inventado. Lo que sí está claro es que aparece mi hermana. Mi padre acaba de volver de un viaje de trabajo, y le brindamos la bienvenida peor y más desoladora del mundo. A mí me trae un cuento, pero no me gusta y lloro como un gilipollas malcriado. Luego coge a mi hermana en brazos y empieza a lanzarla por los aires. Es un juego, hay mucho cariño detrás. Pero mi hermana se asusta, llora también, y mi madre le echa la bronca a mi padre. Eso es todo lo que yo puedo contar de él. Aunque la escena sea mentira, refleja muy bien determinadas cosas. Mi primer padre merece un desagravio, y un desagravio bien grande, gigantesco, inmenso, absoluto. Luego voy a hablar de él y en este caso la frase no es una sucia y estúpida patraña, una huida hacia delante o un mero recurso para engañar al lector. Juro que voy a hablar de mi primer padre antes de que acabe este libro. Es el tema más doloroso y delicado, y no solo su muerte, sino lo que vino después: el ninguneo, el silencio, la ocultación y el olvido. Todos, de forma más o menos explícita, renegamos de él y mi primer padre jamás hizo nada para merecer semejante infamia. De lo único que se le puede culpar es de morir y resultaría repugnante hacerlo. Una de las cosas que pone de manifiesto mi único e inventado recuerdo es la relación que mi hermana tenía con él o la relación que ella, hoy, cree que tenía con él, lo que sin duda me parece tristísimo, y tristísimo para todos. Es como si, además de ningunearle, olvidarle y renegar, tuviéramos que cubrirle de mierda o acusarle de alguna cosa muy mala para justificarnos y tranquilizar nuestra conciencia. Recuerdo también que la noche que murió mi padre, o quizá la noche después, la del velatorio, la pasamos mi hermana y yo juntos, en la cama de mis padres. Y seguro que este recuerdo es otro invento. Era como una noche de Reyes, pero al revés. Había muchos nervios en la casa y sabías con total claridad que los adultos te estaban mintiendo, pero sabías de igual manera que lo mejor era callarte. Jamás se te ocurriría liarla ni pasarte de listo. El horno, como le gustaba decir a mi abuela, no estaba para bollos. Y no hablo aquí de travesuras más o menos cotidianas o de las broncas habituales como respuesta. Hablo del gran silencio. De dos niños de tres y ocho años enfrentados a la muerte. No querer ver lo que estaba pasando, pero verlo. No comprender y sin embargo enterarte de todo. Igual ahí empezó la inconsciencia de mi hermana e igual ahí se contó a sí misma su primera fabulación, tuvo su primer delirio frívolo o lo que sea. Oías voces, pasos, gente que entraba y salía, o que iba al baño. Pero la diferencia con la noche de Reyes era total, y mucho más que eso. A la mañana siguiente, el salón no estaría lleno de regalos y de juguetes. Lo único que encontraríamos sería un gran ataúd de madera, con nuestro padre dentro, y un montón de gente llorando o fingiendo que lloraba.

Mi hermana es la segunda, y encima la mediana, y además la única chica. Yo creo que mi hermana ha estado siempre muy sola, terriblemente sola, aunque por motivos diferentes y de una forma distinta a la mía. Ella, entre cosas, nunca se dio cuenta. O sí, porque no tiene un pelo de tonta, pero hizo como si no. Se negó a asumirlo. Estaba y está en todo su derecho. Faltaría más. Ya dijimos que cada uno se inventa las trampas y las estrategias que más le convienen. La clave de mi hermana es la inconsciencia. Inconsciencia aquí no significa falta de luces o de cordura. Tampoco incapacidad para percibir o comprender el mundo. Lo que tiene mi hermana es una facilidad

increíble para manejar los datos a su antojo, contarse a sí mismas historias y además creérselas. Mi hermana se inventa su propia realidad, y la va modificando cada día, y hasta cada segundo. La cambia sin el menor escrúpulo, disimulo o vergüenza, y con grandes dosis de frivolidad, de arrojo y una valentía casi, casi kamikaze. Lo malo es cuando olvida las consecuencias de sus actos o cuando cree que esas mismas consecuencias va a poder manipularlas como a ella le dé la gana. Mi hermana, además, es una fiera, digna sucesora de mi abuela, de mi madre y de casi todas las mujeres de esta familia. Tiene un carácter endiablado. Mi hermano y mi hermana eran los dos polos y en torno a ellos se articulaba la vida familiar en esa generación. Yo iba por libre. A veces me acercaba a uno, a veces me acercaba a la otra, y si no, a ninguno de los dos. Ahora, esa familia se ha desintegrado, lo que es lógico, deseable y normal, y ha dado paso a otra. O a otras. Cada uno la suya. Dice uno de mis más queridos primos que la única forma de librarte de la familia es crear la tuya propia, y por supuesto tiene razón. Mi hermano y mi hermana tienen sus hijos y parejas, y ha sido justo la demolición de la familia anterior lo que les ha acabado uniendo. Ahora ellos comparten gustos, afinidades, y la estupendísima relación que han desarrollado sus maravillosos y adorables hijos, mis queridísimos sobrinos. Así que mi hermano y mi hermana han conseguido por fin suavizar la compleja y oscura relación que siempre han tenido. El único que se pega, se cabrea y les manda a todos a la mierda en esta etapa soy yo y está bien que así sea. Pago el castigo por haber ido en contra del ciclo natural y de la vida, por no haberme reproducido. Viajo, como un cometa, aparentemente sin rumbo por el espacio, recorro las regiones más frías e inhóspitas del cosmos, o las más ricas y emocionantes, me arriesgo a chocar en cualquier momento con un planeta, un cinturón de asteroides o un ovni, y luego, siempre y de forma inevitable, acabo volviendo al origen. No existe alternativa ni huida posible. La libertad es una quimera. Lo único real es la órbita que marca nuestro destino y nuestra trayectoria, cada uno de los pasos que damos. Yo soy el prisionero del pasado, el guardián de la memoria y las afrentas. Yo soy el neurótico. Yo soy el que escribo. Pero cuidado. Nunca conviene confiarse. Ellos tampoco. Hay cosas que jamás se olvidan y de eso creo yo que habla esta historia. El magma de la mierda y el odio, del dolor y los agravios, del miedo y de la pena, sigue siempre ahí, abajito del todo. Para bien o para mal. Es lo que nos constituye y nos vertebra, y en cualquier momento puede abrirse una falla o una grieta, y ponerse a brotar como la lava de un volcán o como los efluvios fatales de una fosa séptica. Mi hermano ha envidiado a mi hermana con tanta fuerza e intensidad como mi hermana le ha envidiado a él. Es una cosa tremenda. ¿Envidiar el qué? Envidiarlo todo y en todo momento. Querer la vida del otro, querer incluso ser el otro. Doy por hecho que, en mayor o menor medida, esto ocurre siempre, o casi siempre, o muchísimas veces, entre hermanos. Ambos tienen y han tenido desde la infancia la única vida posible para ellos: la suya propia. Dos vidas bastante buenas, y sin embargo siempre han deseado lo que les estaba vetado, lo que de ninguna manera les correspondía y ni siquiera hubieran sido capaces de soportar. Mi hermano envidia la libertad, la rebeldía, la alegre insensatez de mi hermana. Mi hermana envidia el éxito, la brillantez, la seguridad y la estabilidad de mi hermano. No hay solución posible ni forma de arreglarlo. Solo una, como siempre: reconocer a la bestia, y no negar su existencia. Al revés, tratar de llevarte bien con ella e ir manejándola y negociando. Firmar la paz. No bajar nunca la guardia. Dormir siempre con una pistola y un cuchillo debajo de la almohada. Mi hermano y mi hermana están ahora en esa etapa, se han acercado mucho. Influye, seguro, la edad, la pérdida de fuerzas para bien, renunciar a lo imposible, conformarse con lo que uno tiene. La madurez.

Hay, además, otro tipo de órbitas. Tan evidentes que asustan. Las órbitas de los cometas lo que ponen de manifiesto es que existe siempre una fuerza o una ley superior que rige, que manda y decide. Los cometas, al principio, se pensaba que estaban locos, que iban y venían por donde les daba la gana, sin orden ni concierto. Llegó un señor inglés que se llamaba Halley y lo cambió todo. Él demostró que había, al menos, un cometa que regresaba siempre a la Tierra, y regresaba con una regularidad casi neurótica. Tardaba justo setenta y seis años. Las órbitas de los planetas son básicamente lo mismo pero de forma mucho más clara. No hace falta ser un lince ni hubo que esperar hasta el siglo XVIII para que alguien fuera capaz de describir su movimiento. Los planetas vuelven y vuelven siempre, no se cansan, dan vueltas y más vueltas alrededor de su estrella. Pienso en esto porque en realidad mi hermana no es tan inconsciente como he dicho, ni tan rebelde ni tan fiera. O sí, pero en otro sentido. Mi hermana paga y cumple la condena impuesta, gira y gira, una órbita circular perfecta, obedece, calla, y se entrega a un destino que no es mágico ni fatal, sino tradición y herencia. Mi hermana, al casarse por segunda vez en septiembre, yo creo que trataba de repetir la historia de mi madre y mi segundo padre. Mi hermana ya antes había cometido errores similares, aunque en este caso fue un acierto, y en lo otro no pienso entrar ni de coña. Hay un límite muy claro que me he marcado al escribir esta historia, y es dejar fuera a mis sobrinos, que son unos micos y no tienen culpa de nada. Ya supone bastante con despellejar a sus padres, tíos, abuelos y bisabuelos, como para encima joderles a ellos de alguna manera. Así que mi hermana, tras cometer determinados errores, buscó una solución, y ambas cosas, las averías y el arreglo, acabaron siendo muy similares a los de nuestra madre, aunque con un millón o dos de diferencias y treinta y cinco o cuarenta años de distancia. Hubo una vez en la que yo también quise jugar a ser mi padre. Fue un momento muy difícil, es cierto. Varias cosas importantes se habían roto. Leía encima *La carretera*, de Cormac McCarthy, y lloraba sin parar. El viejo Cormac, en realidad, contaba mi historia en ese libro. La historia de mi segundo padre y la mía. Como muchos lectores saben, esa es una novela terrible y maravillosa que no habla ni de caníbales ni del apocalipsis. Habla de la paternidad, sus sacrificios y responsabilidades, y habla encima de la paternidad de un hombre viejo, como era mi padre, un hombre que sabe que va a morir pronto o que puede morir en cualquier momento, y que va a dejar a su hijo completamente solo en un mundo lleno de peligros y de monstruos. El propio Cormac, de hecho, es un padre viejo. Tiene un niño, John Francis, al que dedica la novela y al que saca sesenta y cinco años. Métense en internet y busquen una foto que hay de los dos, creo que es de 2011. Cormac tiene setenta y ocho años y el niño, trece. Están en un cine o una conferencia, sentados entre el público, y miran a la cámara. Cormac es fuerza pura, es orgullo, el hombre que lo ha visto todo y ha vuelto, es amor en esa foto, aunque no se note a simple vista, y es protección. John Francis se acerca a él y sonríe, se siente seguro y a salvo. Está contento y lleno de curiosidad. Yo veo esa foto, veo a mi padre y me veo a mí. El viejo Cormac contó en una entrevista cómo surgió *La carretera* y fue en una noche de insomnio, en un motel. Al amanecer, todo se volvió rojo. Cormac pensó en el fin. Se dio la vuelta y vio a su hijo, un niño que dormía en la cama. El año en que se publica *La carretera* es también el año en que el viejo Cormac se divorcia de su tercera y última mujer. Ignoro los detalles pero en 2014 ocurrió una historia muy turbia. A ella la detuvieron después de amenazar con una pistola a su novio de entonces. La pistola, literalmente, se la había sacado del coño. Poco antes ambos habían tenido una violenta discusión sobre los extraterrestres. Ella se marchó y volvió casi desnuda. Llevaba solo el abrigo, la ropa interior y el arma. Empezaron a hacer un juegucito con la pistola. La señora de pronto, y fuera de sí, se puso a chillar: ¿quién está loca?, ¿tú o yo? Fijó el cañón en la cabeza del otro. Pensé que iba a dispararme, contó él a la policía. *La carretera* es el

gran libro sobre la paternidad extrema y radical. En la novela, la madre abandona a su hijo y a su marido. En lugar de luchar, prefiere suicidarse. Los otros dos deben seguir, y el padre debe actuar como padre: sobreponerse al miedo, al hambre y al frío. Estar en su sitio. Enseñar el bien y que no todo vale. Así que yo leía *La carretera* y lloraba, pensaba en mi padre todo el rato. Me enfrentaba además a unos cuantos problemas. Conocí a una mujer y me enamoré. Se me fue la cabeza. Ella decía que también se había enamorado de mí pero iba a casarse con otro. Muy romántico, estúpido y dañino todo. Jugué entonces a ser mi padre: apostar duro, entregarme y tener coraje. Dejé a la persona con la que estaba y le pedí a la otra que se viniera conmigo. Fue una suerte que todo saliera mal. Rematadamente mal. O sea, bien, y que la relación no llegara a cuajar. A mi hermana, en cambio, no le va a pasar eso. Lo suyo es mucho más sensato, tiene bases sólidas y fundamento. Aspira a repetir el gran acierto de mi madre y es probable que lo consiga.

Hay muchas lagunas en esta historia. Quiero decir que las lagunas las tengo yo. Trato de recordar y sin darme cuenta invento. O llevo años inventando. El otro día, frente a un plato de callos, me contó mi madre que mi primer padre no había muerto decapitado y yo tuve que borrar esa palabra, DECAPITADO, del principio de este libro. Siempre había creído que ocurrió así, pero no, fue el otro, el jefe, que viajaba a su lado en el coche y que literalmente perdió la cabeza. Un camionero, entre dormido y borracho, se cruzó en su camino. Mi primer padre tenía tres opciones: acelerar e intentar adelantar al camión, dar un volantazo y salirse de la carretera, o frenar. Dos le hubieran salvado y una le condenó. Eligió esta última. Él, al que tanto le gustaba conducir y correr, frenó, quizá como un acto reflejo, y eso hizo que acabara bajo el camión. La muerte de su jefe fue instantánea. La cabeza, supongo, salió volando por los aires y acabó, es otro suponer, sobre un campo de trigo que había junto a la Nacional IV a su paso por Viso del Marqués, Ciudad Real. Mi primer padre tardó un poco más en morir. Mi madre me cuenta ahora que su cuerpo estaba perfecto, como si no le hubiera pasado nada. Solo tenía una pequeña herida y la cruz que llevaba colgada del cuello se había manchado de sangre. Por dentro estaba reventado. Ha habido siempre un gran tabú en torno a la figura de mi primer padre en la familia. Nunca se hablaba de él. Solo lo hacía mi abuela, entre dientes —o entre esos dientes que a ella le faltaban—, y como si su recuerdo fuera un arma o como quien acaricia y juega con una bomba que en cualquier momento puede explotar. Debía sentirse muy poderosa la vieja y, al mismo tiempo, asustada por las consecuencias que desencadenaría un error. Aunque ella tampoco supo sacarle partido. Transformaba ese recuerdo en un reproche molesto, sí, inoportuno también, pero inofensivo. Sus comentarios, además, tenían un efecto extraño y contraproducente. Pretendía atacar a mi segundo padre y alabar al primero, pero el resultado era justo al revés. Mi segundo padre salía otra vez victorioso, mientras el primero quedaba como un desgraciado porque solo había un mérito que mi abuela era capaz de reconocer en él: hizo siempre lo que ella quiso. O sea, la llevaba de excursión, la subía en ese mismo coche en el que se mató, o en cualquier otro, y la sacaba de paseo. La buena relación entre mi primer padre y mi abuela creaba una segunda paradoja: para ella era el yerno perfecto y para mi madre, un marido espantoso. Mi madre hubiera preferido mil veces que se plantara y no le siguiera el juego. Mi madre deseaba con todas sus fuerzas que mi primer padre hiciera justo eso a lo que ella aún no se había atrevido: que tomara el control, o que al menos se resistiese, que la ayudara a domar a la fiera. Olvidaba mamá, o todavía no estaba preparada para asumir, que esa misión era suya y solo suya, y, peor todavía, había una única forma de lograrla: demostrar más fuerza, transformarse en monstruo, destronar a la anterior matriarca y empezar a ejercer como ogresa. Otro ejemplo de este proceso de negación y ocultamiento es que yo durante toda mi vida adulta me he referido a mi primer padre como padre biológico para diferenciarle del otro, lo que resulta a todas luces injusto, y mucho más que eso. Un padre biológico es un donante de esperma, el polvo de una noche al que no vuelves a ver, el desgraciado que desaparece y te deja con el bombo, el que da a su hijo en adopción. Mi primer padre no hizo nada de eso y estuvo siempre presente mientras vivió. Mi madre, de nuevo frente a los callos, que ella no prueba pero que yo devoro, me sigue hablando de él, de cosas que nunca me había contado antes, de lo mucho que le gustaba el teatro, por ejemplo, o la decoración. Dos vicios

incomprensibles para mí, y que no sirven en absoluto para acercarme a él, pero sí me ofrecen una imagen suya mucho más sutil. Con los años, la figura de mi primer padre va ganando cada vez más importancia en mi vida. Recuerdo su foto —su cara hinchada, su escaso pelo, los ojos saltones— y cómo todas sus imágenes desaparecieron de casa al entrar en ella mi segundo padre. Puede incluso que desaparecieran mucho antes, hablo en sentido figurado, y puede que su muerte se produjera también mucho antes de aquel accidente en la Nacional IV. Su matrimonio con mi madre estaba condenado. Ella se equivocó al casarse. Él no estaba a su altura en ningún sentido. Mamá lo único que quería era huir del hogar familiar y ni siquiera consiguió eso. Ahora me aclara que su amante, el periodista casado, no era su amante cuando murió mi primer padre, aunque ya entonces estaba en su vida. A mí este detalle tampoco me importa demasiado ni me escandalizaría lo contrario. Sería perfectamente comprensible e incluso loable. Peor fue, ya lo he dicho e insisto, todo lo que ocurrió después: el ninguneo, su foto escondida, la imagen de gañán que siempre se nos ha transmitido de él, o cómo se impuso la idea de que había resultado preferible su muerte a un divorcio. Esa maldita frase: mejor que se muriera tu padre a que tu madre se separara de él. El ejemplo de mis tías, las dos hermanas de mi madre y las dos divorciadas de forma bastante traumática, influyó mucho. Años después, mi cuñada, la mujer de mi hermano, sí ha expresado esa idea en reiteradas ocasiones e incluso el deseo o la fantasía compartida con sus amigas de la muerte de sus maridos. La separación o el divorcio les parece un engorro. La muerte de ellos, en cambio, es casi un regalo del cielo y más aún si los niños están crecitos. Hablo de madres de familia, además de trabajadoras reconocidas y con buenos sueldos, señoras pijas con matrimonios en apariencia modélicos o al menos «normales», y una o varias «chicas» que se encargan de sus hijos. Tengo claro que se trata de una *boutade*, no saquemos las cosas de quicio, y más aún al ser expresada en voz alta y en una cena o comida familiar y, a ser posible, delante de esos mismos maridos. Aunque las *boutades*, para ser consideradas como tales y no simples mamarrachadas, para funcionar y tener gracia, deben ocultar siempre algo de verdad o algo que les dé fuste. En este caso, un sueño liberador, un anhelo que se teme y, al mismo tiempo, se desea. En el caso de mi primer padre, lo que hubo fue un cadáver y otra cosa aún peor: la fantasía cumplida, el precio que hay que pagar por ello, la culpa, el remordimiento y una realidad mil veces más dura de lo que se había pensado. Papá, mi primer padre, de pronto se volvió incómodo. Le ocurrió en vida y se agravó después. Los muertos siempre molestan. Y hasta resultan insoportables. Huelen mal y dan miedo. Nos recuerdan que no les quisimos lo suficiente o que ya no les queremos en absoluto. Nos muestran el pozo sin fondo en el que vamos a acabar, y puede que intenten arrastrarnos a él. Papá, además, mi primer padre, no era ni listo ni guapo, no tenía un duro, fracasó en todo lo que hizo y la cagó de mil maneras distintas con su mujer. Mi padre, hijo único, crece en internados y siempre lejos de su familia. Tiene una relación espantosa con el viejo cabrón. Mi padre empieza la carrera de Derecho. Se va a Salamanca a estudiarla. Dos o tres años después, el viejo cabrón descubre que no ha aprobado ni una sola asignatura y, a base de sobornos, logra que acabe sus estudios. Mi primer padre no consigue ni siquiera el dinero necesario para la luna de miel, y en la noche de bodas mi madre llora amargamente, ¿qué demonios ha hecho casándose con un tipo así? Tampoco tendrán un hogar propio. El matrimonio se instala con mi abuela y mi abuelo. Poco antes de la boda, él está cenando una noche en casa de mi madre. Lllaman al teléfono. Es el antiguo novio de ella. Está en el bar de enfrente. Le pide que baje a la calle, que anule sus planes, que abandone a mi primer padre y vuelva con él. El ex es todo lo contrario a esa otra persona con la que ella se va a casar. Empezó a salir con mi madre cuando era una niña. Su familia tiene mucho dinero y hasta un título nobiliario. Es oficial de la Legión y está destinado en África. Allí mata el

tiempo leyendo a Henry Miller y fumando grifa. Pura sofisticación y vanguardia. O peor, un tipo que reúne en sí mismo lo más rancio del franquismo, los privilegios y la oligarquía, y lo más avanzado de España y del mundo occidental de los sesenta: es culto, cosmopolita y hedonista, cuando esos conceptos aún merecían la pena y tenían algún valor. Mi madre, me dice ahora, no sabe muy bien por qué le dejó. Quizá por alguna tontería. Y esa noche le rechaza otra vez. Mi madre vuelve a la mesa, se traga las lágrimas y se termina la cena. Cumple su destino. El otro también se casó, formó una familia, abandonó el ejército y se dedicó a los negocios. Incrementó su fortuna. Hasta que un buen día recuperó la pistola. Ignoro los motivos, si es que se hartó de todo o le dolía algo. Se voló la cabeza.

El misterio o la leyenda de mi madre crece y crece. Sin solución posible. ¿Qué ha tenido siempre para gustar de esa manera a los hombres y por qué todos, o casi todos, o muchos de ellos, han acabado de forma tan trágica? Prefiero no pensarlo. Ni lo uno ni lo otro. Me hace mucha más gracia quedarme con el arquetipo: mamá, la mujer fatal, o mamá, la viuda negra. Volvamos con mi primer padre. Hasta que no cumplí los treinta, ni siquiera fui consciente del engaño. Fue en un viaje a San Sebastián. El *Prestige* se estaba hundiendo. El tren era muy viejo y muy cutre, bonito. Subí a ver a dos primas mías que viven allí. Primas maravillosas y mayores que yo. Entramos en un bar de pinchos, estaba especializado en anchoas —ellos llaman así a los boquerones— y en una pequeña mesa, en cuestión de minutos, me descubrieron una imagen muy distinta de mi primer padre. Papá era cariñoso y encantador, un tipo normal y algo simplote que adoraba a los niños y que siempre jugaba con ellos. Mis primas, de pronto y a mis treinta años, se convierten en las primeras personas que me hablan bien de mi primer padre, que me transmiten amor hacia él y la inmensa pena que para ellas supuso su muerte. Papá se transforma en esa charla con mis primas en una excepción y una anomalía dentro de la familia. Papá, para bien o para mal, y a diferencia de todos los demás, tenía una cualidad extrañísima, casi un milagro: la alegría. Papá, y esa es la imagen con la que yo me quedo, se mete en verano en la piscina y se convierte en la ballena feliz. Un señor gordo, feo y calvo, entrado ya en la cuarentena, nada que ver con sus cuñados, pero un señor alegre. Todos los niños se suben en su gran barriga y él se pone a hacer largos, les lleva nadando de un lado a otro, o les tira por los aires, como a mi hermana —aunque sin llantos—, les hace aguadillas, les persigue y muerde sus piececillos, ellos son kril y él finge devorarlos. Todos ríen, gritan, hacen el tonto, y mi primer padre hace el tonto también. Luego, por la tarde, se pone serio, o un poco serio, tampoco demasiado. Papá nos va a enseñar otra faceta de sí mismo. Se queda a solas con la mayor de mis primas y le da una copita de no sé qué licor dulce y empalagoso. Es una costumbre que tienen. Ella está ya en la adolescencia y atraviesa una etapa jodida. Han pasado más de cuarenta años. Mi prima no se ha alcoholizado ni ha destrozado su vida. No hay nada que reprocharle a mi padre en ese sentido, y sí unas cuantas cosas que agradecerle, como la complicidad y la ternura. También que fuera una de las pocas figuras adultas, masculinas y positivas que hubo en esos primeros años en la vida de mi prima, y seguramente en la familia. Juraría que ella hasta se emociona al recordarlo. Nosotros, en cambio, sus hijos, preferimos salvarnos. Corrimos con tanta prisa que cuando quisimos darnos cuenta no había forma de volver. Por no haber, no quedaba ni siquiera un sitio de referencia o al que pudiéramos regresar, un souvenir que llevar en la cartera, una anécdota o una imagen agradable, algo que evocar aunque solo fuera en Navidades y en los aniversarios de su muerte. Y no culpo, que conste, a los adultos. Al revés. Fuimos nosotros, sus hijos, quienes peor lo hicimos y quienes debimos

preocuparnos al llegar a cierta edad por recuperar a nuestro padre, con todos sus defectos, de la manera más crítica, e incluso feroz, pero conservarlo de alguna forma y reservarle un hueco en nuestras vidas. He dicho antes, y mantengo, que es imposible tener dos familias, o al menos tenerlas a la vez. Pero sí que se pueden tener dos padres. O dos madres. Mejor dos que ninguno. Y conste también que cuando hablo de olvido y ninguneo, hablo de la familia como entidad y de la mayor parte de sus miembros, entre los que me incluyo. Pero no de todos. Dejo fuera a mi hermano. Él calla y ha callado siempre. Oculta las lágrimas y las heridas. Se volvió hermético e inaccesible. Vete tú a saber qué pasa por dentro. Yo a veces me pongo a imaginar e imagino mazmorras y templos. Hay, al menos, tres altares que él ha levantado en honor a mi primer padre. Son altares que sirven también para torturar a mi hermano y hasta para sacrificarle en las noches de luna llena. Papá para el resto desapareció. Por desaparecer, hasta dejó de estar presente en esas anécdotas que él sí vivió o que protagonizó junto a nosotros. Papá perdió su nombre, dejó de ser papá, igual que nosotros perdimos o, mejor, renunciamos a su apellido, y la culpa de esa decisión fue mía y solo mía y ni siquiera ahora me arrepiento. Papá quedó reducido a una mera cuestión biológica. O ni siquiera eso: un espermatozoide, y nada más, una célula perdida, un ADN sin demasiado contenido, un accidente, una casualidad. Como ese otro accidente, o suma de azares que acabaron en desgracia y que ahora parece que no tienen nada que ver con nosotros: el camionero borracho, el frenazo en lugar del acelerón, la cabeza arrancada del jefe, la cruz ligeramente manchada de sangre, mi prima que se queda sin su licor empalagoso y mi abuela sin sus excursiones al campo, la alegría que se apaga e incluso se extingue en la familia. La ballena yace varada desde entonces sobre el fondo seco de una piscina vacía, ni se pudre ni se descompone, ni siquiera permanece incorrupta como si aspirase a la santidad. Nadie le hace ni caso. No es que evitemos mirarla, es que ni siquiera somos capaces de verla. Y así hasta llegar a hoy, cuando yo reivindico a mi primer padre, y escribo su nombre, como una cuestión de justicia y como un desagravio: Jesús Aguilar Hermoso, jefe comercial de una compañía de seguros, casado y padre de tres hijos, muerto en accidente de tráfico el 21 de mayo de 1976, en Viso del Marqués, provincia de Ciudad Real, a los cuarenta y cuatro años, justo la misma edad que tengo yo ahora.

Busco nombres de forma compulsiva en internet. Es de madrugada, y al introducir el nombre más tonto, o quizá el menos esperado, ocurre. Accedo a un documento de cuarenta páginas que incluye la otra parte de la historia. Mis hermanastros, los hijos mayores de mi segundo padre, lo han escrito para sus nietos. En realidad, dice el documento, lo ha escrito el mayor, ya jubilado, pero con recuerdos de sus dos hermanos, y los suyos propios. Es una idea y una fórmula extraña: ellos, los abuelos, hablan a sus nietos de sus propios abuelos y no de sus padres o de la historia familiar en general. Suena a trabalenguas y a mí este lío me parece interesantísimo, porque siempre que se inventa es por algo. Quiero decir que deben existir, y existen, motivos muy poderosos para que se produzca ese salto o desplazamiento, para salirse de lo habitual y romper con la tradición y la lógica. Puede, si no, que la fórmula sea mero artificio, ya que la figura de sus padres surge de forma inevitable una y otra vez, y el documento de hecho está dedicado a ellos. O sea, a mi segundo padre y a su primera mujer. Incluye además una foto de ambos que me deja noqueado. Juraría que nunca antes había visto a mi padre de joven ni mucho menos a ella. El silencio respecto a su primera mujer, y respecto a su vida anterior, era idéntico y directamente proporcional al silencio y al tabú que existía en casa respecto a mi primer padre. Los dos salen muy guapos. Por la luz, parece que es verano. Mi padre lleva el pelo cortísimo, rapado, pero ahí están sus ojos, de perfil, su boca, su nariz inconfundible. Lleva como siempre corbata y una camisa blanca. Su primera mujer le mira embobada, con una media sonrisa, o una falsa sonrisa, uno de esos gestos que surgen cuando la timidez se mezcla con el deseo, ambas cosas juntas y en lucha, tratando de imponerse. Ella lleva una flor en la cabeza. Nosotros no aparecemos por ningún lado. Ni siquiera en el árbol genealógico que cierra el documento. Hay una única frase que deja una pista sobre nuestra existencia. Habla de la vocación frustrada de mi padre y dice: «Per fi va aconseguir que un fill de la seva segona dona fos metge.» Un hijo de su segunda mujer. Solo eso. ¿De verdad alguien sigue creyendo que se pueden tener dos familias? Podría hasta pensarse que vaya puta mierda de información van a dejar mis hermanastros a sus nietos. Por suerte, niños, sobrinos nietastros míos o lo que seáis, tendréis también este otro librito lleno de veneno —y de amor— por si de mayores, no antes, queréis enteraros de esa otra parte de la historia, o de ese otro capítulo, de la escisión o la fractura que se produjo en 1980, cuando vuestro bisabuelo enloqueció, para bien, y por culpa de una joven viuda y de sus tres hijos. Empezó entonces una nueva vida en Madrid y surgió este otro apéndice. No hagáis caso si os dicen que fue un cáncer. Fue otra cosa mil veces más compleja e interesante: una segunda cabeza, un cuerpo adulto al que de pronto le sale un hermanito siamés o cualquier otra criatura digna de estudio y admiración. O digna de un circo. Pero nunca un cáncer. El documento, al margen de sus silencios, resulta encomiable. Todas las familias deberían seguir su ejemplo. Está lleno de información y de fotos. Ojalá tuviera yo algo parecido sobre mis propios abuelos u ojalá me hubiera preocupado en su día de preguntar y tomar notas. Está también el tema del rencor y el daño. Pero es que si no hay rencor, no hay familia. O quizá exagero. Quizá conviene recurrir a una frase hecha y decir, por ejemplo, que el documento de mis hermanastros desprende amargura. Mi padre, e incluso sus propios padres, son siempre tratados con más dureza, y no pasa nada. Lo mismo ocurre con este librito mío respecto a otras personas. La diferencia es que ellos pretenden disimularlo o, al

menos, no ponerlo de manifiesto, adoptar un tono cálido, neutro, convencionalmente familiar, y eso hace que se note más, o que en determinados momentos chirríe. Reconozco algunas historias y anécdotas, pero otras no. Cuentan, por ejemplo, cómo mi padre acabó perdonando a su propio padre e incluso ayudándole económicamente después de que se arruinara y se quedase sin un duro por tantos toros y tanta juerga flamenca. Una noche mi padre volvió a casa sin su abrigo. Era invierno y acababa de escalar la cumbre del patetismo. Venía de ver a su padre, de encontrarse con él. Siempre lo hizo de espaldas al resto de la familia. De ninguna manera podía enterarse su madre. Lo hubiera considerado una traición. Mis hermanastros tampoco llegaron a conocer a su abuelo. Ya no quedaba nada del señorito aquel que pagaba todas las farras, que arrastró a su familia de una punta a otra de España y que luego les abandonó de la forma más ruin. Era pobre y viejo, tenía además frío y hasta puede que estuviera enfermo. Mi padre le dio el dinero que le llevaba y también su abrigo. Imagino a la perfección la escena. El gesto de mi padre, su tono de voz. Le imagino también al salir a la calle. Mira de forma muy breve al cielo y se marcha andando como si nada. Al llegar a casa saludará muy cariñoso a sus hijos y a su madre. El beso o el abrazo que les dé a todos será un poco más largo de lo habitual. Pero tampoco mucho. No debe notarse. Solo le contará lo que ha pasado a su primera mujer. Me sorprende, en cambio, que mis hermanastros no hagan ninguna referencia a su preceptor. Me desconcierta ese olvido y me desconcierta tanto por la importancia que tuvo como por lo mucho que mi padre insistía en él. También porque ellos explican en gran parte su figura y su personalidad por haber sido el hijo de la divorciada, las consecuencias del abandono de su propio padre, etc. Hablan incluso de su actuación en la guerra. La cuentan sin dramatismo y hasta con cierto desenfado. Me gusta cómo lo hacen. Ese episodio parece que sí han logrado perdonárselo, y por eso mismo creo que me voy a animar y a seguir su ejemplo. No, papá no fue un héroe. O quizá sí, pero en otro sentido. O quizá sí, pero también y de forma muy especial en 1980, al enamorarse, dejarlo todo y rehacer su vida a los sesenta y dos años, adoptar tres hijos y crear una familia donde no la había. 1936. El bando nacional da su golpe de Estado, la República resiste y estalla una guerra civil en España que va a durar casi tres años. Algunos territorios se suman a los sublevados y otros, no. Barcelona forma parte de estos últimos. El 19 de julio, justo un día después del levantamiento militar, los combates se suceden en las calles. De un lado, está la mayor parte del ejército destinado allí. Del otro, las distintas policías —Guardia de Asalto y Mossos d'Esquadra— y los anarquistas de la CNT. El papel de la Guardia Civil resultará decisivo, aunque habrá que esperar hasta pasado el mediodía, las 14.00 horas, para que entren en acción e inclinen la balanza a favor de la República. Se calcula que murieron unas 450 personas y que hubo más de 2.000 heridos. El 20 de julio apenas quedan tres focos de resistencia. Uno de ellos en el convento de los Carmelitas de la Diagonal. Allí se han refugiado un grupo de militares ante el asedio de más de 3.000 personas, contra las que ellos disparan, aumentando así la rabia y el odio, creando una tensión insoportable. Tras horas de negociaciones y conscientes de que lo tienen todo perdido, los sublevados deciden rendirse ante la Guardia Civil, único cuerpo del que se fían. Se les garantiza que respetarán sus vidas, los heridos serán llevados al hospital y al resto se les entregará a las autoridades militares para que sean juzgados. Pero cuando se abren las puertas del convento, la Guardia Civil pierde el control y se desata el caos. Los palos, las piedras y los cuchillos de una muchedumbre sedienta de sangre acaban con ellos. El coronel Lacasa, oficial de máxima graduación, es decapitado y luego pasean su cabeza por las calles. El comandante Rebolledo es castrado. Peor suerte corre el capitán Domingo. Descuartizan su cuerpo con una sierra y trasladan los restos al zoo para alimentar a las fieras. También los frailes son linchados y asesinados. Barcelona arde, en sentido literal. Hay mil

incendios en las calles, cientos de cadáveres tirados, aún suenan disparos y ambulancias, algunos francotiradores rebeldes disparan desde las azoteas contra la gente. Estamos en pleno verano, los caballos muertos en los combates empiezan a pudrirse al sol. Los milicianos de la CNT, a los que la Generalitat solo de manera muy tímida ha querido entregarles armas, asaltan el depósito de artillería de Sant Andreu, se hacen con 30.000 fusiles y con el control absoluto de la ciudad. Frederic Escofet, comisario de Orden Público y figura fundamental en la defensa de Barcelona y de la República, no tarda en dimitir de su puesto. La CNT le acusa de haber ayudado a huir a numerosas personas a Francia, entre ellas, a varios religiosos. Él, incapaz de hacerse con la situación y de parar los desmanes, dice que no está dispuesto a seguir siendo cómplice de todo aquello ni a convertirse en «comisario general del Desorden Público». Marcha también a Francia para salvar el pellejo, aunque su compromiso con la República le hará volver a los pocos meses y luchar en la batalla de Teruel. Cuando Cataluña caiga de forma definitiva, Escofet cruzará otra vez la frontera, junto a sus hombres, y será recluido en uno de esos campos de concentración franceses que Jordi Soler describió de forma magistral y aterradora en *Los rojos de ultramar*.

El 20 de julio de 1936 mi padre acaba de cumplir diecinueve años. Dicen mis hermanastros que le llamaron para incorporarse a la Columna Durruti y luchar en el Ebro. A mí, las fechas no me encajan o, al menos, no me encajan en el 36, seguramente sí en el 38. Da igual. Son detalles y esto en ningún caso pretende tener rigor histórico. Es más, puestos a elegir, prefiero la versión que dan ellos y moverme, como hasta ahora, en el terreno de la memoria y el relato familiar, y no en el de la información aséptica y contrastada que ofrecen muchos otros libros más serios y sesudos que este. Las pinceladas que acabo de ofrecer sobre el 19 y el 20 de julio en Barcelona, así como la dimisión de Frederic Escofet, han sido solo para explicar, y tratar de comprender yo, la actuación de mi padre y el ambiente de terror que se vivió en la ciudad. Papá, católico, de derechas, pequeño cazador de masones junto a su preceptor en la infancia y educado como miembro de la alta burguesía tras haber sido expulsado de ella, se encuentra de pronto en territorio enemigo. Papá, no sé en qué momento, si el 18, el 19, el 20 de julio, un mes después o quizá dos, hace lo que muchas otras personas de su entorno y casi dos millones de españoles de ambos bandos: se convierte en un desertor. O más indigno todavía: papá se esconde. Bajamos un peldaño más: papá se encierra en la cocina. Dicen mis hermanastros que así se pasó los tres años de la guerra, bajo los fogones, en ese hueco o espacio en el que solía almacenarse el carbón. Practican incluso un agujero en la pared para comunicar su casa con la del vecino, que también ha desertado. De esta forma, si la policía aparece de pronto para efectuar un registro, ambos pueden pasar de una vivienda a otra y permanecer a salvo, a no ser que entren en los dos pisos a la vez. Cuentan mis hermanastros que durante una época hubo incluso un tercer prófugo, un sacerdote, cómo no, que se ocultó con ellos. Su versión en ningún momento entra en detalles, pero sí adquiere tintes casi de vodevil cuando a los tres huidos se les une un mosso d'Esquadra —o sea, un policía leal a la República—, que encima es sonámbulo. A veces se queda a pasar la noche en el piso y hace dormido sus rondas de vigilancia. En una ocasión se encuentra con uno de ellos, con el cura, pero como está soñando y es sonámbulo, no se acuerda al día siguiente y todos se salvan. Hay también disfraces. A mi padre le hace uno estupendo la mayor de sus hermanas: un uniforme igualito al que debería llevar en el frente y con el que de vez en cuando sale a la calle y luego reaparece por casa, como si estuviera de permiso, para que los porteros del edificio, peligrosos rojos, chivatos y resentidos, no sospechen nada y no le denuncien. Los porteros, al revés, le dan muchas

palmaditas en la espalda cuando le ven y tratan al desertor como si fuera un héroe. Papá, imagino, les cuenta mil batallitas y los avances de las tropas. Papá, además, en esas supuestas vueltas a casa de permiso, se lleva a su novia y futura mujer al cine. Ese amor se manifiesta también por otras vías: las dos familias son, de hecho, vecinas, y si se han enamorado los chavales ha sido al verse por la ventana, como seguirán haciendo durante los tres largos años de guerra y mientras cientos de miles de personas mueren en todo el país, y muy especialmente en ese Frente del Ebro, el más cruel, y donde mi segundo padre debió combatir en contra de todos sus principios, de su fe y de sus ideas. ¿Hizo bien al desertar o hizo mal?, ¿fue un cobarde o tomó la decisión más coherente, acertada y digna de admiración?, ¿aun no luchando contra el bando más afín a él debió combatir de alguna otra forma?, ¿tenía que haber pasado al otro lado o tenía que convertirse en valiente espía y quintacolumnista de pro como mi abuelo materno, ser condenado a muerte, sufrir las torturas en la checa, etc.? No tengo ninguna respuesta. Jamás hablé del tema con él. Ignoro mil detalles y, peor todavía, ignoro mil datos importantes. Lo que me niego, como he dicho antes, es a juzgarle desde mi cómoda, privilegiada y, esa sí, cobarde situación de 2017, en la que ni yo ni casi nadie de mi generación, o de la anterior, ha tenido que jugarse nunca la vida por nada, o ni siquiera ha asumido el riesgo de, por ejemplo, pasar una sola noche en prisión. Y sin embargo, y una vez dicho esto, debo reconocer, o recordar, el daño que me hizo mi hermanastra con su revelación, y cómo la imagen de ese hombre siempre justo, fuerte y de una pieza, saltó en mil pedazos en el bautizo de la segunda hija de mi hermano. Mi padre jamás habló de la guerra y yo fui tan idiota que no me di cuenta ni hice las cuentas: diecinueve años en 1936. Mi padre, en cambio, sí hablaba con admiración de Durruti y hasta de los anarquistas —ácratas, les llamaba él—. La extraña fascinación del pequeñoburgués por esa gente que no es mala del todo, que no son comunistas, y con la que comparte algunas ideas o cierto poso de rebeldía. También hablaba mi padre de lo que ocurrió después. Decía que Franco le castigó por ser catalán, y al terminar la guerra le mandó tres años, otros tres años más, tan lejos como pudo de su casa, a Galicia, para hacer la mili allí. Al margen de la nostalgia por su familia, y sobre todo por su adoradísima madre —a la que escribía cartas en catalán y por eso mismo, por estar en catalán, nunca le llegaban—, debió pasárselo muy bien en Santiago. El dinero que le mandaban desde Barcelona le permitía mantener cierto nivel de vida en esos años de miseria y de pobreza. Las mujeres encima le perseguían. Las gallegas que se encontró debían ser muy distintas a las de su pequeño círculo de Barcelona y, sin duda, a su futura esposa. Él se supone que huyó de ellas o, al menos, que volvió a casa soltero y sin hijos. Pero sí disfrutó de la tierra y de aquellas gentes, de los grelos, de la carne o el pescado que hubiera, del vino. Franco me castigó, decía mi padre, y daba la impresión de que fuera algo personal entre ellos. La frase le permitía también distanciarse de ese hombre que le había salvado y que, literalmente, le sacó del agujero. Quizá en eso consistía la derecha «a la catalana» que él reivindicó siempre. Como si esos tres años en Galicia pagaran la deuda de los otros tres años entre el carbón, y como si así la cuenta quedara saldada. Todos contentos. Menos los muertos. ¿Y qué fue de los porteros?, ¿y qué le habría pasado a mi padre si otros no hubieran ganado la guerra por él?, ¿y qué habría hecho yo en esa situación y con sus ideas? Creo que habría ido al frente y creo que lo habría hecho por un único motivo: debilidad. En ese sentido, habría sido mucho más traidor y más cobarde. Carne de cañón, y nada más que eso. Obediencia, disciplina, una muerte casi segura y la ausencia total de iniciativa, de coherencia y hasta del valor necesario para desertar y aguantar escondido tres años tan espantosos.

«Si él se ensalza, yo le humillo. Si él se humilla, yo le ensalzo. Y le contradigo siempre. Hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible.» No sé muy bien por qué he asociado siempre este pensamiento de Pascal con mi madre. Creo que en el origen hay un error o un malentendido, una lectura absurda e interesada por mi parte. Como si Pascal hablara de Dios y no del hombre, como si propusiera una rebelión contra el cielo y no justo al contrario. Esta mañana al despertarme he dicho mamá en voz alta, sabía que había llegado el momento de hablar más de ella, de casi acabar este librito, y algo se ha retorcido por dentro. Se retuerce y quema. Es pena y es rabia. Es volver a un sitio del que hace mucho tiempo que huí. Ni siquiera me apetece contarle o dar más detalles. No quiero arrancarme la piel a tiras ni arrancársela a ella. Ahora, mamá en su casa y yo en la mía, quedamos los fines de semana a comer y hablamos de vez en cuando. Nos queremos. Nos queremos de verdad, e incluso a veces nos queremos mucho. Aunque hay una fuerte reserva por mi parte. Es la necesidad de protegerme. No me puedo confiar ni bajar la guardia. Mamá podría aplastarme en cualquier momento y me aplastaría, como hizo durante años, no al enfrentarme directamente, no si discutimos o si yo me crezco. Al revés, mamá me aplastaría si yo demostrara ternura o si yo me pasara con el cariño, si yo fuera tolerante —como ella me pide siempre—. O sea, débil. Mamá, como antes mi abuela y quizá antes mi bisabuela y mi tatarabuela y así hasta el final de los tiempos, es el enemigo, el auténtico monstruo, una criatura única con mil cabezas o una sucesión infinita de reencarnaciones. Hunde sus raíces en la tierra y casi llegan hasta el núcleo. Saca la fuerza de allí. Es mil veces más poderosa que yo. Mi energía se manifiesta a través de sucesivas explosiones. El depósito se llena y se llena, hasta que un día las paredes no aguantan más y revientan. Lo de mi madre, mi abuela, etc., es un continuo, un no parar, un mecanismo ciego, sordo, indiferente a todo. Imposible razonar o negociar con él. Es el motor inmóvil, la causa primera, el rayo que no cesa. Es la gran bestia. La diosa —ahora mismo no me viene su nombre a la cabeza, pero seguro que existe— que devora, como Saturno, a sus hijos. Y no, no es Medea. No se trata de ninguna venganza, se trata de poder. Mamá espera. Y espera siempre. Espera sin motivo. No puede evitarlo. Espera para encontrar el hueco y meterse hasta el fondo. Insistirá e insistirá, de forma más o menos sutil, hasta que surja una grieta y luego pondrá tu vida patas arriba. Te llevará de vuelta al rincón oscuro. Mamá no respeta nada. Pretende obligarte siempre, incluso a estas alturas, a hacer justo lo que no quieres, lo que atenta contra todos tus principios, escrúpulos o lo que sea. Y ni siquiera se da cuenta. En ese preciso instante —no siempre— le importas una mierda. Ni siquiera existes. O eres solo un medio para expresar su poder. Le importas solo si logra su objetivo. Y entonces te desprecia, y tiene toda la razón del mundo. Te lo mereces: no estás a la altura. O le importas, solo, si no lo consigue. Entonces se enrabieta, insiste e insiste, esta guerra es eterna, y agotadora, no hay nunca tregua, siempre acaba por aparecer otra grieta. Y lo peor, además de la obstinación, es su inteligencia y su habilidad. Mi abuela gritaba y extorsionaba. Mi madre seduce y soborna. Te cubre de regalos, o de prebendas, y cuando quieres darte cuenta, ya estás encerrado mil años más en su jaula de oro. La violencia de los regalos de mi madre es mil veces peor que la de los gritos de mi abuela. Las últimas grandes broncas que yo he tenido con ella —esas que me llevaron hace años a no hablarle durante meses— fueron por este tema. Hay algo obsceno y desesperado en una generosidad como la suya. Para

los demás es una trampa. O es veneno. Para ella, un grito lleno de angustia. Lo que late en el fondo es su necesidad originaria. La de la niña feúcha pero extremadamente lista, la hermana mediana entre dos auténticas bellezas que desea a toda costa sentirse querida y destacar. Una necesidad que con el paso de los años, y a medida que fue satisfecha, se transformó en exigencia. También el amor se le quedó corto. Y debía cumplir con la estirpe. Amor y poder. ¿Por qué renunciar a nada? Es más: ¿por qué ella iba a tener que renunciar a algo? Mamá, ya hemos dicho, a lo que aspira es a ser adorada y a imponer su voluntad. El día más feliz de mi madre era el día de Reyes. Para mí, incluso ahora, fue siempre el más doloroso. Me costó años comprenderlo. Por la noche, al acostarme, sentía una profunda angustia y una tristeza infinita frente a las cuales no existía consuelo. Era el agujero negro, un pozo idéntico al de mis depresiones de la infancia. Gracias a Dios ya me he curado. O, más importante aún, he aprendido a convivir con ello, a no mirar. He olvidado que en esos momentos tenía razón. O he asumido que sí, que tenía razón en esas noches o en esas épocas de oscuridad, pero que la razón a veces no sirve de nada. Una puta mierda puede ser también el tener razón. El universo, entonces, volvía a ser un vacío absoluto. Vacío del que esta vez ni siquiera mi padre podría salvarme. Y cuantos más regalos hubiera, cuánto más desplegara su poder mi madre, más pequeño me volvía yo, y mayor era el absurdo, la infelicidad, la culpa, la premonición y el deseo de una inminente desgracia. Mi madre, ahora lo veo, disfruta mucho regalando, sí, pero cuando de verdad disfruta es al estrechar y estrechar el lazo que tienes al cuello, al reducirte a la nada, o a muy poquito, al quedar ella, y solo ella, en su trono resplandeciente.

¿Es mi madre la principal víctima de sí misma? Yo creo que sí. Aunque odio la palabra víctima y más referida a alguien como ella. Preferiría plantear la pregunta de otra forma: ¿cuál es el precio que mi madre ha tenido que pagar por ser quien es? Mamá primero sufrió determinado patrón de conducta y luego lo reprodujo adaptándolo a los nuevos tiempos y a sus propias peculiaridades. Mamá se crió, sin regalos ni prebendas, entre su madre y su abuela, dos mujeres que se odiaban y dos mujeres que, cada una a su manera, despreciaban a su padre. O sea, a mi abuelo, un hombre reducido cada vez más a la insignificancia. Mi madre crece eclipsada por sus dos hermanas y un buen día decide que ya no va a comer más. Se pasa una larga temporada así, como forma de queja o expresión de su malestar, como forma también de llamar la atención y de que le hagan un poco de caso. Hoy le habrían diagnosticado anorexia. Entonces se curó de buenas a primeras con un cambio de aires. La subieron a la sierra y se le abrió el apetito. Mi abuelo, ese verano, alquiló una casa allí para pasar las vacaciones y que todos estuvieran pendientes de ella. Mi madre, después, pide que la cambien de colegio. La llevaban a uno de señoritas cuya única aspiración en la vida era la de casarse —aprendían buenos modales, a tocar el piano y un poco de inglés—. Pero ella quiere estudiar. Ya ha comprendido que eso es lo único que puede hacer que brille y sobresalga. Sus padres acceden pensando que se trata de un capricho. Pasan los años y los cursos, y cuando ven que la niña va muy en serio, tratan de impedírselo. Le exigen que supere la prueba más dura: el ingreso de Ingenieros. Ella no solo lo consigue, sino que al mismo tiempo, y mientras prepara los exámenes, empieza a trabajar. No hay un duro en casa. Mamá tiene diecisiete años y entra como secretaria en una revista. Son finales de los cincuenta, principios de los sesenta. A mamá no le interesa nada ser ingeniera, pero sí la economía. Estudia esa carrera durante tres años mientras mantiene el trabajo y empieza a ascender en la redacción. Publica sus primeros textos, hace entrevistas, asume responsabilidades cada vez más importantes. Mi madre

presume siempre de haber entrevistado en esa época a Grace Kelly y, como ella, otros mil personajes más. Mamá también se ocupa de su hermana pequeña —su gran rival de la infancia— cuando se queda embarazada a los diecisiete años. Mi abuela la echa de casa y le prohíbe a mi abuelo que vaya a verla o que ni siquiera hable con ella. Mi abuelo, ese hombre tan bueno e idolatrado siempre y por todos en la familia, obedece y se queda sentado en su sillón de orejas leyendo a Zane Grey o Marcial Lafuente Estefanía. Serán mi madre y su hermana mayor el único apoyo que encuentre la pequeña tras ser repudiada. Mamá se casa y deja la carrera y el trabajo. Es lo que se hacía entonces, me explica ahora por teléfono, y a mí eso me extraña porque hasta ese momento nunca había hecho lo mismo que el resto ni menos aún lo que se esperaba de ella. Mamá ni siquiera está enamorada de mi padre, ya lo hemos explicado. Mi madre se equivoca y tuerce el camino. Mamá aún no está preparada para revelarse, y rebelarse, para romper con todo. La muerte de mi primer padre será la ocasión o la excusa perfecta. Empieza ahí la auténtica vida de mi madre. Su ascenso a la cima. Su plenitud. Y, sin embargo, aún faltaba un problema por resolver: mi abuela. Iba a decir ahora que la relación entre ambas fue la más intensa, siniestra, dependiente y enfermiza de todas. Pero no. Seguramente fue idéntica a cualquiera de las demás, o muy similar a la de, por ejemplo, mi abuela con su madre, mi abuela con su hermana, etc. La diferencia, en todo caso, es de matices o de circunstancias. Quizá nunca hubo antes una lucha de poder tan larga e igualada —cada una dominaba un terreno— ni tampoco una dependencia tan absoluta y tan recíproca. Mi abuela, por supuesto, aspiraba a anular a mi madre y nunca cederle el trono. Se resistió y conspiró casi hasta el último segundo de su vida. No podía respirar, pero igual de imposible le resultaba dejar de joder. Recuerdo muy bien aquel último verano suyo. Verano en Madrid, calurosísimo. Ella, gorda e inmensa, artrítica y enganchada al oxígeno, incapaz de moverse. Necesitaba no una sino al menos dos personas para realizar las acciones más básicas. La vuelvo a ver ahora, mientras escribo, arrastrándose con el andador por el largo pasillo de casa, maltratando a las inmigrantes ecuatorianas que cuidaban de ella, reduciéndolas al llanto o hasta dejándose caer —con el inmenso peligro que eso suponía para su propia integridad— con un solo objetivo: dar por culo, sacarlas de quicio, regañarlas, insultarlas y cualquier otro desmán. Llega un momento en el que la situación se vuelve insostenible. Mi madre está dispuesta a pagar lo que haga falta, pero ninguna «chica» la aguanta y el panorama es cada vez más complicado o cada vez un poco más imposible. La única opción que queda es una residencia. Todos se lo aconsejamos y apoyamos a mi madre para que se decida a dar el paso. Mi abuela tampoco se merece otra cosa. Aún no ha tenido ese arrebatado de dignidad final, cuando empiece a ver fantasmas y nos reúna a sus catorce nietos para despedirse de nosotros y borrar mil espantosos recuerdos. O hasta un millón entre quienes más cerca estuvimos de ella. Mi madre, sin embargo, se resiste. Peregrina de una residencia a otra. Busca y busca la mejor. O peregrina para entretenerse y no tomar esa decisión que parece inevitable. Mi madre, en su insensatez, o quizá en su amor, busca justo el respaldo de la única persona que puede decirle lo contrario que todas las demás. Mi madre necesita que mi abuela se pronuncie y diga lo que ella ansía oír: quiero quedarme en mi casa, quiero morir en mi cama. No espera un ruego ni una súplica. Mi madre tampoco pretende que se lo pida por favor. Existen mil formas posibles de interpretar la actitud de ambas. Mi madre, yo creo, busca solo la confirmación de que esa locura que va a hacer al dejarla en casa merece la pena y tiene algún valor para ella. Creo. Por supuesto hay muchas otras lecturas, pero por una vez seré generoso, igual que mi madre lo fue entonces. Mi abuela, sin embargo, con sus santos cojones, se va a negar a dar su brazo a torcer, no va a estar dispuesta a concederle eso a mi madre. Sabe, quizá, que en una situación tan desesperada como la suya es lo único que le queda, una forma de venganza o el

último resto de su poder. Sería, en definitiva, poner su vida —o peor, su muerte— de forma explícita en manos de mi madre, como de hecho ya estaba y llevaba mucho tiempo así. Supondría también la rendición, ceder el trono y el título, dejar paso a la próxima gran ogresa. No hubo manera de conseguirlo. Incluso para convencerla y para evitarle el trago de claudicar delante de mi madre, uno de mis más queridos primos y yo ejercimos de intermediarios. Él, en el papel del sabio de la familia, el referente moral, y yo, como el nieto más cercano a mi abuela. No sé cercano en qué sentido, seguramente en tantos que me asusta o me repugna reconocerlos, seguramente los mismos también que, ahora y entonces, me hacen sentirme orgulloso de haber sido el elegido. Así que ahí estamos mi queridísimo primo y yo —verano sofocante en Madrid, año 2002—, durante horas y horas, días y días, pidiéndole que se pronuncie en un sentido o en otro, que diga si quiere ir a la residencia o prefiere quedarse en casa. Ella calla o evade el tema, nos mete a los dos, ambos licenciados con honores en Filosofía, en inexpugnables jardines del sentido. Jamás he visto nada semejante. O suelta tonterías de pronto para desconcertarnos. Nos toma el pelo, se descojona por dentro de esos dos listillos de mierda, sus nietos, y seguro que piensa algo así como: ¿de verdad creéis que estos pánfilos van a poder conmigo? En la familia siempre se dijo que mi abuela tendría que haber montado un restaurante por lo bien que cocinaba. O que tendría que haber estudiado por su inmensa inteligencia. Yo creo que no fui de verdad consciente de su magnitud hasta esos momentos. Fue una partida de ajedrez endiablada, una tragedia de Shakespeare, fue la más retorcida de las cárceles de Piranesi. Todo ello mezclado y construido con palabras, con maldad, con mil silencios y gestos. Y supongo, como siempre, que yo fui a ratos torpe o incluso agresivo y airado, es mi estilo, tal vez la misión no estaba a mi altura, pero no se me ocurre otra persona más hábil, seductora y brillante en todos los sentidos que mi primo. Y no conseguimos nada. Recuerdo a mi primo desesperarse, perder los nervios, a su manera y sin perderlos nunca del todo, hartarse, indignarse o maldecirla, sin llegar nunca a expresar la maldición. Recuerdo su gesto cuando salíamos de la habitación y la ponzoña que se respiraba ahí dentro. Mi madre, como siempre, hizo lo que le dio la gana. No escuchó a nadie y se la llevó a casa. Puede que fuera lo más justo. Puede, encima, que esa opción resultara la que más la reforzó, tanto de cara a los demás como frente a sí misma: no castigar a la ogresa agonizante, no desplazarla antes de tiempo ni dejarla sin su cama. Lo que no me cabe ninguna duda es que acertó. Mi abuela murió pocas semanas después. Había, por otra parte, o sobrevolándolo todo, un componente atávico. O atávico y fatal. Esas dos mujeres, ellas también, estaban destinadas a no soportarse, a luchar eternamente y, al mismo tiempo, a no separarse nunca. Mi madre se casó con mi primer padre solo para huir de su casa y para huir de ella. Y no lo logró. El matrimonio se quedó a vivir con mis abuelos, donde nacimos y crecimos los tres hermanos. El vínculo en ese caso era el dinero. O la ausencia de él. Después murió mi padre y el vínculo no solo se hizo más fuerte sino que surgió uno nuevo: alguien debía ocuparse de nosotros mientras mi madre trabajaba o hacía su vida. Y el vínculo acabó volviéndose eterno. Lo que le daba la independencia a mi madre era lo mismo que la obligaba a soportar las peores servidumbres. E igual a la inversa. Más aún a medida que mi abuela fue cumpliendo años, tenía además una pensión ridícula, etc. Hay vínculos aún más profundos y poderosos que la debilidad o el dinero. Incluso hay vínculos más fuertes que la comodidad y la pereza juntas. A mí me gusta llamarlo atavismo y, si no, tradición. Alguien me dice ahora: la abuela reaccionó como un marido celoso cuando tu madre se fue a vivir con su amante y os dejó con ella. Supongo que mi abuela tenía otros planes para las dos, aprovechando que ambas se habían quedado viudas y por lo tanto, y en cierto sentido, libres: hacer punto, inflarse a caramelos de café con leche o de violeta y luego, al caer la tarde, dar

rienda suelta a su ludopatía en el bingo. O quizá fue consciente de lo que ese paso iba a suponer: mi madre no iba a dejarse mangonear, cayera quien cayera —incluidos sus tres hijos—, iba a tomar las riendas de su vida, iba a hacer lo que mi abuela no pudo en el pasado y ya no iba a haber vuelta atrás.

Recuerdo la primera vez que vi a mi padre pero no la primera vez que le llamé papá. No sabría explicar cómo ocurrió o cuál fue el proceso. Sí sé que le llamaba papá y se me llenaba la boca. PAPÁ, PAPÁ, PAPÁ. Era increíble tener de pronto un padre y tener a un padre así. Recuerdo también aquella mañana que fuimos a los juzgados de plaza Castilla. Yo estaba nervioso. Pensé que iba a ser duro. Juraría que entré solo o quizá con el abogado. Mis hermanos iban aparte. El proceso era distinto porque yo aún no había cumplido los catorce. Papá tuvo que quedarse fuera. El juez fue muy amable. Pero serio. Me hizo dos o tres preguntas, puro trámite. ¿Quería que ese señor me adoptara?, ¿sabía qué significaba eso?, ¿no me importaba cambiar de apellido? Yo el examen lo pasé con nota. Ni un solo error. Imagino a mi padre fuera, sentado en un banco del pasillo, como cuando fuimos al cotolengo, solo que esta vez él estaba orgulloso de mí y yo estaba orgulloso de él, y luego seguro que volvió a acariciarme la cabeza, revolvió mi pelo liso de entonces, me abrazó o me besó, no sé, y debió llevarme a que desayunara un sándwich de jamón y queso porque yo estaba muy flaco, flaquísimo, y es lo que él hacía siempre en esas mañanas bobas y sin colegio, cuando por ejemplo me tenía que llevar a algún médico o me acompañaba a que me sacaran sangre, o cualquier otra cosa por el estilo. Había dos alternativas, dos tipos de adopción, simple y plena. La plena significaba que él sería mi padre en todos los sentidos, y esa fue la que elegí yo. Pero no valía solo con mi opinión. Debíamos ponernos de acuerdo los tres hermanos. Yo les arrastré y ellos fueron tan generosos que no dijeron ni mu. Para mi hermano debió ser como si volvieran a partirle por la mitad. Nunca jamás se quejó. Lo de mi hermana yo creo que no resultó tan traumático. Ella tenía y sigue teniendo en la cabeza la imagen esa de la niña lanzada al aire por nuestro primer padre, las lágrimas y el miedo. Padre biológico, dice ahora en una comida, y yo, como buen converso que acaba de ver la luz, la regaño y le explico que no, que de biológico nada, muchísimo más que eso. La adopción fue en 1985 y después nos dieron un papelito que teníamos que llevar al colegio y a todos los profesores para que empezaran a llamarnos de otra manera. Yo lo utilicé por primera vez en clase de Pretecnología —qué palabra y qué concepto más petulante para una asignatura tan trivial y para referirse a las manualidades de toda la vida—. La profesora se llamaba Kika. O Quica. O como doña Francisca quisiera escribirlo. Era pequeña y enjuta. Tenía los dientes torcidos y sucios por el tabaco, el pelo rubio y peinado hacia arriba. Se puso a pasar lista. Pronunció mi antiguo apellido y yo le dije que no, que ya no más, que me acababa de convertir en otro. Le llevé el papelito, ella no terminaba de comprender, debió pensar que le estaba vacilando, como le vacilaba siempre todo el mundo por impartir esa asignatura que sonaba a chiste y que tal vez lo fuera. Yo me sentía seguro y contento, contentísimo conmigo mismo y sobre todo con mi padre, con esa nueva vida que pensaba que se estaba abriendo ante mí y en la que por fortuna no cambió nada, nada de nada, puesto que todo ya había cambiado antes, mucho antes, cinco años atrás. En 1980.